

01981
1 ej 3



Universidad Nacional Autónoma
de México

FALLAS EN LA RESOLUCION DEL COMPLEJO DE EDIPO
Estudio de diez casos en México

TESIS

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE:
DOCTOR EN PSICOLOGIA CLINICA
P R E S E N T A :
PACIENCIA ONTAÑON SANCHEZ

MEXICO, D. F.

1984

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

RESÚMEN

Según las teorías de S. Freud, el conflicto más importante por el que atraviesa el niño en su desarrollo es el Complejo de Edipo. De su solución o de su evolución depende el desarrollo de la personalidad del individuo.

Partiendo de esta hipótesis se ha llevado a cabo la presente investigación. Al tratar de descubrir qué es exactamente el fenómeno conocido por el nombre de 'machismo', cuáles son sus alcances y a qué se refiere exactamente, se ha realizado un estudio que abarca dos grandes partes. La primera está constituida por una investigación bibliográfica, cuyo primer capítulo presenta, ordenadamente, todas las teorías enunciadas por Freud sobre el Complejo de Edipo, ordenación necesaria, ya que el tema aparece constantemente en su obra, pero con repeticiones o fragmentado a lo largo de diferentes trabajos.

Después ha sido necesario tener en cuenta los cambios que el concepto ha experimentado en nuestros días, así como los resultados obtenidos en trabajos de tipo aplicado. Esta primera parte, teórica, termina con una revisión de todos los estudios llevados a cabo en México sobre la personalidad del mexicano y las características de la familia originadora de dicha personalidad. Para evidenciar las particularidades -o las generalidades- de la sociedad nacional, se ha incluido las descripciones de tres países: Estados Unidos, Italia y España, realizados por antropólogos y sociólogos.

La segunda parte incluye la investigación propiamente dicha. Se ha realizado un trabajo con 10 individuos de un sector social frecuentemente ol-

vidado: Profesionistas de la clase media (Los estudios hechos anteriormente se ha referido a grupos marginados o a individuos de ambientes rurales). Por primera vez se trabaja con estos elementos. Con cada uno se ha trabajado a base de entrevistas (entre 3 y 8), todas ellas grabadas, tratando de reproducir conflictos infantiles y pasajes vitales. Se hizo uso de la anamnesis asociativa básicamente, aunque las técnicas se matizaron según las capacidades de cada informante.

Los resultados del estudio a través de los 10 individuos han sido los siguientes: 1) El complejo de Edipo no ha sido plenamente resuelto en ninguno; 2) Cuando la figura paterna ha estado más presente han sido más capaces de sostener una relación de pareja; 3) En la adolescencia han mostrado disociación entre los impulsos tiernos y los sexuales; 4) Los celos son característicos del individuo que no tolera compartir su objeto; 5) La paternidad y el donjuanismo son exigencias sociales más que valores deseados; 6) El machismo es el resultado de un Complejo de Edipo no resuelto y una forma de neurosis; 7) El Don Juan tiene las mismas características del macho y sólo varía el comportamiento social; y 8) El machismo no es privativo de la sociedad mexicana.

Í N D I C E

	Pág.
Introducción.....	5
PRIMERA PARTE.....	11
I.- El Complejo de Edipo en Freud.....	12
II.- El Complejo de Edipo en los continuadores de Freud.....	39
III.- El Complejo de Edipo en la actualidad.....	53
IV.- El Complejo de Edipo y el desarrollo de la masculinidad.....	69
V.- El carácter del mexicano.....	89
SEGUNDA PARTE.....	107
VI.- Evidencia clínica; Estudio de diez casos...	108
VII.- Un intento de clasificación.....	120
A.- Variedad preedípica.....	123
B.- Variedad propiamente edípica.....	147
C.- Variedad fálica.....	158
DISCUSIÓN.....	170
CONCLUSIONES.....	179
BIBLIOGRAFÍA.....	182

Introducción

Cuando Freud definió qué era el Complejo de Edipo e inició sus investigaciones para descubrir todo lo que con él se relacionara, no hizo sino trasladar al campo científico un problema tan viejo como el hombre. Y no sólo viejo, sino universal. Cada ser humano, en sus más profundos orígenes psíquicos, ha atravesado por una etapa edípica, y de su solución —o de su no solución—, depende su futuro equilibrio.

A partir de los hallazgos de Freud, algunos continuadores siguieron sus pasos. Unos, para proseguir la investigación en el terreno de la teoría. Otros para aplicar los nuevos enfoques a la práctica analítica o terapéutica; o, los menos rigurosos, para aclarar, simplemente, ciertas características de comportamiento social, hasta entonces sin explicación.

Para darle forma y nombre a su descubrimiento, Freud acudió a la literatura, como es bien sabido, a la leyenda del rey Edipo y al drama de Sófocles basado en ella. Y es que Freud creía profundamente en la intuición de los escritores para bucear en el alma humana y conocer sus motivaciones. "El poeta —oímos decir— debe evitar todo contacto con la Psiquiatría y dejar al médico el cuidado de describir los estados patológicos. Más, en realidad, todos los poetas dignos de tal nombre han transgredido este precepto y han considerado como su misión verdadera la descripción de la vida

psíquica de los hombres, llegando a ser, no pocas veces, precursores de la ciencia psicológica". (1)

Por eso, señala Freud, ambas disciplinas, psiquiatría y literatura están estrechamente ligadas, ya que el fin de las dos es el hombre y el conocimiento lo más completo posible de sus pasiones; "el poeta no puede menos de ser algo psiquiatra, así como el psiquiatra algo poeta, y además que puede muy bien tratarse poéticamente un tema de Psiquiatría y poseer la obra resultante un pleno valor estético y literario" (op. cit., p. 145).

Sin embargo Freud observó que aunque el tema de Edipo se quedó para siempre en la literatura posterior (2), ninguna de las obras escritas después de Sófocles ha producido en el público el efecto de la primera. Ello lo atribuye el sabio a que el primer relato no se puede contemplar con indiferencia, ya que hiere la esencia íntima de cada hombre: "Si el destino de Edipo nos conmueve es porque habría podido ser el nuestro y porque el oráculo ha suspendido igual maldición sobre nuestras cabezas antes que nacióramos" (3).

(1) Sigmund Freud, Psicoanálisis del arte. Alianza Editorial, Madrid, 1973, p. 144.

(2) Recordemos al Edipo de Séneca, al Edipo medieval de Le Roman de Thèbes, a los Edipos neoclásicos de Dryden y de Corneille y hasta el Edipo de los tiempos actuales, en el Theseus de André Gide y en la música de Stravinsky.

(3) La interpretación de los sueños. En Obras Completas, T. I, p. 507.

Con mucha frecuencia Freud se valió de la literatura, cuyos personajes le proporcionaban ejemplos, en muchas ocasiones, para demostrar sus teorías. Cuando afirma que "cada neurótico ha sido por sí mismo una especie de Edipo [...] que se ha convertido por reacción en Hamlet", se refería a la represión que este último había sufrido de sus fantasías infantiles en relación con su padre, y a los resultados de ello (Cfr. La interpretación de los sueños, p. 509).

A pesar de toda la idealización de la figura materna llevada a cabo durante generaciones, algunos literatos han percibido también la importancia de la madre como origen de trastornos infantiles. Por ejemplo Pérez Galdós un escritor realista decimonónico, describe, antes de que Freud lo hiciera, los desastrosos efectos de lo que el investigador titularía después Complejo de Edipo:

"El sentimiento materno es el único que no se bastardea con el delirio. Sin embargo ocurre un fenómeno singular que no deja de ser común en la vida, y es que si esta exaltación del afecto materno no coincide con la absoluta pureza del corazón y con la honradez perfecta, suele extraviarse y convertirse en frenesí lamentable, que puede contribuir, como otra cualquiera pasión desbordada, a grandes faltas y catástrofes" (4).

(4) Benito Pérez Galdós, Doña Perfecta. Nuestros clásicos U.N.A.M. México, 1958. p. 198.

Mi interés se había centrado en el fenómeno que se conoce con el nombre de "machismo" y que se ha venido considerando como característico del hombre y de la cultura de México. ¿A qué se debía ese fenómeno? ¿Qué era exactamente? ¿Por qué se tenía como privativo de México?

Al iniciar mis investigaciones sobre el tema, me dí cuenta inmediatamente de que había lazos estrechos entre el machismo y el Complejo de Edipo. Era, pues necesario, revisar todos los estudios de Freud relativos a ello. El problema había sido esencial para él; desde que lleva a cabo su autoanálisis y descubre en sí mismo el Complejo, en 1897, hasta poco antes de su muerte, no deja de investigarlo y de estudiarlo desde distintos enfoques, volviendo a veces sobre antiguas ideas, reformándolas otras. En el Primer capítulo he tratado, precisamente, de establecer un orden en todo lo que Freud dijo sobre el Complejo: Cómo nace y se desarrolla en las etapas más tempranas; cuál es su evolución, en caso de no disolverse, en la pubertad; que consecuencias acarrea, en la época adulta, un Complejo de Edipo negativo.

Me pareció necesario también revisar todos los estudios teóricos realizados a partir de Freud sobre el tema, tratando de ver si se había llegado a algún cambio notable en las ideas primeramente enunciadas.

Ha sido importante, del mismo modo, tener en cuenta los trabajos que se refieren a las consecuencias evidentes de un Comple-

jo de Edipo no resuelto; el papel de la figura materna en el desarrollo, de las neurosis; la importancia de la fuerza o debilidad de la figura paterna. Incluyo también, en el capítulo IV, la descripción general de tres sociedades enfocada desde el punto de vista del desarrollo familiar, lo cual me pareció válido para observar cómo las diferencias de estructura no son tan opuestas como podría esperarse en países de culturas disímiles. Posteriormente he reunido el contenido de gran cantidad de obras dedicadas a estudiar, ya concretamente, el carácter del mexicano, aproximaciones al "machismo", investigaciones llevadas a cabo a través de diferentes métodos psicológicos. La tarea no ha sido fácil, pero creo que he logrado reunir el contenido de la mayor parte de las obras existentes sobre el tema.

La investigación propiamente dicha ha tratado de completar lo ya hecho anteriormente. En general, los estudios sobre el carácter del mexicano se habían hecho con intereses más bien antropológicos, buscando características peculiares. Para ello se había trabajado más en áreas rurales que en otros medios, o con individuos de grupos sociales marginados.

Con todo ello se había logrado la descripción de un carácter, sí, pero de un carácter extremo, que resultaría más bien la caricatura de una tipología nacional.

Mi interés se ha dirigido hacia un sector un tanto olvidado: Profesionistas de la clase media. El estudio ha sido realizado con

diez individuos adultos, inteligentes y articulados. Se ha llevado a cabo a base de entrevistas, todas ellas grabadas utilizando técnicas diversas según las capacidades de cada uno para reproducir conflictos infantiles y pasajes vitales. En general se hizo uso de la anamnesis asociativa, aunque algunas veces fue necesario dirigir la entrevista.

Espero que mi modesta contribución tenga algún valor para el mejor conocimiento de ciertos fenómenos complicados y determinantes del hombre.

PRIMERA PARTE.

El Complejo de Edipo en Freud

El arduo problema humano que tanto preocupará a Freud a lo largo de toda su vida y que después bautizará con el título de "Complejo de Edipo", aparece mencionado por primera vez en una de sus cartas a Fliess, la número 71, donde ya lo relaciona con los sucesos de la leyenda griega y del drama de Sófocles en ella basado:

"He encontrado el amor a la madre y los celos hacia el padre en mi propio caso y ahora creo que es un fenómeno general de la temprana infancia, el cual sucede aún en aquellos niños que no se han hecho histéricos. Si éste es el caso, el poder del Edipo rey, a pesar del inexorable destino que la historia presupone, se vuelve inteligible y uno puede entender el porqué falló la posterior fortuna de muchos otros dramas. Tal vez el motivo se encuentre en que en todo individuo se descubren las trazas de la leyenda, las cuales están adentradas en todos nosotros".

Lo que solamente había sido enunciado aquí como una observación, comienza a elaborarlo muy pronto, dando una explicación por menorizada de por qué relaciona el fenómeno humano con el mito griego. En La interpretación de los sueños (1898-9) ⁽¹⁾, precisamente en el Capítulo VI donde estudia la elaboración onírica, Freud narra la leyenda de Edipo y explica por qué, frente a otras versio-

(1) En Obras Completas. Biblioteca Nueva. 3ª ed. Madrid, 1973, T. I, pp. 343-720. Por esta edición haré la mayor parte de las citas. En caso contrario lo indicaré específicamente.

nes posteriores con el mismo tema, la primera conmueve al hombre moderno tan profundamente como lo conmovió en la antigüedad. "Y es que la leyenda del rey tebano entraña algo que hierde a todo hombre en una íntima esencia natural. Si el destino de Edipo nos conmueve es porque habría podido ser el nuestro y porque el oráculo ha suspendido igual maldición sobre nuestras cabezas antes que naciéramos. Quizá nos estaba reservado a todos dirigir hacia nuestra madre nuestro primer instinto sexual y hacia nuestro padre el primer sentimiento de odio y el primer deseo destructor" (p. 507).

En esta obra expone Freud cómo, a través de sus experiencias con pacientes, descubrió que los deseos sexuales infantiles despier tan muy tempranamente y "que la primera inclinación de la niña tiene como objeto al padre y la del niño, a la madre". Pero la atracción sexual actúa también sobre los mismos padres, "haciendo que por un rasgo natural prefiera y proteja la madre a los varones, mientras que el padre dedica mayor ternura a las hijas" (p. 504). En este núcleo sexual temprano vio Freud la base de muchos conflictos posteriores: "Y el enamoramiento del niño por su madre y el odio hacia el padre —o viceversa en las niñas— forman la firme base del material de sentimientos psíquicos constituido en dicha época y tan importante para la sintomática de la neurosis ulterior" (p. 506). El investigador observó cómo en casos concretos, el hijo deseaba el alejamiento, sino la desaparición del padre: acogido en la cama de la madre durante la ausencia de aquél siente el deseo de que la situación se perpetúe para poder ocupar

siempre su puesto junto a la madre (cfr. p. 505). En la época de elección de objeto, anterior al período de latencia, esta actitud del niño fue obvia para el investigador: "Vemos fácilmente que el pequeño hombrecito quiere tener a la madre para sí solo, que la presencia del padre le contraría, que se enfurruña cuando el mismo da a la madre muestras de ternura y que no esconde su satisfacción cuando su progenitor se halla ausente o parte de viaje. A veces llega incluso a expresar de viva voz sus sentimientos y promete a la madre casarse con ella" (2). Todas estas actitudes no pueden considerarse todavía el Complejo de Edipo propiamente dicho, pero son ya el germen que lo producirán. El paso siguiente será una curiosidad sexual no disimulada del niño por su madre, que se reflejará en el interés por permanecer a su lado, asistir a su arreglo personal e inclusive en poner en práctica formas de seducción que no escaparán a la madre. Los comentarios gozosos de ésta muestran el carácter erótico de la relación (op. cit., p. 2330).

Pero posteriormente, Freud, en Psicoanálisis y teoría de la libido (1923), se refiere al hallazgo de objeto y el complejo de Edipo, retrotrayendo la génesis de este a la etapa oral, donde el niño apacigua su necesidad de alimentación con el pecho materno, convirtiendo éste en objeto. Posteriormente independiza su instinto parcial haciéndose autoerótico, es decir encontrando su objeto

(2) Teoría general de las neurosis. Lección XXI. Desarrollo de la libido y organizaciones sexuales. en Obras Completas, Tomo II, pp. 2330.

en el propio cuerpo. Todas estas tendencias sexuales primarias se sintetizan en los primeros años infantiles, entre los dos y los cinco años, y convierten a la madre en el objeto, lo que, junto con la rivalidad y hostilidad hacia el padre, constituirá ya el Complejo de Edipo plenamente formado. El cual, "en todos los humanos entraña máxima importancia para la estructuración definitiva de la vida erótica. Se ha comprobado como hecho característico que el hombre normal aprende a dominar el Complejo de Edipo, mientras que el neurótico permanece envuelto en él (Obras completas, Tomo III, pp. 2668).

Sin embargo Freud no deja de observar cómo la existencia del Complejo de Edipo se debe a circunstancias biológicas, que diferencian a la especie humana de otras especies animales: Una de ellas es la prolongada dependencia infantil que se da entre los hombres, ya que el niño no puede separarse de sus progenitores para sobrevivir durante varios años, y otra, "la forma singular que su vida sexual alcanza entre los tres y los cinco años, una primera culminación, pasando luego por un periodo de latencia y renovándose al iniciarse la pubertad". La religión, el derecho, la ética, buscan facilitar al individuo las tendencias para vencer su Complejo de Edipo y derivar su libido a vinculaciones sociales más deseables. (Cfr. Esquema del Psicoanálisis, en Obras Completas, Tomo III, pp. 2741).

En la prehistoria del Complejo de Edipo la identificación de-

sempeña un papel muy importante. (Se entiende en Psicoanálisis por identificación la manifestación temprana de un enlace afectivo). El niño, al hacer de su padre el ideal, busca identificarse con él, mientras que la madre queda como el objeto de sus instintos libidinosos. Esta es una característica plenamente masculina que forma parte de la preparación para el Complejo de Edipo. Se pueden observar en esta conducta dos órdenes de enlace psicológicamente diferentes: uno sexual (hacia la madre) y uno de identificación (hacia el padre). Los dos coexisten durante un tiempo, hasta que se encuentran, y es entonces cuando nace el Complejo de Edipo normal, simple o positivo. Pero a partir de este momento, el padre se convierte en una obstrucción para los instintos sexuales del niño hacia la madre, y con ello la identificación, que siempre ha tenido un matiz ambivalente, comienza a evolucionar y puede convertirse en hostilidad o en deseos de supresión. Lo cual actúa, también, como una manifestación de la etapa oral, durante la que el sujeto se incorporaba al objeto deseado comiéndoselo, y de esta forma lo destrufa (es decir, la misma postura del caníbal, que ama a los enemigos que devora).

Posteriormente el Complejo de Edipo puede sufrir una inversión, es decir, que el sujeto, adoptando una posición femenina (o masculina la hija), convierta al padre en objeto del cual esperan su satisfacción los instintos sexuales directos, y entonces, la identificación con el padre tiene un matiz diferente: es la fase pre-

liminar a convertirse en objeto sexual (Cfr. La identificación, en Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas. Tomo III, p. 2585).

Pero los efectos de las primeras identificaciones, dice Freud en El yo y el ello, aunque realizadas en la más temprana edad, son siempre generales y duraderos y conducen a lo que posteriormente será el ideal del yo, pues detrás de todo ello se oculta la primera y la más importante identificación del individuo: la identificación con el padre. Dicha identificación no parece constituir el desenlace o resultado de una carga de objeto, ya que es inmediatamente anterior a cualquier posible carga de objeto, pero las elecciones de objeto pertenecientes al primer período sexual y que recaen sobre el padre y la madre, parecen tener como desenlace normal tal identificación e intensificar así la identificación primaria.

Freud considera que estas relaciones son tan complicadas, que es preciso describirlas detalladamente, y de ello se ocupa en el capítulo III de El yo y el ello, El yo y el super-yo (ideal del yo). La complicación de estas relaciones radica fundamentalmente en dos factores: la disposición triangular de la relación edípica y la bisexualidad constitucional del individuo.

Como se señaló anteriormente, la primera carga de objeto del niño recae sobre la madre y la primera identificación, sobre el padre, situación que se mantiene hasta que los deseos sexuales se

orientan hacia la madre y el padre se convierte en un obstáculo para ello. Momento a partir del cual la relación del niño hacia su padre se hace ambivalente y queda constituido el Complejo de Edipo. Pero para que este Complejo desaparezca, posteriormente, es necesario que el niño abandone la carga de objeto hacia la madre y que intensifique su identificación con el padre, lo cual sería el resultado que Freud consideraba normal, porque permite una relación cariñosa con la madre y una positiva con el padre. Con ello, además, se afirmaría la masculinidad en el carácter del niño. Como otra posibilidad, el niño puede intensificar su identificación con la madre, lo cual tendría como consecuencia la revelación de su carácter femenino. (Si esta fijación se prolonga y se hace muy intensa, puede ser la génesis de la homosexualidad. Con la llegada de la pubertad el niño debe de cambiar a la madre por otro objeto sexual; pero si está muy fuertemente fijado a ella, no renuncia a su amor sino que se identifica más con ella hasta llegar a transformarse en ella, "y busca objetos susceptibles de reemplazar a su propio yo y a los que amar y cuidar como él ha sido amado y cuidado por su madre. Es éste un proceso nada raro, que puede ser comprobado cuantas veces se quiera". Cfr. Psicología de las masas y análisis del yo, pp. 2587).

El desenlace del Complejo de Edipo en una identificación con el padre o con la madre parece depender de la energía relativa de las dos disposiciones sexuales. Esta es una de las formas en las

que la bisexualidad interviene para resolver los destinos del Complejo de Edipo. La otra forma es aún más importante: El Complejo de Edipo simple es el menos frecuente; Freud descubrió que era mucho más abundante un complejo completo, es decir, doble, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del niño. Esto supone, además de la actitud ambivalente ya mencionada, una actitud de niña, femenina, hacia el padre, y una hostilidad hacia la madre. "Esta intervención de la bisexualidad es la que hace tan difícil llegar al conocimiento de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas y tan complicada su descripción". (Freud opina que también podría ser que la actitud ambivalente del niño dependa solo de la bisexualidad y no de la identificación).

"Queda así establecida una serie, en uno de cuyos extremos se halla el Complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro, el invertido, negativo, mientras que los miembros intermedios nos revelan la forma completa de dicho complejo, con distinta participación de sus dos componentes" (p. 2713).

En la desaparición del Complejo de Edipo, las cuatro tendencias que lo integran se combinan de tal manera, que nace una identificación con el padre, y una identificación con la madre. La primera conserva el objeto materno del complejo positivo y sustituye al objeto paterno del complejo invertido. Lo mismo sucederá con la identificación con la madre. En la diferente intensidad de tales identificaciones se refleja la desigualdad de las dos disposiciones sexuales.

"De esta manera podemos admitir como resultado de la fase sexual, dominada por el complejo de Edipo, la presencia en el «yo» de un residuo, consistente en el establecimiento de estas dos identificaciones enlazadas entre sí. Esta modificación del «yo» conserva su significación especial y se opone al contenido restante del «yo» en calidad ideal del «yo» o «super-yo»."

Pero este super-yo es también una formación reactiva contra las primeras elecciones de objeto del ello. Incluye, además, una advertencia, y una prohibición: "Debes ser como el padre" pero no completamente, ya que hay algo exclusivamente para él. Esta doble cara del ideal del yo tuvo su génesis en la represión primitiva del Complejo de Edipo. Dicho proceso represivo no debió de ser nada sencillo: Al reconocer al padre como el obstáculo para la realización de los deseos, fue necesario que el yo se fortaleciera para realizar la represión. La energía para ello fue necesario tomarla del padre, préstamo que lleva consigo importantísimas consecuencias: El super-yo conservará el carácter del padre y se impondrá sobre el yo como conciencia moral o tal vez como sentimiento inconsciente de culpabilidad, con un poder que dependerá de la intensidad del Complejo de Edipo y de la rapidez de su represión (influenciado por la autoridad, la religión, las enseñanzas).

El ideal del yo es por lo tanto heredero del Complejo de Edipo y expresión de los impulsos del Ello y de los destinos más importantes de la libido. Al crearse dicho ideal del yo, se apodera el

yo del Complejo de Edipo y se somete al ello. El super-yo, abogado del ello (mundo interior) se opone al yo (mundo externo, realidad). De esta forma, los conflictos entre el yo y el ideal reflejan las oposiciones entre mundo externo y mundo interno, o entre lo real y lo psíquico. El ideal del yo satisface las exigencias que se plantean en la parte más elevada del hombre. Contiene el nódulo del que han partido todas las religiones, como sustituto de la aspiración hacia el padre. La comparación del yo con su ideal es el origen de la humildad de los creyentes. Al desarrollarse el individuo, va transfiriendo a los maestros y personas de autoridad con él relacionadas, el papel de padre, con todos los mandatos y prohibiciones necesarios para constituir el yo ideal y que se ejercen como conciencia y censura moral.

"La tensión entre las aspiraciones de la conciencia y los rendimientos del yo es percibida como sentimientos de culpabilidad. Los sentimientos sociales reposan en identificaciones con otros individuos basados en el mismo ideal del yo".

En Totem y tabú se expone cómo la religión y la moral nacieron al resultar vencido el Complejo de Edipo y prevalecer la imagen paterna. En estas adquisiciones morales se adelanta el sexo masculino y las transmite después por herencia al sexo femenino. Los sentimientos sociales se inician todavía actualmente por superposición a los sentimientos de rivalidad del sujeto con sus hermanos. Al no poder satisfacer los sentimientos hostiles, nace la

identificación entre los rivales. Las observaciones que Freud realizó con individuos homosexuales le hicieron pensar que también esta identificación es un sustituto de la elección cariñosa de objeto para reemplazar la condición agresiva hostil. (Cfr. El "yo" y el "ello", en Obras Completas, T. III, pp. 2711-2715).

El período temprano de la vida sexual del niño termina hacia el quinto año de la vida individual, y continúa en una etapa de latencia, donde se establecen las restricciones éticas que limitan los impulsos del Complejo de Edipo.

Los dos impulsos optativos que constituyen el Complejo de Edipo coinciden con las dos prohibiciones capitales del totemismo: la de matar al patriarca y la de matrimoniar con mujer de la misma casta: (En Psicoanálisis y teoría de la libido, p. 2673).

En el período siguiente, la pubertad, el Complejo revive en el inconsciente y avanza hacia sus transformaciones posteriores. Allí se desarrollan los instintos sexuales hasta su plena intensidad. Pero tanto el desarrollo como la evolución están ya determinados por la etapa primera donde se inició la sexualidad. Esta peculiaridad, de una evolución en dos fases, interrumpida por un período de latencia, es una característica biológica exclusiva de la especie humana, y puede ser la génesis de las neurosis (Psicoanálisis y teoría de la libido, p. 2668).

En la Lección XXXI (Diseción de la personalidad psíquica) de

Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis ⁽³⁾ ya se había preocupado Freud del super-yo como una entidad profundamente enlazada a los destinos del Complejo de Edipo, y había observado cómo su evolución depende de la solución que éste obtenga. Si llega a superarse plenamente, el niño tendrá que renunciar a sus cargas de objeto y de esta manera se intensificarán las identificaciones con los padres. Pero si se supera sólo parcialmente, el super-yo pierde energía, recibe influencias de personas que puedan ocupar el lugar de los padres (maestros, modelos ideales, etc.) y se hace más impersonal.

También en esa época había observado ya Freud cómo dos hechos, uno biológico y otro psicológico, son decisivos para el destino futuro del individuo: la prolongada dependencia del niño a la autoridad de sus padres y el nacimiento del Complejo de Edipo, ambos íntimamente relacionados entre sí. De esta forma, el super-yo del niño, por influencia de los padres y autoridades, no es algo propiamente suyo, sino emanado del super-yo de sus propios padres, el cual, al mismo tiempo, procede de un substrato de la tradición, transmitido a través de las generaciones. (Cfr. pp. 3136-3138).

Cuando al fin de su vida Freud se propone retomar los principios del psicoanálisis y confirmarlos, y elabora con ellos el inconcluso Compendio del psicoanálisis, se ocupa de nuevo del Com-

(3) Esta obra, como es sabido, se publicó en 1932, aunque es un compendio de las conferencias pronunciadas por Freud en los cursos de 1915-1916 y 1916-1917.

plejo de Edipo y de su evolución con penetrante claridad. Volviendo al niño en su etapa fálica, donde desea poseer a la madre y eliminar a su rival, el padre, observa cómo, semejante disposición sólo puede tener un terrorífico final en nuestras condiciones culturales. La madre comprende que la excitación sexual del niño va dirigida hacia ella y que no es correcto permitirlo. Para ello, lo aleja de su persona, le prohíbe la masturbación y le amenaza con quitarle aquello con lo cual la desafía. Para hacer la amenaza más terrible, incluye al padre como persona más digna de crédito: ella le contará todo, y él le cortará el miembro. El castigo parecería poco verídico si no se recuerda la estupefacción del niño ante un órgano genital femenino (privado de la parte amenazada), estupefacción que le hace pensar en la posibilidad de que sí se verifique el castigo. Aquí está el origen del Complejo de castración, el trauma más fuerte de la vida infantil. (Véase la relación de la castración con la ceguera de Edipo en la leyenda, o con las amenazas proferidas en otras culturas: pérdida de los genitales, pérdida de la inteligencia, etc., como consecuencia de la masturbación).

La amenaza de castración tiene múltiples secuelas: afecta a la masculinidad del niño, en primer lugar, quien para salvar su miembro renuncia a la madre, lo cual puede afectar a su vida sexual posterior; si hay en él un componente femenino fuerte, adquirirá mayor fuerza al coartarse la masculinidad. La actitud hacia el padre se hace pasiva, comparable a la posición que se le atribuye a

la madre. El niño puede abandonar la masturbación, pero nunca las fantasías que la acompañaban, las cuales pasan a ser fuente de la única satisfacción sexual, y por lo tanto tienden a incrementarse. En ellas seguirá identificándose con el padre, pero también con la madre, y se convierten en elemento importantísimo, ya que suelen integrar el yo ulterior y participar en la formación del carácter. Además de la estimulación de la femineidad, se acrecienta el odio y temor hacia el padre. La masculinidad, al retrotraerse, provoca una actitud de torquedad hacia el padre, actitud que dominará compulsivamente su futura conducta en la sociedad humana. Como residuo de la fijación erótica a la madre suele establecerse una excesiva dependencia de ella, que más tarde continuará con la sujeción a la mujer. El niño ya no se atreve a amar a la madre, pero tampoco puede renunciar a su amor, porque entonces quedaría abandonado y expuesto a la castración. Todas estas vivencias sufren una seria represión, pero se conservan en el inconsciente y pueden perturbar después la evolución del yo. "Cuando el proceso somático de la maduración sexual reanimo las antiguas fijaciones libidinales aparentemente superadas, la vida sexual quedará inhibida, careciendo de unidad y desintegrándose en impulsos mutuamente antagónicos".

Estas consecuencias derivadas de la amenaza de castración no son siempre tan terribles. Todo este suceso es olvidado casi completamente y es muy difícil reconstruirlo en la labor analítica. El sujeto suele negar toda posible relación entre su historia y la

de Edipo, aduciendo que éste no sabía que era su padre al que había dado muerte, ni que era su madre la persona con quien había casado. Pero precisamente la ignorancia de Edipo es una representación muy clara del carácter inconsciente de las experiencias pasadas en el adulto (Obras completas, T. III, pp. 3406-3408).

Precisamente los sentimientos de culpa tienen que ser normalmente inconscientes, por hallarse en la génesis de la conciencia moral, intimamente ligada al Complejo de Edipo, integrado a lo inconsciente. (El "yo" y el "ello", p. 2724).

Con la pubertad surgen nuevas tendencias muy intensas, orientadas ya hacia fines sexuales directos. Pero en ciertos casos poco favorables, estas tendencias aparecen disociadas de las "tiernas" o sentimentales, cuadro idealizado con mucha frecuencia en la literatura. El joven se siente atraído por mujeres a las que respeta, pero que no provocan sus instintos sexuales, y en cambio es potente solamente con mujeres a las que no ama, e incluso desprecia. Pero lo más frecuente, o lo más deseable, es que el joven realice una síntesis del amor espiritual y del amor sexual, actitud que se verá caracterizada por la acción conjunta de instintos libres e instintos coartados. Precisamente en esta síntesis se podrá diferenciar el enamoramiento del simple deseo sexual. (Psicología de las masas y análisis del yo, p. 2589).

En 1924 observa Freud cómo el Complejo de Edipo sucumbe ante

la represión y desaparece con el período de latencia, pero se cuestiona acerca de las causas que provocan su fin y en un breve trabajo⁽⁴⁾ presenta una serie de hipótesis, que más que aclarar su desaparición, ofrecen nuevos ángulos para la comprensión de dicho complejo. El análisis atribuye su terminación a las decepciones amorosas sufridas por el sujeto, y en general, a la ausencia de la satisfacción deseada. De esta forma sucumbiría a su propio fracaso, resultado de su imposibilidad interna.

Otra hipótesis es que el Complejo de Edipo desaparece porque simplemente llega el momento de su fin: al ser un fenómeno, aunque individual, determinado por la herencia, tendrá que acabarse conforme a una trayectoria determinada, al iniciarse la fase siguiente del desarrollo. La evolución sexual del niño avanza hasta una fase en que los genitales se han adjudicado ya un papel directivo, pero únicamente los genitales masculinos, o más precisamente el pene, ya que los femeninos son aún desconocidos. Esta es la etapa fálica que coincide con la edípica, y que no continúa su desarrollo, sino que queda interrumpida por el período de latencia.

Cuando el niño concentra su interés en sus genitales lo revela con manejos manuales y no tarda en advertir el desacuerdo de los adultos. Es entonces cuando surge la amenaza, más o menos brutal de privarle de aquello que tanto le gusta. Esta amenaza provie

(4) La disolución del Complejo de Edipo, en Obras completas, T. III, pp. 2748-2751.

ne muchas veces de las mujeres que rodean al niño, las cuales re-fuerzan su autoridad, confirmando que serán el médico o el padre los que lleven a cabo el castigo. También puede ser que, por hacer más suave el pronóstico, ofrezcan mutilar la mano que realiza el acto. En ciertas ocasiones, el motivo de la castración será causado no por el jugueteo, sino por mojar la cama. Muchos adultos juzgan que la incontinenencia nocturna es una consecuencia de la manipulación del miembro sexual, y probablemente no están equivocados. La incontinenencia prolongada puede equipararse a la polución del adulto, es decir, una manifestación de la excitación genital que es lo que en esa época ha llevado al niño a masturbarse. De todas formas la organización genital fálica del niño sucumbe ante la amenaza de castración, aunque no inmediatamente. (El psicoanálisis ha dedicado gran atención a otras dos pérdidas infantiles: el pecho materno y el contenido intestinal).

La amenaza de castración no ejerce su efecto hasta que el niño descubre los genitales femeninos. Es así como se hace posible para él la pérdida de su propio pene, y el momento en que la amenaza de castración comienza a ejercer su efecto.

Pero no puede aceptarse que la vida sexual del niño se reduzca a la masturbación: ésta no es más que la descarga genital de la excitación sexual correspondiente al Complejo de Edipo, "y deberá a esta relación su significación para todas las épocas ulteriores".

El Complejo de Edipo ofrece al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva. Le permite adoptar una actitud

masculina, como la del padre, y tratar como él a la madre. El niño no conoce la satisfacción amorosa, pero sus sensaciones orgánicas le proporcionan la convicción de que el pene desempeña en ella algún papel. Aún no ha tenido la ocasión de dudar que la mujer posee un pene. La posibilidad de castración y el descubrimiento de que la mujer aparece castrada, pone fin a las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el Complejo de Edipo: ambas tienen como consecuencia la pérdida del pene; la masculina como castigo; la femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa basada en el Complejo de Edipo cuesta la pérdida del pene, surge el conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la carga libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto vence generalmente el primer poder, y el yo del niño se aparta del Complejo de Edipo.

Este proceso se desarrolla sustituyendo las cargas de objeto por identificaciones: la autoridad paterna introyectada en el yo genera en él el super-yo, que toma el rigor del padre, realiza su prohibición del incesto y garantiza al yo contra el retorno de las cargas libidinosas de objeto. Las tendencias libidinosas del Complejo de Edipo quedan parcialmente desexualizadas y sublimadas y en parte inhibidas y transformadas en tendencias sentimentales. Este proceso ha salvado, por una parte, a los genitales, liberándolos de la castración, pero por otra los ha paralizado, despojándolos de su función.

La observación analítica permite conocer las relaciones entre la organización fálica y el complejo de Edipo, la amenaza de castración, la formación del super-yo y el período de latencia. El Complejo de Edipo sucumbe ante la amenaza de castración. Sin embargo esto no significa que el problema termine.

* * * *

En varias obras se ocupa Freud de mostrar los resultados producidos por un Complejo de Edipo no resuelto o sujeto a una evolución errónea, así como de sus hallazgos en este sentido a través del psicoanálisis.

Precisamente señaló el investigador cómo la hipótesis de procesos psíquicos inconscientes, el reconocimiento de la teoría de la resistencia y de la represión y la valoración de la sexualidad y del Complejo de Edipo, son los contenidos capitales del psicoanálisis y los fundamentos de su teoría (Psicoanálisis y teoría de la libido, en Obras Completas, T. III, p. 2669).

En la observación analítica del adulto neurótico se puede llegar a un conocimiento más profundo del Complejo de Edipo: Cada neurótico ha sido un Edipo que se ha convertido por reacción en un Hamlet. La representación analítica del Complejo de Edipo es una ampliación del esquema infantil antes expuesto. El odio hacia el padre y el deseo de verle morir quedan abiertamente evidenciados. Se descubre que el odio se ha intensificado por numerosos motivos

correspondientes a épocas posteriores. En el cariño hacia la madre se advierte el deseo de poseerla como esposa.

También se puede ver en el análisis cómo en la pubertad reaparece la elección incestuosa de objeto. (Dicho objeto está representado por la madre o por la hermana y revela el camino que sigue el sujeto a medida que avanza en la vida y sus esfuerzos para sustraerse a la atracción del incesto. De esta manera se encuentran en el neurótico restos considerables de infantilismo, ya sea por no haberse liberado de las condiciones infantiles de la psicosexualidad, ya sea por haber vuelto a ellas. Precisamente en esta actitud incestuosa se puede encontrar el complejo nuclear de la neurosis. Cfr. Totem y tabú, pp. 1757-58).

En Teoría general de las neurosis hace Freud hincapié en las severísimas prohibiciones a que el individuo adulto tiene que someterse para poder reprimir la inclinación incestuosa infantil (pp. 2331-2332).

La elección incestuosa infantil no fue mas que un tímido preludio, pero que ya marca la orientación de esa tendencia. En la pubertad se desarrollan procesos afectivos de gran intensidad. Más tarde, a partir de esa época, el individuo se encuentra ante la ingente labor de desligarse de sus padres y sólo después de haber llevado a cabo esta labor dejará de ser un niño. Esta labor consistía en separar los deseos libidinosos de su madre, haciéndolos recaer sobre un objeto real no incestuoso, y reconciliarse con el

padre (olvidando la hostilidad hacia él) o emanciparse de su tiranía cuando, por reacción contra la rebelión infantil, se ha convertido en su esclavo sumiso. Tarea que se propone todo ser humano y en la que el neurótico fracasa; queda sometido a la autoridad paterna y es incapaz de trasladar su líbido a un objeto sexual no incestuoso. Por todo ello el núcleo de la neurosis es el Complejo de Edipo. (5)

Al estudiar las causas de la impotencia psíquica (6), Freud volvió de nuevo su enfoque hacia las etapas más antiguas del desarrollo infantil para rastrear allí el origen de la enfermedad. Observó que el fundamento de dicho padecimiento es una inhibición del proceso evolutivo normal de la libido, a causa de que la corriente "cariñosa" y la "sensual" no han llegado a integrarse.

La corriente "cariñosa", la más antigua, se relaciona con la elección de objeto primario infantil y perdura toda la infancia, aunque cargada de erotismo. Cuando en la pubertad nace la corriente "sensual", recorre los caminos anteriores, pero tropezando con el obstáculo que supone la barrera moral contra el incesto. Entonces la libido se transfiere a otros objetos que no sean los primarios, con los que pueda llevar una vida sexual real. Pero estos nuevos objetos son elegidos como los prototipos infantiles.

(5) Lecciones introductorias al psicoanálisis (1915-1917)..- Lección XXI, Desarrollo de la libido y organizaciones sexuales. Obras completas. T. II, pp. 2332-2333.

(6) Sobre una degradación general de la vida erótica. 1912. Obras completas. Tomo II, pp. 1711-1716.

Dos factores pueden provocar el fracaso de esta evolución progresiva de la libido: 1) la fuerza de la prohibición que se opone a la nueva elección de objeto (no es factible intentar una elección de objeto cuando no es posible elegir); 2) el grado de atracción ejercido por los objetos infantiles que se intenta abandonar (grado que dependerá de la carga erótica que tuvieron en el pasado). Cuando estos factores muestran energía suficiente, entra en acción el mecanismo general de la producción de las neurosis. La libido se aparta de la realidad, se refugia en la fantasía (introversión), intensifica las imágenes de los primeros objetos sexuales y se fija en ellos. Pero el obstáculo opuesto al incesto obliga a la libido orientada hacia tal objeto a permanecer en lo inconsciente. El onnismo, en el que se fija la corriente "sensual", contribuye a intensificar las fijaciones señaladas.

Como resultado de todo esto puede suceder que toda la sensualidad de un joven se quede fijada inconscientemente a objetos incestuosos, es decir, a fantasías incestuosas inconscientes, caso en el cual se produce una impotencia absoluta.

La impotencia psíquica propiamente dicha exige premisas menos marcadas. La corriente "sensual" no se oculta plenamente detrás de la "cariñosa", sino que conserva energía y libertad para conquistar en parte su acceso a la realidad. Pero la actitud sexual de tales personas se muestra caprichosa, fácil de perturbarse, incorrecta y poco placentera. Y, sobre todo, se ve obligada a eludir toda

aproximación a la corriente "cariñosa", lo que supone una considerable limitación de la elección de objeto.

La corriente "sensual" permanece activa, buscando tan solo objetos que no despierten el recuerdo de los incestos prohibidos; el resultado de esto es que, las mujeres cuyas cualidades podrían inspirar al sujeto una valoración psíquica elevada, no le producen excitación sensual, sino cariño eróticamente ineficaz. La vida erótica de estos individuos permanecerá disociada en dos direcciones: el amor divino y el amor terreno o animal. Si aman a una mujer no la desean y si la desean no pueden amarla. Buscan objetos a los que no necesiten amar para mantener alejada su sensualidad de los objetos amados. Siguiendo las leyes de la insensibilidad del complejo y del retorno de lo reprimido, se convierten en víctimas de la impotencia psíquica en cuanto el objeto elegido para eludir el incesto les recuerda en algún rasgo, por insignificante que sea, al objeto que tratan de evitar.

Los individuos que padecen la disociación descrita se protegen contra ella a través de la degradación psíquica del objeto sexual, dejando para el objeto incestuoso la supervaloración que normalmente corresponde al objeto sexual. Una vez establecida esa degradación del objeto, su sexualidad puede ya exteriorizarse libremente, desarrollar un importante rendimiento y alcanzar intenso placer. En general, las personas en quienes la corriente "cariñosa" y la "sensual" no han confluído debidamente, viven una vida sexual poco

refinada. Sus fines sexuales son perversos, y de no ser así experimentan una sensible disminución del placer, el cual solo es posible lograr a través de un objeto sexual rebajado y desestimado.

A través de sus observaciones, Freud llegó a la conclusión de que sólo en una limitada minoría de individuos llegan a confluir las corrientes "cariñosa", "sensual". El hombre casi siempre siente coartada su actividad sexual por respeto a la mujer, y sólo desarrolla su plena potencia con objetos degradados; además, integra en sus fines sexuales componentes perversos, que no se atreve a satisfacer en la mujer estimada. Solo experimenta, pues, un goce sexual, cuando puede entregarse sin escrúpulos a la satisfacción, cosa que no se permitirá con la mujer propia. De aquí su necesidad de un objeto sexual rebajado, de una mujer éticamente inferior, en la que no pueda suponer repugnancias estéticas y de la que desconozca circunstancias vitales, ni le interesa juzgarlas. A tal mujer dedicará sus energías sexuales, aunque su cariño pertenezca a otra de tipo más elevado.

Esta necesidad de un objeto sexual degradado, al cual se enlaza fisiológicamente la posibilidad de una completa satisfacción, explica que individuos pertenecientes a las más altas clases sociales busquen sus amantes, y a veces sus esposas, en clases inferiores.

Pero el psicoanálisis ha demostrado que cuando el impulso primitivo de un impulso optativo sucumba a la represión, es reemplazado

do, en muchos casos, por una serie interminable de objetos sustitutos, ninguno de los cuales satisface por completo. Esto explica la inconstancia en la elección de objeto, el "hambre de estímulos", tan frecuente en la vida de los adultos.

Al estudiar la angustia en ciertas fobias, de nuevo encontró Freud sus raíces en el Complejo de Edipo. Observando casos de represión típica de los impulsos optativos, creyó en un primer momento que la carga libidinosa del objeto materno, a causa de la represión, se convertía en angustia. Pero posteriormente descubrió lo contrario: La represión no crea la angustia; ésta existe con anterioridad y es la que crea la represión. ¿Cuál sería, entonces la causa de la angustia? Freud afirma que la amenaza de castración, relacionada directamente con el onanismo, ya que es su práctica la que origina el posible castigo en el sujeto. (Cfr. Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis, pp. 3149-3150).

En un trabajo psicoanalítico muy breve que Freud escribió en 1927⁽⁷⁾ explica, a través de una experiencia religiosa, aparentemente carente de sentido, la relación entre un sentimiento confuso y el Complejo de Edipo. Un médico norteamericano, a raíz de una polémica del sabio con un periodista, le escribió una carta comentándole una pérdida repentina de su fe religiosa y un encuentro subsiguiente con ella. La pérdida momentánea tuvo lugar cuando el médico vio sobre una mesa de disección el cadáver de una dulce anciana.

(7) Una experiencia religiosa, en Obras Completas, T. III, pp. 3001-3003.

La clara y penetrante explicación es la siguiente: El cuerpo desnudo de una anciana revive en el que lo contempla la memoria y la nostalgia de su madre, y, como residuo del Complejo de Edipo, inmediatamente el sentimiento de rebelión hacia el padre. En el sujeto las imágenes de Dios y del padre no están muy separadas, y el deseo de la muerte del padre puede hacerse consciente como duda de la existencia de Dios y el deseo de legitimar ante la razón la indignación por el mal trato infringido al objeto materno.

El niño considera las relaciones sexuales entre sus padres como una violencia ejercida en la madre.

La tendencia presente, desplazada al terreno religioso, no es más que una repetición de la situación del Complejo de Edipo y sigue, por lo tanto, igual destino, sucumbiendo a una poderosa corriente contraria. El repentino conflicto parece haberse desarrollado en la forma de una psicosis alucinatoria, ya que no hubo argumento para negar o afirmar la existencia o la no existencia de Dios. El combate interior tiene su desenlace de nuevo en el terreno religioso, predeterminado por el destino del Complejo de Edipo: Una total sumisión a la voluntad de Dios-padre. El sujeto vuelve a ser creyente como se le ha enseñado desde niño. (8)

(8) Aunque no tienen relación plenamente directa con el Complejo de Edipo, quiero añadir aquí dos confirmaciones de Freud relacionadas con la posición de hijo predilecto de la madre, que pueden tener interés para el contenido de este trabajo:

"He averiguado que las personas que se saben preferidas o distinguidas por su madre poseen en la vida aquella confianza en sí mismas y aquel indiscutible optimismo que parecen heroicos muchas

veces y que conducen al éxito". (La interpretación de los sueños. Capítulo VI. La elaboración onírica. Obras completas, T. I, p. 589, Nota 344).

"Cuando alguien ha sido el favorito indiscutible de su madre conserva a través de toda la vida aquella seguridad conquistadora, aquella confianza en el éxito que pocas veces contribuyen realmente a alcanzarlo". (Un recuerdo infantil de Goethe en Poesía y verdad". 1917. Obras completas, Tomo III, p. 2443.

II

El Complejo de Edipo en los continuadores de Freud

Los descubrimientos de Freud en torno al Complejo de Edipo, así como la ordenación de conceptos y la puntualización de muchos matices relacionados con el tema, fueron retomados por sus colaboradores más próximos, aunque en general, sin hacer grandes adiciones. Preocupados ya por la práctica del psicoanálisis, se interesaban más en aplicar las teorías freudianas al tratamiento de pacientes que de ahondar en las nuevas teorías.

Sin embargo hay casos, como el de Carl Jung, quien no se desvió prácticamente nada de las ideas freudianas, a pesar de lo cual, solo por pequeñas disensiones, tanto él como su maestro consideraron que se había abierto una brecha entre los conceptos de ambos. Jung considera el Complejo de Edipo como el símbolo de los enlaces del niño con sus padres, el cual debe destruirse cuando aquél necesita emanciparse. Pero Jung, de la misma forma que Freud, acepta la existencia de una fase del desarrollo infantil que se caracteriza por su contenido erótico.

Rank, partiendo del trauma del nacimiento, de sus niveles psicológico y fisiológico, determinó que era entonces cuando se originaba la angustia humana, la cual quedaba acumulada como experiencia primitiva y se iba disipando a lo largo de toda la existencia.

De esta manera, el Complejo de Edipo es para él un intento del ser por resolver el misterio de su origen y de su destino, en busca siempre del retorno al seno materno. Los resultados negativos

del Complejo, representados en el mito, no son sino la expresión de la angustia del nacimiento. En todo esto no hay cambios de fondo a los enunciados de Freud, aunque éste no estuviera plenamente de acuerdo con las nuevas matizaciones. Cuando las divergencias entre los dos investigadores se hicieron patentes, fue cuando Rank estableció nuevas técnicas terapéuticas, basadas en sus teorías, tratando de acortar el psicoanálisis.

Tampoco Ferenczi hizo nuevas aportaciones a los conceptos freudianos. Su interés se concentró en cómo aplicar los nuevos conocimientos a la práctica terapéutica.

En su preocupación por el análisis caracteriológico, Wilhelm Reich retomó el Complejo de Edipo, al que, —afirma— hay que acudir para rastrear los comienzos de la formación del carácter. Para él estos comienzos no son sino una forma definida de solución del complejo. "Pues hay también otras maneras de resolver el Complejo de Edipo, que determinan la futura personalidad en menor grado, tales como la simple represión o la formación de una neurosis infantil. Lo que estas condiciones de la formación del carácter tienen en común, son los intensos deseos genitales y un yo relativamente débil, que por miedo al castigo se protege en primer lugar mediante las represiones. La represión conduce a una contención de los impulsos. A su vez esto amenaza a la simple represión con una irrupción del impulso reprimido"⁽¹⁾.

(1) W. Reich, Análisis del carácter. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1978, p. 160.

Karl Abraham, en sus investigaciones sobre la libido⁽²⁾, y partien-
do siempre de los hallazgos freudianos, matiza ciertas facetas del
Complejo de Edipo y encuentra, en su evolución posterior, algunas
consecuencias nuevas, útiles para el ejercicio de la terapia ana-
lítica y para el conocimiento de la formación del carácter.

En el capítulo "Las formaciones del carácter en el nivel geni-
tal del desarrollo de la libido" Abraham se refiere al Complejo de
Edipo como una abrumadora acumulación de elementos relacionados
con procesos mentales. El dominio adecuado de las primeras emocio-
nes en el ser humano (deseo erótico hacia la madre, necesidad de
alejarse al padre, miedo de la castración) logrará un paso decisivo
en la formación de su carácter. Si el niño supera el Complejo de
Edipo con todos sus componentes, ha dado el paso más importante
para superar el narcisismo original y las tendencias hostiles, al
mismo tiempo que ha destruido el poder del principio del placer
sobre su conducta.

Si el niño consigue llegar gradualmente a una catexia libidi-
nal de su objeto amoroso (incluyendo los elementos de la madre que
le atraían y los que le repelían) surgirán en él expresiones de su
relación libidinal con ese objeto que estaban inhibidos en cuanto
a su meta —sentimientos de cariño, devoción, etc.— los cuales
coexistirán con los deseos directamente eróticos. Y si el desarro

(2) Karl Abraham, Contribuciones a la teoría de la libido. Ed.
Paidós Hormé, Buenos Aires, 1973, pp. 102-212.

llo continúa normalmente estos nuevos sentimientos hacia la madre serán experimentados hacia el padre.

De esta forma Abraham llega a la conclusión de que el carácter definitivo de cada individuo depende de la historia de su Complejo de Edipo y en particular de su capacidad para transferir los sentimientos cordiales hacia otras personas. Si fracasa en esto, si no logra desarrollar suficientemente sus afectos sociales, la consecuencia directa será una marcada perturbación de carácter. En el análisis se descubrió que los impulsos sexuales de estas personas no están acompañados por ningún deseo de relaciones carnales. Lo cual se advierte también en las dificultades cotidianas por obtener un contacto emocional adecuado con otra gente. (Este fenómeno lo encontró Abraham muy frecuentemente en los hijos ilegítimos).

En relación con la homosexualidad, Freud había visto cómo ésta se puede producir cuando el sujeto introyecta al progenitor de sexo opuesto (un joven se sentirá asimilado a los varones, porque, a través de un proceso psíquico de incorporación, se ha penetrado con su madre de tal manera, que reacciona ante los hombres como ella lo haría). En el análisis, Abraham observó que por lo general el sujeto, al sufrir una decepción en el amor hacia su madre, la había abandonado volviendo su interés hacia el padre; y de ahí en adelante, su actitud hacia él es la asumida habitualmente por la hija, identificándose, como ella, con la madre.

La psicogénesis de la melancolía está estrechamente ligada con

decepciones en la infancia (o algunas veces en la vida posterior del paciente), a partir de las cuales hacen en él sentimientos hostiles extraordinariamente fuertes hacia aquellas personas que frustraron su anhelo narcisista de amor. Pero las decepciones posteriores no son más que repeticiones de la original, por lo que toda la ira se dirige contra una sola persona: aquella a quien era más afecto en la infancia.

Todo esto lo descubrió Abraham al estudiar los factores etiológicos de las afecciones cíclicas, de los cuales, (cinco), el cuarto es el originado por la primera decepción afectiva, si ésta tiene lugar antes de que los deseos edípicos hayan sido superados. La decepción afecta más hondamente al niño porque su libido no ha superado adecuadamente la etapa narcisística. Es la etapa en que los deseos incestuosos y la rebelión contra el padre están en plena actividad, y las fuerzas depresivas no ejercen todavía ningún control sobre los deseos edípicos. Si el niño es sometido bruscamente a un trauma mental en el momento en que da su primer paso hacia el amor objeto, las consecuencias son graves. Además se establecerá una asociación permanente entre el Complejo de Edipo y la etapa canibalística de su libido, ya que en esa época todavía son fuertes los instintos oral-sádicos. Todo ello facilitará la siguiente introyección de sus dos objetos amorosos: su madre en primer lugar y su padre en el segundo.

Los melancólicos analizados por Abraham habían asociado más el

complejo con la madre, mientras que otro tipo de pacientes lo habían hecho con el padre. Pero se pudo descubrir que la relación con la madre era secundaria y, además, resultado de una tendencia a invertir la situación edípica. La hostilidad del melancólico hacia su madre está arraigada en el Complejo de Edipo.

Freud había observado que el paciente maniaco se sacude el yugo de su super yo, el cual dirime sus diferencias con el yo fundiéndose con él. La hipótesis surgida de aquí fue que, en la condición maniaca, el paciente celebra su triunfo sobre el objeto que en otro tiempo amó y que después abandonó e introyectó. Siente entonces la sensación de libertad, a la cual se entrega con frenesí. Abraham añade a esto que la retirada del superyo permite al narcisismo entrar en una fase positiva y placentera. El individuo vuelve entonces su libido al mundo exterior, en un exceso de ansiedad. Este cambio de actitud da origen a muchos síntomas, todos ellos basados en un incremento de los deseos orales: el paciente "devora" todo lo que se cruza en su camino. Así, el maniaco se caracteriza por sus fuertes deseos eróticos; pero este acto placentero de ingerir nuevas impresiones está acompañado por el no menos placentero de expelerlas casi tan pronto como son recibidas.

En la manía todos los objetos son considerados como elementos que deben pasar rápidamente por el "metabolismo psicosexual" del paciente. A través de las asociaciones clínicas del paciente maniaco se puede comprobar que identifica sus pensamientos expresa-

dos con sentimientos.

El comportamiento en los pacientes obsesivos es algo diferente, aunque también relacionado con la etapa del desarrollo del amor-objeto, donde el individuo preserva su objeto, actitud que reaparece en la vida sexual de los obsesivos como un fenómeno regresivo. En la época adulta el paciente no puede amar a nadie en el sentido completo del término, porque su libido está aún ligado a una parte de su objeto. Sin embargo ya ha abandonado su tendencia a incorporar esa parte: su deseo es dominarla, poseerla. Aunque la libido está todavía alejada de su desarrollo final, se va encaminando hacia él, en la medida que exterioriza la existencia de una propiedad, lo cual es diferente que incorporar devorando. Con ello la libido se sitúa fuera del cuerpo, es decir, realiza una adaptación al mundo exterior.

En cuanto a las etapas del desarrollo infantil determinadas por Freud, Abraham establece algunas modificaciones, más de matiz que de fondo. Desdobra la etapa oral en dos fases, la primera de succión (pre-ambivalente) y la segunda canibalística, en la cual se inician el narcisismo y la ambivalencia, y hay una total incorporación del objeto.

Divide también la etapa anal (Primera y última etapas anal-sádicas), con amor parcial y ambas ambivalentes. Y añade una quinta etapa (genital fálica, de amor-objeto con exclusión de los genitales), y una sexta (genital final, de amor-objeto) que ya será post-ambivalente.

Para Mélanie Klein el conflicto edípico comienza más temprano de lo que se supone. Para ella las tendencias edípicas se liberan a consecuencia de la frustración que el niño experimenta con el destete; aparecen al final del primer año de vida y principios del segundo y se refuerzan por las frustraciones anales sufridas durante el aprendizaje de hábitos higiénicos.

Desde su mismo comienzo, los deseos edípicos se conectan con el miedo a la castración y con los sentimientos de culpa. "Mis descubrimientos van más allá: muestran que el sentimiento de culpa, asociado con las fijaciones pregenitales es efecto directo del conflicto edípico"⁽³⁾. Ello explica satisfactoriamente la génesis de tales sentimientos, pues se sabe que el de culpa es el resultado de los objetos de amor edípicos, es decir el producto de la formación del superyo.

La ansiedad causada en el niño de un año por el comienzo del Complejo de Edipo le produce la sensación de ser devorado o destruido. Él mismo desea acabar su objeto libidinoso mordiéndolo y cortándolo, lo que le ocasiona más angustia.

Aunque su yo es muy débil todavía, es susceptible de defenderse del superyo amenazador por medio de una fuerte represión, ya que las primeras tendencias edípicas se expresan principalmente bajo la forma de impulsos orales y anales. Las fijaciones que pre-

(3) "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928), en Psicoanálisis del desarrollo temprano. Hormé. Paidós. Buenos Aires 1974, pp. 38-39.

dominarán en el desarrollo de la situación edípica estarán determinadas por el grado de represión ejercida en estos estadios tempranos.

Las frustraciones orales y anales, que serán el prototipo de toda frustración posterior, significan un castigo y por lo tanto se experimentan como fuentes de ansiedad.

El miedo a la castración por parte del padre será el principal obstáculo para el amor a la madre. La intensidad de las fijaciones oral-sádicas y anal-sádicas condiciona el odio que el niño siente hacia su madre y es lo que le impide alcanzar una relación positiva con ella. Estas fijaciones son de influencia decisiva para la formación del superyo, que aparece en esta fase. Cuanto más cruel es el superyo más terrorífico aparecerá el padre castrador, y el niño, huyendo de los impulsos genitales, se aferrará más a los niveles sádicos, que también se advierten en sus tendencias edípicas.

En los estadios tempranos, aunque no sea muy evidente, las posiciones del desarrollo edípico son catectizadas en rápida sucesión.

La fase del desarrollo que Klein llama femenina, se desarrolla en el nivel sádico anal, ya que las heces adquieren un nuevo contenido y se equiparan con el hijo deseado. Aquí hay dos fines que se combinan: uno surge del deseo de tener hijos y la intención de apropiarse de ellos; el otro está causado por los celos de los futuros hermanos y por el deseo de destruirlos dentro de la madre.

En el complejo femenino del varón hay, lo mismo que en el complejo de castración de las niñas, un deseo frustrado de poseer un órgano especial. Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa que existen en la madre, y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinosa es puramente oral.

Precisamente en el complejo femenino está la raíz de la excesiva agresividad en los niños, que aparece muy frecuentemente y que va acompañada a veces de actitudes de desprecio y suficiencia, en una forma antisocial y sádica. Esta postura es en realidad un intento de encubrir la ansiedad y la ignorancia que imperan en tal situación. Coincide también con la protesta del niño, (ocasionada por su temor a la castración), contra el papel femenino, pero se relaciona también con el temor a la madre, a la que querría robar el pene del padre, los hijos y los órganos sexuales femeninos. Esta agresión exagerada se une al placer de atacar, que procede de la relación edípica, directa, genital, pero representante de la situación, el mayor factor asocial en la formación del carácter.

Esto explica por qué la rivalidad del hombre con las mujeres, incitada por la posición genital, es mucho más asocial que su rivalidad con los demás hombres. El monto de fijaciones sádicas también determinará la relación de un hombre con los otros, cuando

éstos son rivales.

Si la identificación con la madre está basada en una posición genital más fuertemente establecida podrán suceder dos cosas: 1) su relación con las mujeres será de carácter positivo; 2) el deseo de tener un niño y el componente femenino (tan esencial en el trabajo de los hombres), encontrará oportunidades para la sublimación.

Resumiendo las ideas expuestas aquí, M. Klein llega a la conclusión de que nada de lo que afirma contradice las observaciones de Freud. Considera todo lo anterior como adiciones a ellas, y el único cambio resulta solamente de situar estos procesos en etapas más tempranas. Cree, además, que las fases iniciales de desarrollo se fusionan más libremente unas con otras de lo que se pensaba.

En "El Complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas", Klein considera que los impulsos oral-sádicos, la ansiedad y la culpabilidad excesivas, unidos a la poca capacidad del yo para tolerar cualquier tensión, son lo que dificulta el desarrollo edípico y lo que evita que la organización genital se establezca firmemente.

Para una descripción completa del desarrollo edípico sería necesaria una valoración de los influjos externos de las vivencias en cada estadio, además de la descripción sobre cómo actúan éstas a través de toda la infancia.

"En mi opinión el Complejo de Edipo comienza en el primer año de vida, y, en ambos sexos, inicia su desarrollo siguiendo caminos similares. La relación con el pecho materno es uno de los factores esenciales que influye en todo el desarrollo emotivo y sexual del niño; por lo tanto en la descripción de los comienzos del Complejo de Edipo en los dos sexos, parto de la relación con el pecho" (p. 196).

En su estudio "El desarrollo edípico del varón" (op. cit. pp. 202-206), Klein afirma que la posición femenina del varón influye de un modo vital en su actitud hacia los dos sexos y se const. uye bajo el dominio de impulsos y fantasías orales, uretrales y anales. Esta posición está íntimamente unida a la relación con los pechos de la madre: si el niño es capaz de desplazar una parte de sus deseos tiernos y libidinosos del pecho de la madre al pene del padre, y al mismo tiempo puede seguir considerando el pecho como un objeto bueno, entonces imaginará el pene del padre como un objeto bueno y creador, que le causará una satisfacción libidinosa y que también le dará niños, como se los da a su madre. Estos deseos femeninos constituyen siempre un rasgo inherente al desarrollo del varón. Son la raíz de su Complejo de Edipo invertido y forman la primera posición homosexual. La imagen tranquilizadora del pene paterno, como órgano bueno y creador, es también una condición previa para la capacidad del varón de desarrollar sus deseos edípicos positivos. Porque solamente cuando tiene una fe suficientemente in

tensa en la "bondad" del genital masculino, (tanto el de su padre como el suyo propio), puede el niño permitirse experimentar sus deseos genitales hacia la madre. Cuando su temor del padre castrador está mitigado por su confianza en el padre bueno, puede entonces emparentar su odio y rivalidad edípicos. Así se desarrollan simultáneamente las tendencias edípicas invertidas y positivas y hay interacción entre ambas.

El temor a la castración nace en cuanto existen sensaciones genitales. El niño transfiere sus impulsos oral-sádicos al pene del padre y por tratarse de una situación edípica temprana, siente el deseo de arrancarlo mordiéndolo, lo que origina el miedo a que el padre desee hacer lo mismo para vengarse.

Las fantasías sádicas convierten los excrementos en venenosos y peligrosos, y el propio pene que está entonces lleno de orina mala, se convierte en objeto de destrucción en el coito. Esta sensación se refuerza porque el niño cree que posee el pene malo de su padre, lo cual le lleva a identificarse con él, en una alianza contra la madre. Todas estas vivencias producen ansiedad en el infante, que si no se resuelve y llega a ser muy intensa, originará posteriormente dificultades en la potencia.

El cuerpo de la madre, para contrarrestar estas imágenes, es la fuente de toda bondad. La sensación de poseer el pecho bueno de la madre y el pene bueno del padre, aumenta la confianza del niño en sí mismo y le lleva a identificarse con el padre, única forma

de enfrentar el temor a la castración y de establecer una posición genital firme.

Básicamente las teorías de Klein coinciden con las de Freud, salvo algunas pequeñas diferencias; la principal sería sobre la ansiedad de castración único factor determinante de la represión del Complejo de Edipo para Freud. Klein observó que a todo lo largo del desarrollo, las ansiedades tempranas tienen también un papel importante junto a la predominante, la que origina la angustia de castración en el momento álgido de la situación edípica. En su trabajo analítico, la investigadora advirtió que los sentimientos de culpabilidad, relacionados con el padre, constituyen un elemento importante, integrante del Complejo de Edipo y que influyen vitalmente en el desarrollo de este complejo. También produciría sentimientos de culpa la sensación de que la madre está en peligro por la rivalidad del hijo con el padre, situación que llevaría al niño a la represión de sus deseos edípicos.

Según Klein, Freud no ha insistido suficientemente en el papel fundamental de los sentimientos de amor, tanto en el desarrollo del Complejo de Edipo como en su superación. Ella opina que la situación edípica pierde fuerza, no sólo porque el niño teme la destrucción de su órgano genital, sino porque a causa de sentimientos de amor o culpabilidad, el niño se siente empujado a preservar y proteger a su padre, tanto en su imagen interna como externa.

III

El complejo de Edipo en la actualidad

La importancia del Complejo de Edipo —de su desarrollo o de su disolución— en la conformación psíquica del individuo es un hecho indiscutible en nuestros días, y continúa siendo la piedra de toque del psicoanálisis. En su ejercicio siguen vigentes los hallazgos de Freud, y poco se han alterado en el campo teórico los presupuestos por él establecidos.

La tendencia general hoy es aplicar los principios freudianos al análisis sin modificarlos, y aceptar las teorías de Freud como quedaron a su muerte; pocos investigadores son los que se han atrevido a insistir en un tema tan arduo y al mismo tiempo tan magníficamente expuesto ya, pero que, sin embargo, permite todavía tal cantidad de estudios por su propia complejidad.

En el campo de la teoría tal vez las aportaciones de Jacques Lacan sean las más significativas. Él retoma el Complejo de Edipo como lo primero que revela el análisis del inconsciente y como el origen de la neurosis, a partir de un accidente del Complejo. Pero estos hechos plantean dos preguntas estrechamente relacionadas entre sí:

¿Hay neurosis, sin Edipo

¿No habrá detrás del superyó paterno un
superyó materno aún más exigente?

Y dos cuestiones más cuya respuesta ayudaría a profundizar más en la problemática edípica:

¿Qué se debe entender por preedípico?

¿Se puede relacionar específicamente la perversión con el campo preedípico?

Lacan ya había demostrado anteriormente que la perversión no escapa a la dialéctica del Complejo. Al Edipo se le ha reconocido una función propiamente genital, lo cual implica una cierta maduración orgánica y al mismo tiempo el hecho de que el sujeto asuma su propio sexo, lo cual está ligado al ideal del yo.

Todo esto le lleva a Lacan a reconsiderar la función del padre, centro mismo de la cuestión. Es cosa bien sabida que el Complejo de Edipo se puede constituir aunque el padre no esté, lo cual debe de tenerse en cuenta ya que la figura paterna se había hecho excesivamente imprescindible en todas las tragedias edípicas. Para articular la figura del padre (ausente), con la figura del padre (presente), Lacan introduce la expresión metáfora paterna la cual quedará explicada al analizar la función del padre como integrante del trío que forma con la madre y con el niño.

El psicoanalista francés distingue tres tiempos:

Primer tiempo: La metáfora paterna actúa porque la primacía del falo está instalada como parte de la cultura. La existencia de un padre simbólico depende de que haya o no haya algo que responda a esa función definida de padre.

En ese primer tiempo el niño trata de identificarse con lo que es el objeto del deseo de la madre: es deseo del deseo de la madre y no sólo de su contacto, de sus cuidados. Pero en la madre hay el deseo de algo más que la satisfacción del deseo del niño: del falo, ese objeto predominante en el orden simbólico. Por eso el niño está en una relación del espejismo: no es tanto sujeto como sujetado, lo cual puede generarle angustia (lo mismo que ocurre en el Caso Juanito de Freud).

Para agradar a la madre es preciso (y suficiente también) ser el falo. Si ese mensaje se realiza de manera satisfactoria, puede ser origen de las identificaciones perversas. Pero tal vía imaginaria no es enteramente accesible, lo cual provoca el polimorfismo de la perversión.

Lacan había demostrado anteriormente cómo, en el fetichismo, el sujeto, colocado en una cierta relación con el objeto más allá del deseo de la madre, se identifica imaginariamente con ella. Y en el travestismo se identificaba con el falo, oculto bajo el vestido de ella.

Segundo tiempo: el padre participa como privador de la madre en un doble sentido: dejando al niño sin el objeto de su deseo y dejando a la madre sin el objeto fálico. Hay, pues, un cambio en la demanda del sujeto: al dirigirse hacia el otro, encuentra el Otro del otro, que es su ley. Y de esta manera, el deseo de cada uno está sometido a la ley del deseo del otro.

Si el niño no acepta esta privación del falo ejercida por el padre sobre la madre conserva una relativa identificación con el objeto rival, el falo; y se le plantea una cuestión: ser o no ser el falo. El niño puede elegir, con lo que será tanto pasivo como activo. (Para ejemplificar esto, Lacan cita el Caso Juanito de nuevo: allí el padre es inteligente, amable, y a pesar de eso totalmente inoperante, porque su palabra, ante la de la madre, carece de valor. Con ello la posición del padre queda cuestionada, y es eso, precisamente, lo que sujeta a Juan al deseo de la madre).

Tercer tiempo: (del cual depende la declinación del Complejo): El padre interviene como aquel que posee el falo pero que no lo es; reinstala el falo como objeto deseado de la madre y no como objeto del que puede privarla en su papel de padre omnipotente, lo cual equivale a convertirse en la figura preferida; de esta forma el niño se identifica con él y todo culmina con la formación del ideal del yo.

En este tercer tiempo es cuando se plantea la cuestión del Edipo invertido: el niño tiene, aparentemente, todos los derechos de ser un hombre. La metáfora paterna culmina en la institución de algo que es del orden del signifiante; las significaciones efectivas se desarrollan más tarde. Es en este nivel donde hay que buscar la carencia paterna: es más: en tanto es "verdaderamente" viril,

un hombre es su propia metáfora.

En cuanto al Edipo invertido, significa lo siguiente: En tanto que el padre es amado, el niño se identifica con él y encuentra la solución del Complejo. Pero al querer hacerse amar por el padre, corre el peligro de pasar al rango de mujer; de ello resulta una posición conflictiva, en la que el retorno a la homosexualidad parece siempre posible y en la que ésta se reprime por la amenaza de castración que implica.

Es importante distinguir los diferentes niveles que están en juego en el Complejo de castración o las diferentes etapas de identificación con la instancia paterna. Para ello hay que retomar los tres tiempos:

En el primero, el niño está en relación con el deseo de la madre, es deseo de deseo. El objeto de ese deseo es el falo. Es en la madre donde se planteará la cuestión del falo y donde el niño debe descubrirla. En esta primera etapa el único medio de satisfacción es llegar al objeto del deseo de la madre; el yo no se desintegra todavía como tal para ser soporte del discurso. Para coincidir con el objeto del deseo de la madre, basta con que el yo de la madre se convierta en el otro del niño, que el niño renuncie a su propia palabra, y que reciba así, en bruto, el mensaje del deseo de la madre. El niño está destinado a ser sometido en tanto asume enteramente el deseo de la madre.

En el segundo tiempo el padre terrible aparece en el discurs-

so de la madre. Menos velado que en la primera etapa, pero aún no revelado, interviene como mensaje: es una prohibición, un no. La prohibición es doble, a la madre y al hijo. Al hijo es: no te acostarás con tu madre; a la madre: no reintegrarás tu producto. El niño está sacudido profundamente en su posición de sujeción: el objeto del deseo de la madre está cuestionado por la prohibición paterna. La primera relación ternaria se quiebra en esta segunda etapa, transitoria y capital, que permite la identificación con el padre.

En el tercer tiempo el padre aparece ya como permisivo y castrador.

Para explicar la homosexualidad masculina, Lacan observa, a través de la experiencia clínica, cómo llega el niño a la tercera etapa. Es evidente entonces una relación profunda y permanente con la madre; la función de ésta en la pareja parental sería eminente, y su relación con el hijo, muy "castradora". Lo que ha ocurrido, en realidad, en las etapas anteriores es que la madre ha dictado la ley al padre; en la etapa en que se hubiera debido disolver la relación del niño con el objeto del deseo de la madre, el niño descubre que ella tiene la clave de la situación. Si el padre está muy enamorado de la madre, el efecto es el mismo: él está sometido a la ley de la madre, es decir, no la tiene. Y en los casos en que el padre está muy alejado, la situación es muy semejante: sus mensajes llegan sólo a través de la madre.

En realidad, el padre no está ausente nunca; está presente, como rival, detrás de todas las acusaciones y quejas de la madre (las cuales constituyen el texto del análisis del homosexual), pero no como un Complejo de Edipo invertido, sino normal. A esta rivalidad el niño responde, como para acusar el golpe, identificándose con la madre, con esta madre que dicta la ley al padre.

La primera realidad del niño está, pues, constituida sobre el eje de la relación con la madre, aunque desde el principio señala Lacan una referencia triangular, que proceda del deseo de la madre.

Lacan disiente de los análisis de M. Klein que presenta el mundo primitivo del niño como implicado en una sola realidad, la madre, y que no alcanza a diferenciar lo interior y lo exterior. Para él, el niño se interesa en toda clase de objetos antes de llegar a lo que llamó fase del espejo, la cual le permite situar al falo como objeto imaginario con el que debe identificarse para satisfacer el deseo de la madre. A partir de esa referencia imaginaria, el niño se orienta en una serie de identificaciones, donde utiliza lo imaginario como significante. Esto es una búsqueda titubeante al comienzo, que corre el peligro de culminar en esa relación exclusiva del sujeto con la madre que engendra las perversiones, ya sea que el sujeto asuma el falo de otras formas, ya sea que lo convierta en su fetiche. Después sigue la búsqueda en la dirección de lo simbólico, donde el yo se hace elemento significante, no ya sólo imaginario, y que conduce al ideal del yo.

En cuanto al Complejo de castración, Lacan propone concebirlo de modo diferente del que Freud y después Klein, lo habían enunciado: La castración no es real, está ligada a un deseo y concierne a un órgano. Lo cual significa que para que el deseo atravesase con felicidad ciertas fases, el falo debe ser marcado por esto: sólo es mantenido y conservado en tanto ha sobrepasado la amenaza de castración. Y en la relación del deseo con la marca es donde hay que buscar lo esencial del Complejo, más que en sus efectos. La marca reaparece en los ritos de circuncisión, de pubertad, de tatuaje; cada vez que el sujeto asciende a un nivel del deseo, es marcado.

Partiendo también de otra revelación de Freud, el deseo inconsciente, clave para los descubrimientos clásicos del psicoanálisis, Lacan matiza algunas facetas. Por ejemplo, las situaciones en las que el amor y el deseo sexual se hallan absolutamente disociados. Freud había observado cómo ciertos sujetos no desean a la mujer cuando es amable y sólo se sienten atraídos sexualmente por mujeres degradadas (cfr. p. 34). Podría creerse que se trata de personas opuestas a la madre. Pero Lacan va más allá: para él, lo que el hombre busca en la prostituta es el falo anónimo, el de todos los otros hombres. Lo cual pone en evidencia el objeto del deseo dividido en dos mitades: la mujer, en cuanto es la heredera de la función de la madre se halla desposeída del elemento del deseo, y éste está ligado a ese significante elegido, problemático y predo-

minante: el falo.⁽¹⁾

* * * * *

Desde 1955 Mauricio Abadi ha dedicado la mayor parte de sus investigaciones al Complejo de Edipo, y basándose en las teorías freudianas, ha tratado de ampliar algunas de sus concepciones.⁽²⁾ Para él, el Complejo nace en el momento que corresponde a la encrucijada de dos luchas: la de la pareja parental y los hijos y la del padre y la madre por la posesión del hijo, que Abadi considera como una lucha de sexos. Para él todo ello no es sino una estructura defensiva frente a la angustia de muerte y a la relación de poder. El hijo representa, para la fantasía de deseo de cada uno de ellos, la posibilidad de prolongarse en el tiempo y ampliarse en el espacio, luchando contra la aniquilación y la muerte⁽³⁾.

(1) Cfr. Jacques Lacan, Las formaciones del inconsciente. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1979. pp. 84-109.

(2) Para E. Guärner este es uno de los principales valores de la obra de Abadi, la búsqueda de "nuevos elementos para plantear problemas dentro de la teoría", partiendo, de manera coherente, de todas las investigaciones previas, con objeto de "complementar una secuencia desgraciadamente olvidada por muchos de los analistas actuales". En "Comentario a El renacimiento de Edipo". Ponencia leída en el Congreso del Centro Psicoanalítico de Psicoterapia y Orientación. México, D. F., 15 de octubre de 1983.

(3) "El Edipo como drama de la constitución subjetiva a partir de que el sujeto humano nace a la vida, al símbolo, como preña a jugada en una partida iniciada desde siempre en el deseo del Otro, del hombre y de la mujer que se lo disputan". Néstor A. Braunstein, "acerca del Complejo de Edipo". Ponencia leída en el Congreso del Centro Psicoanalítico de Psicoterapia y orientación. México, D. F. 15 de octubre de 1983.

En ese interjuego, el hijo al sentirse tironeado por los dos términos del conflicto, puede optar entre dos alternativas: permanecer en el ámbito materno o salir de él (lo que significa el adentro y el afuera, el permanecer, resistiéndose al cambio —el nacimiento— o al nacer-vivir-gozar-morir).

Otro aspecto del mito de Edipo que debe subrayarse más, para Abadi, es la posición del hombre frente a la Esfinge: la búsqueda del conocimiento como liberación de un conocimiento retenido en las entrañas de la Gran Madre. Saber la respuesta es robársela a la Esfinge que la posee. Edipo descifra el enigma, sólo para saber de su castración, que es el mismo destino del hombre: lograr el saber para saber de la existencia de la muerte. Pero la búsqueda del conocimiento es una oposición a la represión, que sería, en cierta forma, un regreso al seno materno. De nuevo el ser enfrentado al dilema de escoger entre el adentro y el afuera⁽⁴⁾.

Oscar Massota, partiendo de las teorías edípicas de Freud, disiente de ellas en algunos aspectos. Para Freud los desarrollos sexuales de la mujer y del hombre no son paralelos ni simétricos. "A mi entender no hay ideología en todo esto, puesto que la posición de Freud es la única que permite despulsionar lo

(4) Cfr. Mauricio Abadi, El renacimiento de Edipo. Ed. Nova Buenos Aires, 1960.

lo genital"(5).

Massotta distingue dos campos teóricos: el Edipo ampliado y el Edipo reducido (el cual abarca el Edipo positivo y el negativo freudianos). El Edipo ampliado comprende, por ejemplo, el padre del padre. El punto central de este campo es el concepto del falo.

Todo sujeto contiene las cinco equivalencias simbólicas freudianas (pene-niño-excremento-dinero-regalo), en cuya producción hubo siempre una mujer —la madre— como punto de partida y fundamento. Así, para poder describir cualquier tipo de relación de objeto, es preciso partir del desarrollo de la sexualidad femenina. Massotta coincide con Freud en que lo que la mujer busca en el padre como hombre es el hijo; el hombre es un instrumento para obtener lo único que la puede compensar de la decepción fálica. Al final de su desarrollo, la mujer produce la equivalencia, niño-falo.

El narcisismo freudiano no queda claro si no se remite el concepto a la célula original, donde el hijo hace aparecer a la madre como representante de la perfectibilidad absoluta. De esta manera, el término "madre fálica" significará la madre de esa culminación ideal. Esto permite ver el movimiento del Edipo: siempre partirá de la célula narcisismo-madre fálica, buscando el punto

(5) "Edipo, castración, perversión". Tres clases dictadas en la cátedra de Psicopatología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre el segundo cuatrimestre de 1972 y el primero de 1973.

ideal, el cual nunca se logrará en la realidad, pero será uno de los motores del desarrollo. Así, el niño recibe su libido como energía del deseo de la madre y el momento en que esa relación se establece será el autoerotismo.

Al referirse Masotta a la castración en términos freudianos, la relaciona a la función del padre: "para que un padre sea capaz de separar al hijo de la madre, es necesario que en el seno de la familia sea el padre quien ejerce la autoridad" (p. 101) y también fuera de la familia, para que la sociedad le reconozca el rol familiar. Para que el niño pueda liberarse de la ilusión que lo define como objeto absoluto del deseo de la madre, es necesario que exista la función del padre. Y para que ésta exista, es necesario el deseo de la madre por el padre.

Aunque el padre sea el agente de la castración, no hay que confundirlo con el superyó. Antes bien, para Masotta la relación entre ambos es inversamente proporcional: a mayor fortaleza de uno, corresponde mayor improbabilidad del otro.

Para que el sujeto tenga historia debe ser expulsado de su posición fálica. Y la historia tiene como condición que el sujeto haya podido resguardar su contenido libidinal. Entonces, el punto de partida del individuo es muy conflictivo: si opta por su contenido libidinal puede quedarse sin vida, y si se lanza sin más a la vida podría quedarse sin contenido para sobrevivir. "En resumen [...] la angustia no es sino el sentido (en el sentido de las

direcciones) de ese conflicto" (p. 106). Pero el origen de la angustia reside en la posibilidad de permanecer en la célula fálica del narcisismo, de no poderse liberar de una relación simbiótica con la madre, de no poder escapar a la amenaza de la devoración materna.

Prescindiendo de los trabajos antropológicos o de los de psicoanálisis aplicado, que poco o nada aportan a las teorías edípicas, voy a dedicar algún espacio a ciertas observaciones de Blos⁽⁶⁾ por su relación con el contenido de este trabajo. En lo que se llama "adolescencia prolongada", que no es más que la detención, si no el retroceso del desarrollo psíquico normal del hombre, se puede encontrar una serie de características que relacionan esta etapa con estadios muy arcaicos de evolución. Es decir, podrían encontrarse en ella los rastros de un complejo edípico no resuelto. Esto se hace evidente en la elección de pareja: la joven elegida (generalmente condenada por la familia) ofrece rasgos marcadamente diferentes a los del miembro más relevante, la madre o la hermana, a través de lo cual el joven trata convulsivamente de liberarse de una liga infantil: el deseo del incesto. Con ello, también, trata de liberarse del involucramiento homosexual, que co-

(6) Peter Blos, Psicoanálisis de la adolescencia. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1971.

mo amenaza está siempre en acecho.

Aunque la vida de estos adolescentes no aparenta ser estéril, el análisis revela su vaciedad, su autoduda y un gran empobrecimiento narcisista, lo cual tratan de reemplazar con intentos violentos de "tener éxito". Las funciones yoicas reciben daños de dos fuentes: de la inundación de impulsos sexuales y agresivos y de la pervivencia de funciones yoicas arcaicas.

Blos llevó a cabo un estudio con un grupo de jóvenes, de 18 a 22 años, y encontró en todos ellos una circunstancia común: Todos habían sido considerados por sus padres, o más precisamente, por sus madres, como destinados a llevar a cabo grandes cosas en la vida. Todas las madres habían tenido fantasías de éxito en cuanto a sus hijos. Esto podría ser una explicación para la adolescencia prolongada: el hijo vive la fantasía de sus padres y salir del círculo familiar equivale a enfrentarse a otras realidades que podrían empobrecer su narcisismo, lo cual no pueden tolerar. Por ello continúa viviendo en la autoimagen que sus padres han creado para él. Si llega al umbral de la masculinidad, puede ver desaparecer el gran futuro prometido y quedar privado del sentimiento de exaltación que la admiración paterna proporcionaba. "Tanto la madre como el hijo, por motivos propios, pasaron por alto persistentemente los fracasos tempranos del niño y las inhibiciones, los hábitos nerviosos o los rasgos femeninos exhibicionistas. La sanción de los padres nulifica la importancia del fracaso; el niño llega a

sustituir el dominio de la realidad con la grandiosidad narcisista" (op. cit., p. 321).

En el proceso de identificación estos adolescentes tardíos sufren desviaciones; les falta afirmación y auto-crítica; aceptan pasivamente la exaltada posición creada por sus madres y poseen una autosuficiencia sumisa, femenina y narcisista, que frecuentemente les hace atractivos. Al identificarse con la madre abandonan la competencia con el padre, y las tendencias pasivas están siempre prestas a aparecer. Dicha identificación crea una crisis cuando la pubertad plantea el problema de la identidad sexual. El conflicto de la bisexualidad se queda sin resolver y esta ambigüedad mitiga la ansiedad de castración. El narcisismo actúa como escape en las tensiones: funciona como evitador de conflictos por medio de la negación y la autograndiosidad. Las frustraciones son neutralizadas por sobrecompensaciones narcisistas (optimismo inflado, fantasías, gratificadoras); el pensamiento mágico nunca se sustituye por la realidad. Las intenciones y potencialidades desplazan a los logros y dominios. Una fuente corriente invisible de ansiedad es reprimida por medidas defensivas.

Aparentemente la existencia narcisista de estos adolescentes está libre de tensión, pero hay frustraciones constantes por el fracaso de sus metas y por la incompatibilidad entre su autoimagen y los logros reales.

Retomando el mito de Edipo, no como problema individual sino como tipificación de un problema universal, se puede encontrar una explicación para muchas de las cuestiones que emergen en la adopción de niños. Feder, en un estudio hecho con 200 niños adoptados⁽⁷⁾ observó que en la etapa edípica, además de plantearse los procesos señalados por Freud, surge en el niño la inquietud causada por conocer si su existencia fue o no deseada por sus padres. De aquí procedería la "novela familiar" freudiana, con todas las fantasías que la rodean. Las cuales son semejantes en los niños adoptados y en los niños no deseados, y al mismo tiempo se relacionan con el pasaje del Mito en que Edipo, informado por un borracho de que es hijo bastardo, sale corriendo y comete un asesinato.

(7) Luis Feder, "Adoption trauma: Oedipus myth/clinical reality" en The International Journal of Psycho-Analysis. Vol. 55. Part 4, 1974, pp. 491-493.

El Complejo de Edipo y el desarrollo de la masculinidad

"Con sangre de quien te ofenda
 tengo que regar tu calle
 y si te ofende mi mare
 llévala tú con paciencia,
 de ella no puedo vengarme."

Se la ha llevao Dios
 y a la mare de mi alma;
 por qué se la llevó Dios
 si era lo que más quería;
 eso lo respeto yo
 pero se llevó mi alegría"

(Fandangos españoles)

Como se ha visto en los capítulos anteriores, la no disolución del Complejo de Edipo es condición indispensable para generar en el individuo una neurosis la cual no desaparecerá mientras prevalezcan las causas que la originaron.

Las manifestaciones de dicha neurosis son muy variadas. Adler habló de "la petulante conciencia de masculinidad del neurótico"⁽¹⁾. La fijación a la madre (o al padre, en determinadas circunstancias), la "voluntad de poder y de aparentar" (op. cit., p. 198), la atracción por las relaciones incestuosas, el delirio de grandeza, serían algunas de las más significativas expresiones de la neurosis edípica. La libido del neurótico busca en el amor condiciones ya

(1) Alfred Adler, El carácter neurótico. Paidós. Buenos Aires, 1965. p. 294.

vividas en etapas anteriores y de ahí resulta la fijación a sus - padres. Pero la única condición, según Adler, que le impone el amor, es su necesidad, no sólo de poder, sino de evidenciar ese poder. La fuerza motriz del amor neurótico reside en la protesta viril, creadora también de la aparente constelación incestuosa. La fijación parental dificulta al individuo el establecimiento de com promisos como pareja; en la mayoría de los casos ha desbaratado su disposición para el amor y para el matrimonio, vistos como incompatibles con sus metas finales masculinas.

La "situación incestuosa" se diluye, se desexualiza y se convierte en "delirio de grandeza del niño" que reúne todos los rasgos del neurótico: envidia, obstinación, avidez, afán de dominio y carencia del sentido de comunidad (op. cit. p. 198).

Una consecuencia más de la fijación a la madre, como ha quedado descrito en las páginas anteriores, puede ser la homosexualidad. Si el componente homosexual no es muy fuerte y el individuo es par te de una sociedad represiva, dicho componente se sublima y aparentemente se despoja de toda sexualidad. Así, son muy frecuentes entre hombres los sentimientos de unión y amistad, pero siempre restringidos de cualquier contacto físico. Sin embargo, en el estudio que Karl Abraham hizo sobre los efectos del alcohol en la sexualidad⁽²⁾ observó que cuando ciertos varones beben, se supri-

(2) En Psicopatología y sexualidad. Hormó. Paidós. Buenos Aires, 1973.

men esas barreras sociales y se sienten unidos por lazos más estrechos que les impulsan a besarse, a acariciarse el cuello y llegar en su afecto hasta las lágrimas. "En toda cantina hay un elemento de homosexualidad. Los componentes homosexuales reprimidos y sublimados por la educación, se hacen evidentes bajo el alcohol" (op. cit. pp. 56-57).

Precisamente el hombre comienza a beber en la pubertad, época en que necesita ser mirado como hombre. El alcohol le proporciona un exaltado poder de hombría y halaga su complejo de masculinidad. Para Abraham el alcohol es un medio de obtener placer sin molestias; el hombre prescinde de las mujeres, lo que afecta su autoestima y le produce sentimientos de culpa; pero mediante un desplazamiento hacia su propia mujer, le devuelve dichos sentimientos y la acusa de infidelidad.

La reaparición de los impulsos sexuales reprimidos incrementa la actividad sexual del individuo, de manera que éste tiene la sensación de aumento de su capacidad sexual. De esta manera el alcohol actúa como un estímulo del complejo de masculinidad. "Estamos familiarizados con la arrogancia del macho en el reino animal. Y nos encontramos con el mismo fenómeno en los seres humanos. El hombre se siente orgulloso de ser el engendrador, el otorgador" (Freud a la mujer, que es la que "recibe") (op. cit. pp. 59-62).

Erich Fromm, retomando el Complejo de Edipo⁽³⁾ hace observacio

(3) "Hipótesis sobre el incesto y el Complejo de Edipo" en Anatomía de la destructividad humana. Siglo XXI, México, 1975.

nes acerca de su desarrollo normal o patológico partiendo de las premisas freudianas. Comprueba cómo, en casos de evolución patológica, el hijo no renuncia a su apego sexual por la madre y se siente atraído por mujeres que cumplan sus funciones y muestren las mismas cualidades que estimaba en ella: amor incondicional, protección, admiración y seguridad. Continúa, además, temiendo al padre amenazador o a sus sustitutos.

Estos hombres fijados a la madre poseen características típicas: suelen ser muy afectuosos, y en un sentido especial, "aman-tes"; muy narcisistas; la idea de que son más importantes para la madre que para el padre los hace sentirse excepcionales; siendo sustitutos del padre, se sienten fuertes como él, sin ningún esfuerzo por haberlo logrado. Son grandes porque la madre, o su sustituta, los ama incondicionalmente; por ello tienden a ser excesivamente celosos —necesitan conservar su posición única— y al mismo tiempo inseguros y angustiados. Su convicción narcisista de superioridad se enfrenta siempre a sentimientos inconscientes y co-roedores de inferioridad. Estas características corresponden a los tipos más extremados de fijación. Si la relación con la madre es menor, su contacto con la realidad está menos distorsionado.

Fromm disiente de Freud en cuanto a la vinculación del hijo con la madre: para él no es una atracción sexual sino una intensa función afectiva. Si persiste después de la pubertad, se debe a la fuerza del vínculo. La pasión del apego a la madre es una "situa-

ción humana"; la relación es tan fuerte porque representa una de las soluciones existenciales del hombre: volver al "paraíso", donde pueda vivir sin conciencia de sí, sin trabajar, sin padecer, en armonía con su pareja. La atracción sexual del niño por su madre es un elemento positivo para Fromm. Si no se resuelve en la pubertad es un fenómeno neurótico, mediante el cual el varón será dependiente, temeroso e inmaduro. Este fenómeno está causado con frecuencia por las madres, por razones variadas, que puedan ser la falta de amor por su marido [o su ausencia], el orgullo narcisista por su hijo, o el ansia de poseerlo, seduciéndolo de mil modos para que se apegue excesivamente a ella.

Pero dicho vínculo erótico es benigno para Fromm, y lo distingue del vínculo maligno al que llama necrofilia. Este es el que sienten los niños autistas, que no presentan sentimientos cálidos ni eróticos hacia su madre, la cual es para ellos sólo un símbolo: el caos, la muerte. No el ser que da la vida sino el que da la muerte. El hombre ligado a la madre por vínculos incestuosos malignos no se enamora: es narcisista, frío y refractario. (El doble papel de la madre como diosa de la creación y de la destrucción en muchas culturas primitivas, la ve Fromm como una representación de todo lo anterior).

"En conclusión puede decirse que el incesto benigno es en sí una fase normal y transitoria del desarrollo, mientras que el incesto maligno es un fenómeno patológico que se presenta cuando cieg

tas condiciones inhiben la formación de lazos incestuosos benignos" (op. cit. p. 361).

La atracción incestuosa por la muerte es inconsciente.⁽⁴⁾ La persona que la siente se intenta relacionar con la gente a través de vínculos menos destructivos, como el dominio sádico o la satisfacción del narcisismo, conquistando una admiración ilimitada. Si la vida le proporciona soluciones satisfactorias (éxito, prestigio, etc.) tal vez la destructividad no se presente. Pero si tiene fracasos, las tendencias malignas pasarán al primer plano y buscarán la destrucción, de sí mismo y de los demás.

Se conocen las causas que originan el incesto benigno, pero no las del maligno (Fromm piensa en el carácter de la madre, disposiciones genéticas del niño o experiencias traumáticas de los primeros años de vida).

Para Fromm las únicas perversiones sexuales verdaderas son los actos sexuales en los que una persona hace a la otra objeto de desprecio, la somete o la lastima. De este modo, no son perversos por que impidan la procreación sino porque perverten un impulso favo-

(4) Esta idea había sido ya expresada por Freud y por su relación con el Complejo de Edipo me parece importante recordarla aquí: "Podríamos decir que para el hombre existen tres relaciones inevitables con la mujer, aquí representadas: la madre, la compañera y la destructora. O las tres formas que adopta la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, elegida a su imagen y, por último, la madre tierra que lo acoge de nuevo en su seno." El tema de la elección de un cofrecillo. en Obras Completas, T. II, p. 1875.

rable a la vida y lo convierten en lo contrario. (op. cit. p. 283)

Fromm cree que el Complejo de Edipo no es un fenómeno general, sino solo algo que caracteriza a ciertas culturas, donde la autoridad paterna provoca la rebelión del hijo ⁽⁵⁾. (No me parece necesario discutir dicha apreciación; para Freud la rebelión del hijo no es sino uno de los "síntomas" reveladores de procesos arcaicos en la formación psíquica del individuo, como se ha visto ya en páginas anteriores).

El afán de prestigio y las tendencias competitivas procedentes de factores sociales y culturales son, para Fromm, el resultado de las experiencias vividas por el individuo en una cultura determinada. A ellas se somete la función sexual como causa menor ⁽⁶⁾. La ansiedad produce sentimientos de impotencia e inseguridad, para vencer a los cuales es necesaria la valoración social, la popularidad y el sentimiento de superioridad frente a los competidores. Esto afectaría de la misma manera a hombres y mujeres, pero en la cultura occidental la presión se ejerce sobre los hombres, tal vez por sus características sexuales (capacidad de erección, posibilidad de elección en el acto sexual).

La vanidad masculina procede del afán de prestigio y no es si-

(5) "El Complejo de Edipo y su mito" en Erich Fromm, Max Horkheimer, Talcott Parsons y otros, La familia. Ediciones Península, Barcelona, 1972.

(6) Fromm, "Sexo y carácter", en La familia, pp. 203-205.

no un intento de demostrar que el varón cumple debidamente con su papel. Esto se relaciona con el miedo al ridículo, en especial frente a las mujeres. El temor a verse ridiculizado engendra odio en el varón, el cual no es sino una tendencia defensiva: Para evitar la sensación de ridículo hay que dominar a la mujer, tener poder sobre ella, hacer que se sienta débil e inferior. Un último rasgo derivado de todo lo anterior es el deseo del hombre de convertirse en mujer (la envidia del hombre por su capacidad de tener hijos, sentimiento fuerte en el hombre neurótico). (Op. cit. p. 205).

Así, para Fromm, la neurosis procede de la defectuosa adaptación de los impulsos instintivos del individuo "anormal" a la regalidad que lo rodea; la gente "sana" es la que posee las capacidades para adaptarse. Todo esto tiene su desarrollo en las sociedades patricéntricas, que se caracterizan por estar regidas por un superyó estricto, el cual origina sentimientos de culpa, amor dócil a la autoridad paterna, deseo y sensación de placer en el dominio de los débiles, aceptación del sufrimiento como castigo de las culpas y capacidad disminuída para la felicidad.

Lo que Fromm llama "el complejo matricéntrico" se evidencia por sentimientos de confianza ilimitada en el amor materno, sentimient^os de culpa más escasos, superyó débil y mayor capacidad para el placer. Junto con ello se desarrolla el ideal de la compasión materna y el amor hacia los débiles. (El tipo patricéntrico

se relaciona con el "carácter anal" y el "carácter compulsivo", y el matricentrico con el "carácter oral"). Para Fromm el Complejo de Edipo corresponde únicamente a las sociedades patricéntricas: "los estudios sociológicos y etnológicos indicaban que esta relación emocional particular probablemente era típica sólo de las familias de una sociedad patriarcal (7).

El hombre necesita relacionarse con los demás; pero si lo hace de una manera simbiótica o alienada se enraíza incestuosamente (en naturaleza, madre o clan) y queda bloqueado para desarrollar su individualidad. De esta manera, para Fromm, el concepto de salud mental depende de la posibilidad del hombre de amar y crear, fuera de las ataduras incestuosas. Así, la función del carácter social es canalizar la energía humana dentro de una sociedad, con el propósito de que dicha sociedad funcione (8).

En la época de latencia el niño entra en una especie de compulsividad masculina, donde rehuye todo lo femenino y realiza proezas físicas para mostrar su superioridad sobre las mujeres. Para T. Parsons (9) esta actitud es una formación de reacción, una defensa contra la identificación femenina, y también la ansiedad del temor de no poder mostrar su propia masculinidad. Esta actitud ambivalente se debe a que la madre es el principal objeto de amor e identi-

(7) Erich Fromm, La crisis del psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires, 1970, pp. 158-180.

(8) Erich Fromm, The sane society. Rinehart & Company Inc. New York-Toronto, 1955. pp. 68-79.

(9) "La estructura social de la familia", en La familia pp. 42-50.

ficación, pero también el principal agente de disciplina, pues centra en ella los símbolos del buen comportamiento (Es decir, hay una asociación entre bondad y feminidad). Cuando el niño se rebela contra la identificación con su madre en nombre de la masculinidad, se convierte en el "niño malo", conducta que la madre, aunque de manera inconsciente, admira secretamente. (No es infrecuente que el hijo "rebelde" sea el favorito de la madre).

Esta conducta es infantil porque combina proeza física e irresponsabilidad; cuando el niño llega a la edad adulta tiene que hacer otra transición, lo cual origina un conflicto emocional tóxico que parece constituir una de las pautas de la agresión masculina (op. cit., pp. 47-48).

Son muy interesantes los trabajos que abordan el problema del desarrollo de la masculinidad desde el punto de vista de la madre, con los distintos matices que ello puede abarcar. Rollman-Branch se ocupó del problema del hijo primogénito a través del estudio de cuatro pacientes⁽¹⁰⁾. Estos niños, que pierden el objeto tempranamente (al nacer más hermanos) buscan cualidades maternas pre-edípicas en sus elecciones heterosexuales de objeto. Resuelven su am-

(10) Hilda S. Rollman-Branch, "The first born child, male. Vicissitudes of preoedipal problems", en The International Journal of Psycho-Analysis. Vol. 47, 1966, Part 1, pp. 405-415.

bivalencia pre-edípica hacia la madre con muchas dificultades; han sido hijos privilegiados hasta su desplazamiento y carecen de hermanos mayores para utilizar como objeto auxiliar. Su intento de identificación con el nuevo infante y con la madre puede ser frustrante, dejándole destructivamente envidioso de la capacidad reproductora de la madre. En circunstancias desfavorables su capacidad para amar y trabajar puede ser seriamente amenazada. Pero en circunstancias favorables su creatividad puede aumentar y llega a lograr relaciones amorosas satisfactorias.

Las madres "sofocantes", a diferencia de las "dominantes" no dirigen constantemente al hijo hacia la meta por ellas deseada. Admiran al niño en todo lo que hace y crean alrededor de ellas un círculo cerrado, en el cual solo entra el hijo que queda convertido en el centro de su universo. Esto produce individuos con dificultades para relacionarse, con pocos amigos y problemas en sus relaciones sexuales, que necesitan probar su masculinidad y que se adhieran al mundo de su madre y a sus valores.

Los maridos de estas mujeres son a menudo pasivos o incapaces de intervenir en las relaciones madre-hijo.

Goertzel hizo un estudio con cincuenta viudas, todas ellas "sofocantes" y observó su ansiedad maternal y la forma en que restringían el comportamiento normal de sus hijos. Aplicó su trabajo a personajes célebres, todos ellos hijos de madres "sofocantes" y de padres débiles o ausentes y llegó a interesantes conclusiones.

Anatole France dijo: "Ella hubiera preferido que yo no creciera - para poderme oprimir en su seno... Todo lo que me daba un poco de independencia o de libertad la ofendía". A D'Anunzio le repelía físicamente su padre. Hitler, hijo ilegítimo de una mujer "sofocante" y aislada, asistió a cinco escuelas diferentes donde peleaba amargamente con sus compañeros. Antonio Salazar afirmaba: "Si mi madre no hubiera muerto yo no habría sido ministro. Ella no podía haber vivido sin mí". De Oscar Wilde decía su ex mujer: "Todos sus problemas vienen de su odio por su padre", etc., etc. (11) John Ruskin describe su infancia triste y solitaria en Praeterita; su madre, una evangélica puritana, le impidió todo placer, incluso ir a la escuela y ella misma le obligaba a leer y aprender de memoria la Biblia. Cuando a los 18 años fue a Oxford, su madre tomó habitaciones allí para no separarse de él y permaneció los tres años que duraron los estudios, tomando juntos diariamente el té a las siete de la tarde, para lo cual dejó a su marido solo en Londres. Ruskin estuvo incapacitado para gozar del sexo; nunca consumó su matrimonio y se divorció. Cuando llegó a la edad adulta tuvo los primeros brotes de locura y los últimos once años de su vida estuvo virtualmente loco (12).

El papel de "madre dominante" es diferente del de "madre sofocante". El noventa por ciento de las primeras tienen un marido pro

(11) Victor Goertzel y Mildred George Goertzel, Cradles of Annihilation. Cap. 5. "Smothering Mothers". Constable, London, 1965.

(12) Cfr. Illingworth, R. S. and C. M. Illingworth, Lessons from Childhood. E. & S. Livingstone Ltd. Edinburgh and London, 1966.

penso-al-fracaso y el hijo resuelve, frecuentemente, volver a su madre tan orgullosa de él, que olvide la desilusión que le causa su marido. Así se convierte en el foco del amor y de la autoridad maternas. Este hombre, en su época adulta, suele tener malas relaciones con sus colegas; necesita mujeres alrededor de él, que le den su aprobación; si llega a casarse, espera que su mujer juegue un papel secundario o que adopte una posición materna.

Todo esto se relaciona bastante con el matriarcado y no corresponde a ninguna clase nacional, racial o cultural; el deseo de dominar se da por igual en las madres ricas o pobres⁽¹³⁾.

Son muy numerosos los estudios que se han llevado a cabo para describir las estructuras de la familia y la sociedad en los diferentes países, la mayoría de ellos de carácter sociológico o antropológico. Es muy interesante advertir, a través de ellos, ciertas similitudes o cierta repetición de pautas, algunas de las cuales se han tenido siempre como características privativas de ciertas sociedades.

Como sería imposible aludir a todos esos trabajos, yo voy a incluir aquí solamente parte del contenido de algunas obras que describen las características de tres sociedades: la norteamericana, la italiana y la española.

(13) "Domineering Mothers but no domineering Fathers", Cap. 4 de Cradles of eminence, pp. 80-101.

Margaret Mead⁽¹⁴⁾ describe al adolescente norteamericano como un joven educado por una mujer, su madre, para ser "un macho", lo cual impide su identificación con la "madre-maestra". En estas - circunstancias, se ve obligado a hacer las cosas que mamá dice, pero llevándolas a cabo de una manera "masculina". Así, los niños crecen de esta manera ambivalente: obedeciendo los dictados de una mujer, pero interpretándolos y reproduciéndolos como hombres. Sólo de los hermanos mayores (en caso de que existan) y éstos de otros compañeros o amigos, percibirán mensajes verdaderamente masculinos. El estrecho tutelaje del adolescente en la familia quedó demostrado cuando, durante la última guerra, los jóvenes fueron separados repentinamente de sus mayores, y la delincuencia juvenil creció inmediatamente de manera desmesurada (op. cit. p. 281).

En un estudio realizado por Max Horkheimer⁽¹⁵⁾ con las clases medias norteamericanas, puso en evidencia las grandes dosis de autoritarismo que predominaban en sus estructuras, así como las características siguientes:

La rigidez del padre ordenancita.

La femineidad, como atributo "estandarizado", de la madre.

La sumisión del padre, manifestada en forma de agresividad.

(14) En Male and Female. Penguin Books. Great Britain, 1958.

(15) "La familia y el autoritarismo", en La familia, pp. 186-202.

Las manifestaciones brutales de la masculinidad en el hijo, (violencia, dureza extrema), ligadas genéticamente a trastornos de relación con la madre

Antifeminismo en los varones

Desprecio por las características del sexo opuesto, lo que demuestra la profunda afinidad entre homosexualidad y autoritarismo (todo ello relacionado con la decadencia actual de la familia) (op. cit. p. 187).

Y, sobresaliendo entre todo esto, la figura materna: "El culto sensiblero a la madre, conscientemente practicado en los Estados Unidos y tomado erróneamente por una tendencia matriarcal, no contradice su degradación" (op. cit. p. 186).

Mead señala la primordial importancia de la actividad sexual en los varones norteamericanos: Es necesario que eviten a toda costa la falta de potencia, definida en números cuantitativos (frecuencia, tiempo, intervalos entre erecciones, capacidad para juzgar sus propios impulsos, etc.). Existe, además la creencia general, implícita, de que el hombre que tiene frecuentes relaciones sexuales es feliz, y el que no, cae en problemas de relación y personales (Male and Female, p. 268).

Una actitud vital (en el presente en transición) de la sociedad norteamericana, era la elección de una buena mujer con la que el hombre se casaba, a la cual respetaba y con la que no se tomaba libertades y la elección de una "mala" mujer, exclusivamente

para un descanso fisiológico, que se consideraba como una ayuda ne cesaria para los deseos sexuales. (op. cit. p. 269).

La descripción hecha por Luigi Barzini⁽¹⁶⁾ de la sociedad italiana, muestra al hombre como cabeza de la familia, o heredero de ella, singularizado por su masculinidad. Aparentemente no es nunca sometido por la mujer, que no es para él más que gente inferior (algo así como los negros de las colonias), creada para divertirle y confortarle y obligada a mantenerse siempre en su lugar, como elemento decorativo o útil. Si no se deja llevar por la propaganda tendenciosa moderna, sabe que debe conservar esta actitud y, además, sentirse feliz en ella. Un refrán italiano dice: "Una mujer es como un huevo: cuanto más se bate, mejor se vuelve".

Los hombres italianos consideran que esta es la forma correcta de vivir, al confrontarla con otros estilos extranjeros. La mu jer no sabe de la vida privada de su esposo, si tiene amigas, una o varias, cómo son, etc. Rara vez es celosa y espera confiadamente el regreso del hombre al hogar. Pero ella sabe que en lo que respecta a sí misma debe ser muy cuidadosa y no mirar mucho a otros hombres. Si llega a hacerlo, merece castigo, y hasta muerte. Si un marido llega a ser cornuti, será objeto, como desde hace siglos, de burla y ridículo. Por eso los hombres italianos son celosos y tienen sospechas de sus mujeres. Incluso las leyes de Italia castigan

(16) The Italians. Penguin Books. Middlesex, England, 1968.

el adulterio femenino como un delito pero no el masculino, que está legalizado, a menos que vaya acompañado de escándalo.

Pero detrás de todo esto hay otra fachada; oficialmente, para la sociedad, el hombre es el titular de la casa y la mujer la figura subordinada. Sin embargo, la mujer tiene la responsabilidad moral; maneja las cosas de manera sutil, e invisiblemente tiene un gran poder. "Italy is, in reality, a criptomatriarchy".

El hecho de que la mujer es predominante en Italia, [yo diría mejor: la madre], se puede advertir en muchos signos pequeños; las muchas canciones que se llaman "la mamma", voluptuosas y románticas; la exclamación "Mamma mía", como la más habitual de todas. Le sigue, en orden de importancia, "Madonna", el símbolo universal de la feminidad que sufre y se autosacrifica [y que, conservando su virginidad, ha llegado a ser madre]. Es muy frecuente que muchos hombres italianos estén personalmente consagrados a María (op. cit. pp. 224-229).

Aunque aparentemente las sociedades modernas están siempre en transición (transición que en muchas ocasiones es únicamente superficial), me parece interesante la descripción de la familia española hecha en 1960⁽¹⁷⁾. La mujer tiene, dentro del hogar, una posición de sometimiento, ya que el jefe es el marido. Generalmente la mujer casada se dedica al cuidado del hogar y de sus hijos;

(17) Salustiano del Campo Urbano, La familia española en transición. Ediciones del Congreso de la familia española. Madrid, 1960.

es una "mujer de su casa" . La mujer, por lo general, ansía ser madre de muchos hijos. El destino primordial de la mujer es el matrimonio. Su educación, en general, se orienta a hacer de ella una excelente ama de casa, sumisa a su marido, ocupada de sus hijos, sometiendo a estos quehaceres cualquier otra actividad fuera del hogar. De esta manera, el papel fundamental de la esposa es llevar a cabo las funciones familiares internas, más que ser compañera del marido en las externas.

El matrimonio es indisoluble [o lo era hasta hace muy poco tiempo]. El fin fundamental del matrimonio es la procreación. Las decisiones importantes de la familia son tomadas por el marido. Un elemento importante de la vida familiar es la religiosidad. (Esta aparente religiosidad es discutida por algunos autores: "Si quisieramos definirlos, diríamos, con Loew, que es un pueblo pagano con supersticiones cristianas, y estas se llaman bautizo, matrimonio y entierro": "la macroparroquia, en gráfica frase de Iribarren, es el más apropiado caldo de cultivo para el paganismo"⁽¹⁸⁾).

* * * * *

Uno de los matices peculiares de la masculinidad exhibicionista es el donjuanismo. ¿Cuál es la relación entre ambas actitudes? ¿Están estrechamente relacionadas o mantienen cierta independencia?

(18) Jesús María Vázquez, O. P., Así viven y mueren... Problemas religiosos de un sector de Madrid, Ed. O.P.E., Madrid, s.f. pp. 319 y 93.

Aunque es un tema interesante, no es el objeto primordial de este trabajo. Sin embargo, por tratarse de una actitud que se ha presentado en algunos de los sujetos aquí estudiados, me parece útil una aproximación a este fenómeno.

El análisis de la figura del don Juan que hizo el Dr. Marañón⁽¹⁹⁾ partiendo de personajes de la historia de España, revela una serie de características que acercarían el conquistador profesional al "macho" social:

"Don Juan, por el contrario, es incapaz de amar, aunque sea temporalmente, a un tipo fijo de mujer. Busca a la mujer como sexo. La mujer es, para él tan solo el medio de llegar al sexo. Su actitud es, pues, la misma actitud indiferenciada del adolescente, y también la actitud del macho de casi todas las especies animales" (p. 76).

Precisamente Marañón señala la imposibilidad de establecer una frontera entre el hombre polígamo y el Don Juan. Claro es que no hay un solo tipo de don Juan, sino infinitas variedades dentro de la especie. Pero una característica común de todos ellos sería el placer por la conquista agresiva de la mujer o por la seducción más o menos sutil, centrandó el hecho, precisamente, no en el interés por determinada persona, sino en la acción misma.

Al referirse a un personaje famoso por su vida sexual desen-

(19) Gregorio Marañón, Don Juan. Espasa Calpe, Madrid, 1967.

frenada, el Conde de Villamediana, como prototipo del donjuanismo, Maramón observa sus amores fugitivos, sin permanencia, sin ternura, caracterizados por la agresividad de su conquista. Y también la conducta con sus amantes, de extremada violencia, a una de las cuales se sabe que la golpeó sin piedad en el interior de un coche.

Para Carl Abraham⁽²⁰⁾ este tipo de comportamiento se debe a una permanente insatisfacción que obliga al don Juan a cambiar - constantemente de objeto erótico. Para él, la actitud agresiva hacia las mujeres no es sino una venganza hacia todas ellas, por la decepción sufrida a manos de la primera mujer que entró en su vida. (Del mismo modo explica Abraham la psicología de la prostituta: se venga de todos los hombres a causa del regalo que esperó de su padre en etapas tempranas y que nunca recibió).

"De mi madre aprendí yo
a ser buenos y a rezar
pero otra mujer me enseñó
a ser malo y a llorar
siendo mujeres las dos"

(Fandango español)

(20) en Psicopatología y sexualidad, p. 243.

El carácter del mexicano

En este capítulo trataré de recopilar la mayor parte de las ideas expresadas por muy diferentes autores que han intentado definir y explicar cómo es el mexicano. Tarea difícil, si no imposible. Se han llevado a cabo estudios sociológicos, antropológicos, psicológicos o simplemente apreciativos, pero creo que ninguno de ellos ha llegado a conclusiones verdaderamente convincentes. Tal vez porque no existe, en realidad, un mexicano típico y sí una gran variedad de tipos.

Las investigaciones realizadas con ciertos grupos, rurales o urbanos, o con diferentes niveles sociales, han alcanzado en algunas ocasiones, resultados interesantes, pero muy parciales, y tratar de generalizar y definir un carácter nacional, a partir de ellos me parece aventurado.

Es el caso, por ejemplo, del muy mencionado "machismo", característica que, en mi opinión, hay que manejar con mucho cuidado, ya que, como se ha visto en el capítulo anterior, no es privativa del hombre mexicano. Como bien dice E. Guarnier,⁽¹⁾ "Se ha hecho - demasiado hincapié en el machismo mexicano, sin ver que éste es en el fondo universal, aunque en cada país toma sus característi-

(1) Psicopatología clínica y tratamiento analítico. Ed. Porrúa, México, 1978, p. 71.

cas propias".

La mayoría de los autores que se han preocupado por penetrar en ese difícil terreno de la personalidad nacional, lo ha hecho a través de la familia. Allí ha visto las condiciones necesarias para que se produzcan determinados caracteres. Las conclusiones a que han llegado muchos de los estudios coinciden en varios puntos: los núcleos familiares investigados se caracterizan casi siempre por un padre autoritario pero ausente; una madre estrechamente ligada a los hijos, con los cuales sustituye muchas veces al marido lejano o inexistente; una profunda veneración por lo "masculino" o "viril" y un gran desprecio "femenino"; una fuerte valoración de la virginidad en las mujeres; una cierta religiosidad muy peculiar ya que las ideas centrales de cualquier religión, Dios y un mundo de espiritualidad, están sustituidas por una figura casi "de carne y hueso": la Virgen de Guadalupe.

Para algunos autores (S. Ramírez, O. Paz, Segura Millán, etc.) muchos de los problemas de la familia mexicana proceden de la doble herencia del mexicano, la indígena y la española, con las características particulares de cada una, más las dificultades inherentes a una mezcla racial de elementos disímiles. Aparentemente la figura materna tenía ya una relación fuerte con el hijo en la época prehispánica:

"El pueblo azteca expresó su primer ideal inconsciente, la unidad con la madre en la figura de una mujer virgen que da a luz al héroe; así establece un diálogo, acepta sin dificultad el paso de la primera persona, yo a la segunda persona tu (la madre), pero lo que no acepta es la intrusión de un tercero, el padre"(2).

Aquí, en este ideal de madre virgen, que tendrá su prolongación más tarde en la Virgen de Guadalupe, se puede observar un simbolismo muy simplificado, pero evidente, del Complejo de Edipo negativo. González Pineda ve como significativo que el valor más grande de México sea la Virgen de Guadalupe, de valor afectivo maternal, que en el contenido doctrinario es una figura secundaria ante Dios o Jesús (3).

Rogelio Díaz-Guerrero hizo en 1955 un trabajo para investigar las causas de la neurosis en la familia mexicana (4). Aunque la situación no es hoy la misma y ha habido cambios sustanciales, me parece que algunos de sus resultados son todavía ahora válidos. Díaz Guerrero tuvo en cuenta para su estudio una obra de Gómez Robledo en la cual, a través de un test elaborado por él mismo (ba-

(2) Cit. por Santiago Ramírez, El mexicano. Ed. Grijalvo, México, 1977, p. 148.

(3) Francisco González Pineda, El mexicano; su dinámica psicosocial, Ed. Pax, México, 1959, p. 69.

(4) "Neurosis and the Mexican family structure" en American Journal of Psychiatry. 112:411-17, 1955.

sándose, principalmente, en el efecto de palabras-estímulo), llega a la conclusión de que los conflictos de los mexicanos están originados por los choques de sus valores internos en contacto con la realidad⁽⁵⁾. (Buscando establecer el "promedio" mexicano, encontró que el 34.3 por ciento de los varones tenía su principal interés en la sexualidad y el erotismo, y el 17.1 por ciento en los valores místicos y religiosos).

Para Díaz-Guerrero son dos los principios fundamentales de la familia mexicana: 1) la incuestionable y absoluta supremacía del padre y 2) el necesario y completo autosacrificio de la madre (o lo que es lo mismo, abnegación: negación de todo posible deseo egoísta).

El primero está relacionado con la valoración de los elementos masculinos, que hace desear a la pareja el nacimiento de hijos varones, sobre todo en los lugares primogénitos. Las hijas son fuente de preocupación, ya que hay que vigilar su virginidad, que equivale, en muchos aspectos, al honor familiar (su pérdida amenaza las premisas de feminidad y autosacrificio). Es necesario, también, conseguir para ellas un matrimonio deseable, ya que la soltería es origen de nuevos problemas. Desde la niñez, pues, las mujeres deben encaminarse hacia su más alto destino: la maternidad, para lo cual se convertirán en colaboradoras de la madre desde los

(5) José Gómez Robleda, Psicología del mexicano. U.N.A.M. Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1972.

primeros años; los varones, en cambio, ejercitarán desde su infancia el valor, la temeridad, la agresividad, la competencia. Al llegar a la adolescencia, la señal de virilidad será hablar o actuar alrededor del sexo. (En los pacientes estudiados por el autor de este trabajo, se ha observado en esta etapa una lucha entre el su-p^{er}yo, representante de la madre, y el ello representante del padre). El adolescente busca la hembra sexual, pero en cuanto encuentra la mujer que puede idealizar, el resto se convierte en objetos sexuales y de seducción.

La virilidad adulta está medida por tres factores: 1) la potencia física y el tamaño de los órganos sexuales; 2) el valor corporal; 3) el éxito en campos intelectuales, científicos.

Cuando el hombre se casa con la mujer idealizada, ésta tiene que dejar de ser objeto del deseo sexual lo antes posible (el sexo debe ser practicado de una forma con la esposa y de otra con la amante). La idealización del marido regresa pronto hacia su propia madre. La esposa debe servirlo "como mamá lo hizo". La maternidad está rodeada de la idea de abnegación y de la búsqueda de satisfacciones espirituales. Durante los dos primeros años, el niño que nace es amado, admirado. Se le enseña sumisión a sus padres, obediencia y poco después los dogmas de la religión católica.

En el estudio realizado por Díaz-Guerrero resultó que el treinta y dos por ciento de los hombres y el cuarenta y cuatro por ciento de las mujeres, todos mayores de diez y ocho años, eran neuró-

ticos. Las causas fundamentales, en los hombres, derivadas de la situación familiar descrita, eran seis: 1) problemas de sumisión y rebelión en el área de la autoridad; 2) preocupación y ansiedad por la potencia sexual; 3) conflicto y ambivalencia con respecto al doble rol (matriarcal y tierno o sexual); 4) dificultades para superar el estadio maternal (dependencia femenina); 5) problemas antes y en el matrimonio (el amor a la madre interfiriendo con el amor a otras mujeres, lo cual origina un área de tensión: la dinámica de los celos familiares); 6) un complejo de Edipo no resuelto, cuya expresión se manifiesta parcialmente en los puntos 2, 3, 4 y 5.

Muchas de las afirmaciones de Santiago Ramírez coinciden con todo lo anterior: para él lo que caracteriza la familia mexicana es "el exceso de madre y la ausencia de padre"⁽⁶⁾. Ello ocasiona en el hijo falta de estructuras internas, las cuales suple con modelos externos, estereotipos de masculinidad. "La convivencia con hombres, la elusión de afectos tiernos, de llanto, de trato cordial con la mujer le hacen alucinar que lleva dentro mucho hombre" (op. cit. p. 27). Es decir, la figura fuerte, idealizada, anhelada pero no alcanzada y por ello odiada, es la figura del padre. Por lo tanto todo lo que represente la masculinidad ausente y potente en las fantasías, será objeto de agresión. "El machismo no

(6) S. Ramírez, Infancia es destino. Siglo XXI. México, 1975, p. 26.

es, en el fondo, sino la inseguridad de su propia masculinidad; el barroquismo de la virilidad" (Ramírez, El mexicano, p. 62).

La imagen de la madre es ambivalente: adorada por un lado, can to en lo particular como en el lenguaje o en su idealización espiritualizada (la Virgen), y odiada por otro, a causa de no haber otorgado un padre fuerte y haber expulsado al hijo del paraíso de su afecto. Todo ello origina "un gran anhelo de madre", que se su- ple a través del alcoholismo y el guadalupanismo, "dos formas de expresión, la una psicopática y la otra sublimada, que acercan al mexicano a su madre" (op. cit. p. 80).

La figura de la abuela es importante, "se apropia del nieto para elaborar la melancolía de la edad avanzada" (op. cit. p. 80). y ella o la suegra tratan de devaluar la conducta de la madre para apropiarse así de los nietos. Esta situación ayuda a prolongar la expresión maternal de la feminidad.

En un estudio llevado a cabo con quinientas familias (cfr. op. cit. p. 82) se observó que en el 32% de los casos el padre estaba ausente o no existía, y en el caso de abandono, el 70% ocurría con el primer embarazo de la esposa (lo cual lo explica S. Ramírez como la consecuencia de ver a la esposa como madre y el nacimiento del hijo, por lo tanto, como el de un hermano, lo cual ocasionó en la infancia, el abandono de la madre; es decir, el adulto realiza activamente lo que sufrió pasivamente en sus primeros años.)

Así, madre e hijo forman una unidad de la cual ambos obtienen

seguridad y afirmación. La primera, al sentirse devaluada por el hombre, se refugia y se expresa a través de los hijos; la única forma de reparar el abandono es dándoles a éstos su amor. Y de esta manera se convierte en la "mujer abnegada", condición que aplaude la sociedad, con lo cual le restituye su prestigio, y "reabastece el círculo enfermizo que hace que la familia del mexicano sea de carácter uterino, con una madre asexuada y un padre ausente" (op. cit. p. 134).

Círculo que se continúa con la elección de esposa: "Buscamos mujeres que se asemejen a nuestras madres, mujeres que se embaracen mucho, que lacten bien y que cocinen mejor, pero a la vez condicionamos el que tan solo un quince por ciento de ellas se nos acerque sexualmente. Las mujeres colaboran para que esta mancuerna subsista; a poco de embarazarse se descuidan, dejan de arreglar se y se privan de atractivos sexuales" (op. cit. p. 25).

En el estudio realizado por Fromm y Maccoby en el campo mexicano⁽⁷⁾ se observó la tendencia del individuo a quedarse fijado a su madre o equivalente, tendencia regresiva y simbiótica que impide el desarrollo de la personalidad. En toda la historia del hombre la fijación incestuosa ha sido una de las fuentes de odio y destructividad. La obediencia patriarcal ha tenido efectos semejantes pero menos fuertes. Como Freud, Fromm piensa que la sumi-

(7) Erich Fromm, Michael Maccoby, Social character in a mexican village. Prentice Hall, inc. Englewood Cliffs, N. Jersey, 1970.

sión al padre es un intento por salvarse de la atracción incestuosa, aunque para él los deseos incestuosos no son producto de los deseos sexuales sino el deseo de preservar la unión con una figura todo-protectora, el miedo a la libertad y el temor a ser destruido por la madre (op. cit. pp. 176-177).

Al observar a los alcohólicos, los investigadores vieron que sus actitudes estaban muy relacionadas con las fijaciones maternas; los campesinos más vulnerables al alcoholismo eran los de carácter más pasivo-receptivo, compensado por narcisismo-machismo, intensamente ligados a la madre. Los alcohólicos expresaron más miedo a las mujeres que convicción de superioridad. En otras palabras, el machismo alcohólico es una reacción al temor por las mujeres y una compensación a la debilidad, la dependencia y la pasividad.

Los papeles masculino y femenino aparecen como radicalmente divididos en campos disímiles, hasta tal punto que cuando la mujer toma parte en actividades consideradas de hombres (política, cultura, economía), tiene que "masculinizarse" y actuar virilmente, seca, tajante, intrusiva. En la familia la autoridad parece centrada siempre en el hombre, pero para comprender el sistema interno es necesario observar a la mujer: "sumisión negociada", "activa pasividad", como actitudes de ejercicio manipulador e indirecto del mando. La madre no recurre a planteamientos directos, sino que convierte su debilidad en la primera arma de su fortaleza, hacien-

do que el hombre ceda, en atención a su "falta de fuerza"⁽⁸⁾. El recurso fundamental es hacer que el hombre se sienta culpable de ejercer su fuerza, para que, de esa forma, ceda a los deseos de la esposa.

"A la actitud de "en esta casa llevo yo los pantalones" se opo-
ne la de "yo que he dado mi vida por ustedes". Dos tipos distintos
y complementarios de autoridad y control, dos estilos de manipular
las situaciones familiares en forma irracional e impositiva.

La madre suele manejar el temor que el padre provoca para ne-
gociar el apoyo de los hijos. Su aparente pasividad y debilidad
tiene más influencia en los hijos porque está más cerca de ellos.
La energía autoritaria del padre se maneja como la espada de Damo-
cles que permite a la madre mantenerse como el símbolo de compren-
sión protectora y centro de las decisiones prácticas.

Las amenazas paternas que no se llevan a cabo debilitan la fi-
gura del jefe y puede llegar a convertirse en objeto de agresiones
por parte de la familia. Es entonces cuando se aleja de ella, bus-
cando su auto-afirmación en otras mujeres o en cualquiera que esté
dispuesto a reconocer su "virilidad".

El varón recibe sus sentimientos de poderío y omnipotencia des-
de niño, a causa de la actitud sobreprotectora de la madre; pero

(8) Cfr. Francisco González Pineda y Antonio Delhumeau A., Par-
ticipación y cultura política de los mexicanos. Un ensayo de inter-
pretación. Instituto mexicano de estudios políticos, A.C. (Edición
preliminar de circulación restringida al Consejo Directivo y su co-
misión científica interdisciplinaria y a los investigadores del
Instituto). México 1970-1976.

de esa sobreprotección surge también el desamparo, la otra cara de la omnipotencia. Al depender tanto de la atención materna, esperará después de su mujer protección maternal y dependencia sumisa al mismo tiempo.

En las parejas de nivel cultural alto se puede ver la tendencia al cambio (por ejemplo, la intensidad con que suele molestar el estereotipo "machismo maxicano", aunque, al mismo tiempo esa molestia es señal de su presencia latente); la mujer profesionalista tiende a comportarse con la energía y autoafirmación antes reservadas al hombre, lo cual supone rivalidad por la figura masculina (se identifica con la imagen paterna, quiere asumir ese papel en su propia familia y desplazar al hombre al antiguo papel femenino).

Los padres inseguros del autoritarismo recibido dudan en aplicarlo y dan pie a que los hijos se rebelen, puesto que han aprendido el mecanismo de autoridad, pero se aprovechan del margen que sus padres les dan, es decir, intentan imponer su propia autoridad y adquieren noción de su propia fuerza (cfr. op. cit., pp. 55-72).

En cuanto a la religión, practicada en el seno de la familia, es abandonada por los hombres al llegar a la adolescencia, como símbolo de liberación de la tutela materna, en un intento de afirmar su masculinidad e imitando al padre, que considera que eso es una cuestión de mujeres. Además, en su conflicto por convertirse en varón, el joven se rebelará también contra el padre, que no es el padre real, sino el simbólico: el sacerdote, en general más se-

vero y más frustrante que el verdadero y también más identificado con la madre.

Ésta, que trata de hacer "mas hombre" a su hijo, se hace mucho más tolerante (aunque no de manera evidente) con las actividades consideradas como masculinas: "tiene" que aceptar a los "malos hijos", porque "los hombres son así". No le importa que el hijo necesite dividir su objeto y se convierta en agresor y devaluador de otras mujeres (que, en el fondo, es una expresión íntima de la rabia que ha sentido contra su madre y que no ha podido expresar). La aceptación de la madre de esas pruebas de "masculinidad" expresa el temor de que ésta falte. La agresión del hombre hacia la mujer, mediante la cual se establece una cierta identificación con el padre, es un acto ambivalente y regresivo, pero hetero-sexual, y por lo tanto, aprobado.

Así pues, el joven se retira de las prácticas religiosas por el temor de mostrarse abiertamente sometido a la madre y las implicaciones con identificaciones femeninas que esto pudiera tener: pero el hombre que fue católico de niño continuará siendo religioso internamente, incluso participará en actos religiosos colectivos cuando no entrañen temor a críticas. No estará interesado en figuras religiosas masculinas, pero sí en la que representa la buena madre ideal, la Virgen de Guadalupe. Si está ante un peligro no se avergonzará de mostrarse religioso (las imágenes de los taxistas o camioneros; el aviador o los boxeadores que se persignan;

el torero o el excursionista que van a la capilla antes de sus cometidos, las medallas o escapularios bajo las camisas).

Las minorías de hombres antireligiosos proceden de hogares con madre o esposas católicas. ¿Cómo se han formado? El fenómeno es el mismo: el intento de identificación con el padre ha fallado, pero en su necesidad de lograrlo, se ha sometido a él, en el deseo de alcanzar una relación amorosa entre ambos. Tal situación ocasiona una ansiedad tremenda, alrededor de la masculinidad misma. El joven tiene que resolver el conflicto y convertir lo amado prohibido en enemigo odiado. Así logra salvar los restos de su masculinidad y justificar su interés hacia el objeto anhelado inconscientemente, pero prohibido por su propio superyo. Puede odiar y luchar constantemente y asegurarse en el nivel consciente que realmente no lo amó, de manera que ni él ni los demás perciban su conflicto, que es, en el fondo, un anhelo de sometimiento pasivo y femenino rechazado. Por medio de este mecanismo, el padre real odiado o temido inconscientemente como defensa del anhelo amoroso, es suprimido del campo de la conciencia como objeto odiado, y el interés se vuelve hacia el padre simbólico, en el que se colocan todos los males (de ahí las persecuciones religiosas, etc.).

El cura, por su voto de castidad, es el único hombre accesible a la mujer; el hombre no perdona esta situación, y en una posición regresiva infantil, revive el problema de sus odios edípicos; la fidelidad de su esposa al sacerdote reproduce la imagen mater-

na, que no pudo ser suya sino que tuvo que compartirla y finalmente cederla al padre odiado. (Cfr. González Pineda, El mexicano; su dinámica psicosocial, pp. 69-85).

Octavio Paz⁽⁹⁾ ve cómo, en un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de su voluntad. Pasiva, es el ser que encarna los elementos antiguos y estables del universo, - tierra, madre y virgen; activa es función, medio, canal. El niño descubre la feminidad en la madre o en las hermanas y desde entonces el amor se identifica con lo prohibido. "Nuestro erotismo está condicionado por el horror y la atracción del incesto" (p. 177).

¿Cuáles son, exactamente, las características que definen al "macho"? Samuel Ramos⁽¹⁰⁾ parte de lo que es el "pelado": un hombre ni fuerte ni valiente. Su obsesión fálica responde a un concepto empobrecido, y como no posee contenido sustancial, llena ese vacío con el único valor que está a su alcance: el del macho. El "pelado" tiene dos personalidades, la real y la ficticia, pero sólo esta última es la visible, y las dos son diametralmente opuestas. La ficticia sirve para ocultar sentimientos de minusvalía, autodesconfianza y carencia de valor humano. La percepción de la

(9) El laberinto de la soledad. Cuadernos americanos, México, 1950.

(10) El perfil del hombre y de la cultura en México, Coordinación de Humanidades. U.N.A.M., México, 1963.

realidad falseada le produce una desconfianza injustificada de los demás y una hiperestería de su sensibilidad. Su posición es inestable y le obliga a desatender su yo y la realidad. "El mexicano burgués no difiere del proletario, salvo que, en este último, el sentimiento de menor valía se halla exaltado por la concurrencia de dos factores: la nacionalidad y la posición social" (pp. 83-84). La diferencia, para Ramos, entre la clase media y la inferior, radica en que en la primera se disimulan los sentimientos de minusvalía, mientras que en la segunda se exhiban con franqueza, además de que las relaciones entre lo consciente y lo inconsciente son mínimas.

Segura Millán⁽¹¹⁾ cree que el origen del machismo está en la defectuosa educación de los hijos por falta de la madre, ya que ésta concibe al hombre como amo y señor, y estos son los conceptos que introyecta en el futuro adulto. El varón adolescente tiene en la esfera sexual todas las libertades e incluso se le admira por sus conquistas o atentados contra el pudor de las mujeres (a diferencia de su hermana, cuya vida girará alrededor de la preservación de su virginidad). Para Segura, el Don Juan y el "macho" están muy próximos, aunque este último se diferencia en el matiz trágico y grotesco que imprime a sus conquistas. El "machismo" trasciende el ambiente familiar: se refleja en el caciquismo, el

(11) Jorge Segura Millán, Diorama de los mexicanos, B. Costa-Amic, Editor, México, 1964.

liderismo, y hasta el presidencialismo encuentra en ese núcleo sus motivaciones.

Bermúdez define al "macho" como un ser que "desprecia a la mujer, pero vive obsesionado por las mujeres" (12).

En los estudios de tipo antropológico que llevó a cabo Oscar Lewis, llega a la conclusión de que el machismo es mucho más débil en las áreas rurales y más infrecuente en las clases bajas que en las clases media y alta. Para él la llamada "casa chica" sería una de las evidencias del machismo. En las familias por él estudiadas, siempre el hombre fue la figura dominante y autoritaria y solo en casos de maridos viejos, impotentes o con tendencias homosexuales eran las esposas dominantes, aunque sin reconocerlo y mostrando - siempre sumisión. Sin embargo, "la figura materna es un símbolo profundamente internalizado, tan fuerte que no sólo afecta a la relación del hombre con su madre sino que le hace continuarla con la esposa" (13).

Peró esa actitud de aparente superioridad masculina es muchas veces una fachada nada más que la sociedad exige, como reconocen algunos de los personajes de Lewis: "Sí, a veces los hombres queremos ser muy fuertes y muy machos, pero en el fondo no lo somos" (14).

(12) María Elvira Bermúdez, La vida familiar del mexicano, Col. México y lo mexicano, n° 24. Antigua Librería Robredo. México, 1955, p. 85.

(13) Oscar Lewis, Antropología de la pobreza. Cinco familias. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1961, p. 55.

(14) O. Lewis, Los hijos de Sánchez. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 5.

"Y a veces, los que se creen muy machos, cuando están a solas con su conciencia no lo son. Nomás son valentonas de momento" (Los hijos de Sánchez, p. 6). Para Lewis, la diferencia entre el "macho" y el Don Juan es solo una diferencia de clases: "En la clase media el machismo se expresa en términos de hazañas y en forma del complejo de Don Juan, en tanto que en la clase baja se expresa en términos de heroísmo y de falta de temor físico" (op. cit., p. XV).

También Moreleón coincide con Lewis en considerar el "machismo" como algo superficial, debajo de lo cual alienta una personalidad débil: "El macho reconoce en los demás los síntomas de esa fragilidad, que es también suya. Y para alejar toda sospecha de esa realidad, adopta ante los otros una actitud de desprecio insultante; toda forma de suavidad o de finura en el trato, toda forma amortiguada de la acción la tacharía de feminoide" (15).

Las corridas de toros serían la representación de todo un simbolismo que llevaría a resultados semejantes: Podrían verse como el intento de lograr un control omnipotente ante el miedo a la muerte y ante el padre que abandona el hogar y el hijo (es decir, el resultado de un Complejo de Edipo negativo) (16).

(15) Angelina G. Moreleón, "Algunas formas del valor y de la cobardía en el mexicano". En Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras. Tomo XXIII. Nos. 45-46, Enero-junio 1952, pp. 165-174.

(16) Enrique Guarnier, "Some thoughts on the Symbolism of Bull-fights", en The Psychoanalytic Review. Vol. 57, N° 1, 1970, pp. 18-28.

Se han escrito también ensayos sobre el léxico del machismo⁽¹⁷⁾, sobre su reflejo en los corridos y canciones rancheras⁽¹⁸⁾, sobre el piropo y "las innovaciones y ademanes pornográficos" (relacionados con un "déficit sexual" que necesita de la coraza de la hombría para disimularlo⁽¹⁹⁾), y sobre todos los matices que puede adquirir este interesante rasgo humano. El tema, sin duda, es apasionante, pero en ello radica precisamente el problema: Ha sido tratado con excesiva pasión, causa principal de la falta de objetividad.

Aunque en toda la información recogida en este capítulo pueda haber datos de gran interés, ha faltado, en algunas ocasiones estudio detenido y riguroso, no basado en impresiones subjetivas sino en la investigación seria de un problema tan complejo.

Además, las condiciones sociales están en perpetuo cambio; los elementos descriptivos superficiales pierden su validez muy rápidamente. Todos los datos manejados en este sentido hay que tratarlos siempre con mucha precaución.

(17) Renato Rosaldo, "El léxico como reflejo de la psicología del mexicano", Hispania, XXXVI, 1, 1953, pp. 67-70.

(18) Aniceto Aramoni, Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo. (México, tierra de hombres). B. Costa-Amic, Editor. México, 1965, pp. 277-278.

(19) José E. Iturriaga, La estructura social y cultural de México. Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

SEGUNDA PARTE.

Evidencia clínica: Estudio de diez casos

El presente trabajo tiene como fin investigar las características que el Complejo de Edipo (positivo o negativo) ha adquirido en el desarrollo de diez individuos en la ciudad de México. Mi interés se ha centrado en personas que actualmente pertenecen a las clases media y alta, a causa de la falta de estudios realizados en esos medios y al desconocimiento que hay al respecto, precisamente por esa deficiencia: (la mayor parte de lo afirmado hasta ahora está basado en apreciaciones hechas a simple vista y no en estudios detenidos, lo cual puede conducir a errores subjetivos). Los estudios más serios que existen en la actualidad han dirigido su interés hacia las áreas rurales o hacia los grupos marginados de las grandes ciudades. De ahí la necesidad de trabajar en otro medio.

Los diez individuos estudiados aquí son personas con estudios superiores, articuladas e inteligentes, capaces para entender el propósito de las entrevistas. Todos ellos son hombres adultos cuya personalidad está ya constituida. Aparte de estas características determinadas previamente, la elección de los informantes fue hecha propositivamente.

Las técnicas empleadas han sido diferentes, según los intereses y capacidades personales para reproducir conflictos infantiles y pasajes vitales. En general se hizo uso de la anamnesis asocia-

tiva y solamente se dirigió la entrevista cuando el sujeto se desviaba excesivamente del tema central. Curiosamente se presentaron pocas resistencias e, incluso, en ciertas ocasiones, se hizo necesario interrumpir las entrevistas contra la voluntad del sujeto, que trataba de continuar con ellas durante un período más largo.

El número de entrevistas fue entre tres y ocho y la duración de cada una, de 45 a 60 minutos como promedio aunque algunas fueron mucho más largas (1). Todas las sesiones fueron grabadas con objeto de poderlas estudiar posteriormente y de volver a trabajar, en encuentros subsiguientes, los datos dudosos o particularmente interesantes para el estudio.

La clave de la investigación se centró en el evento de la fase edípica y en el intento de cada individuo por lograr una identidad sexual. Las edades de los sujetos oscilaron entre los 25 y los 59 años.

El tipo de familia de que proceden es sumamente variado; un informante proviene de una de las clases más bajas ciudadanas, hijo de padres semi-analfabetos; dos nacieron en clases bajas; uno, en un núcleo rural; tres descienden de familias de la clase media acomodada y tres de padres profesionistas bastante connotados. Todos, actualmente gozan de buena situación económica, algunos muy buena,

(1) Básicamente se tuvo en cuenta los sistemas de entrevista de Kirby, Meyer, Menninger, el estudio de casos de la Fundación Pinel, etc. Cfr. E. Guarnier, Psicopatología clínica y tratamiento analítico, pp. 274-278.

y pertenecen a lo que se llamaría clase media-alta. Varios de ellos ocupan puestos públicos importantes.

Nueve de los casos estudiados han nacido en el seno de familias católicas, aunque ninguno es practicante; uno de ellos es masón y milita en partidos de izquierda, pero lleva a su madre a la iglesia todos los domingos y la acompaña por las noches mientras reza el rosario. Un informante pertenece a la iglesia protestante, pero tam poco es practicante activo.

En nueve de las personas entrevistadas se pudo advertir una fuerte fijación a la madre y una relación problemática con el padre, que varió desde franca hostilidad hasta marcada indiferencia. Sólo en un caso se dio la identificación paterna y una buena relación padre-hijo. Al mismo tiempo se pudo observar una actitud de crítica hacia la madre por su postura aristocratizante, clasista e intransigente.

La fijación materna fue notablemente exagerada en tres casos: dos de ellos hijos de madres solteras (correspondientes a las llamadas "casas chicas"). El sujeto número 2, por ejemplo, compartió la cama con su madre hasta los doce años y retrasó varios meses su matrimonio por no separarse de ella. El número 1 no se llegó a precisar, pero parece que también compartió el lecho hasta la edad de seis u ocho. Sólo a través de largos años de análisis logró —parcialmente— romper el estrecho vínculo. El caso número 3 producto de una situación opuesta, estuvo profundamente ligado a su

madre (con la cual convivió mientras ésta existió), por ausencia del padre, ocupado en múltiples quehaceres y en varias familias secundarias. Tres de los informantes, solteros, viven actualmente con sus madres (una viuda, dos divorciadas). Dos de ellos, divorciados, han regresado al seno familiar después de terminar su matrimonio. Uno más se muestra orgulloso de haber sido alimentado con leche materna casi dos años ("tal vez eso tenga una influencia en mi persona con respecto al cariño, al amor que yo le tengo a mi madre").

De los diez informantes, dos, como ya he dicho, (los números 1 y 2) provienen de la llamada "casa chica", con padres ausentes casi siempre, por los que sienten, o han sentido, fuerte hostilidad; tres (los números 5, 6 y 7) son de familias de padres divorciados, en las que ellos han permanecido con la madre; uno (número 4) es hijo de un padre "indiferente, alejado; no dio golpe, bebía"; el número 8 presencié una pelea entre sus padres durante la niñez, a partir de la cual vivieron bajo el mismo techo, pero en cuartos separados y con poca comunicación. En otros dos casos subsistió también el núcleo paterno, pero en condiciones precarias. Sólo en uno (el número 9) se perpetúa el matrimonio con relaciones aceptables, aunque no excelentes.

Cinco de los informantes son hijos primogénitos e indiscutiblemente predilectos de sus madres, (uno de ellos lo es solamente de la madre, de quien es también unigénito). Dos (uno hijo tercero y otro segundo) reconocen abiertamente ser los preferidos de la ma-

dre; uno (el número 6), es el menor de cinco hermanos y no cree haber sido nunca favorito de ninguno de sus progenitores (sin embargo no se ha casado nunca —tiene ahora 47 años— y ha vivido siempre con su madre). El número 8, que vive actualmente con sus padres, es hijo solo, después de la muerte de su único hermano. El número 10 es el tercero de ocho hermanos y no recuerda haber sido objeto de ningún afecto especial.

Menos en un caso (como se ha dicho arriba), donde el padre fue importante en la adolescencia del hijo, en los nueve casos restantes el progenitor resulta una figura bastante alejada. En el informante número 1 hay un verdadero odio hacia él, que ha tratado de mitigar o de, por lo menos, analizar. En la adolescencia llegó a golpearlo y a expulsarlo de la casa de su madre. En el caso número 2 se presenta una difícil dualidad: no conoció a su verdadero padre durante varios años, y cuando el fin lo hizo, lo sintió extraño y sin ningún lazo de unión. Posteriormente cree haber cambiado y manifiesta respeto y admiración hacia él (sin embargo sus emociones desmienten estas aseveraciones).

En los informantes 5 y 6 el divorcio de los padres sucedió durante la adolescencia. Para el primero fue un terrible golpe que trató de evitar, interpelando a la nueva esposa. Para el segundo fue un hecho indiferente, por el alejamiento que había precedido al hecho.

El divorcio de los padres del caso número 7 tuvo lugar durante la infancia de éste. La madre volvió a casarse y las relaciones del hijo con su padrastro han sido causa de los fuertes conflictos del joven, aunque fue necesario un trabajo casi analítico para que llegara a reconocerlo.

El informante número 8 revela una gran admiración por su padre una figura eminente, (aunque solo en el terreno intelectual) pero también un gran rencor hacia él. Hay entre los dos una barrera infranqueable que impide cualquier comunicación. "Mi padre es un dictador. En mi casa no hay otra palabra que la suya".

Para el sujeto número 9, su padre responde exactamente al concepto de macho; "la mujer en casa, el hombre lo primero; las decisiones, él, las órdenes él; un hombre de agallas, en resumen". En la infancia lo sintió como un ogro temido, impresión de la que culpa a la madre, la cual en lugar de presentar la figura paterna como respetable, la introdujo como amenaza. Para este informante, uno de sus ideales hubiese sido poder ser madre, tener él los hijos.

En cuatro de los casos la abuela materna ha sido una figura importante en la familia; en otro, la paterna, de quien el informante fue prácticamente "hijo" sus primeros años y con quien convivió hasta su muerte. En el resto, no parece tener una importancia especial.

En cuanto a la manera de realizar los estudios, cuatro sujetos destacaron como alumnos en la Primaria (los números 1, 3, 4 y 5); tres, como alumnos en el Bachillerato (1, 3, 8); y cuatro en la - carrera universitaria (1, 3, 8, 10). Dos (4, 6) terminaron sus estudios normalmente. Cuatro (2, 5, 7, 9) invirtieron largos años en los estudios superiores (2, 7) o los dejaron inconclusos, aunque con el proyecto de terminarlos (5, 9), ya que por el momento se dedican a actividades de negocios que ocupan ampliamente su tiempo y que les producen ingresos económicos considerables.

En uno de los casos (1), el desarrollo sexual se expresó desde etapas muy tempranas y con una gran actividad. El sujeto cree que ello fue como consecuencia del ambiente de promiscuidad en que su infancia se desarrolló y como resultado de presenciar con frecuencia las relaciones entre los adultos. Otro sujeto (3) recuerda relaciones muy tempranas con su nana, aunque después, una gran timidez en la adolescencia. El informante número cuatro no rememora ningún interés sexual especial en la infancia, pero sí una larga relación, al fin de la adolescencia y principios de la época adulta, con una señora que le doblaba la edad, a la cual estimaba y con la cual copulaba, no obstante tener otro tipo de contactos con muchachas de su edad. El informante número dos evoca su infancia como llena de intereses "románticos" y una larga y terrible relación sexual en la época de la secundaria, con una señora de cerca de cincuenta años, fea y apasionada, la cual lo avergonzó durante

mucho tiempo y todavía le produce una sensación de molestia. Al mismo tiempo se sentía enamorado de la sobrina de dicha señora, de una manera "romántica" e idealizada.

El informante número 5 no reveló relaciones sexuales en épocas infantiles. Revive, más bien, amiguitos de juegos —uno de ellos retrasado mental— y de deportes. Sin embargo en la adolescencia se trueca en un Don Juan, actitud en la que persevera mucho tiempo. A los 18 años tiene una relación sexual más larga, con una muchacha europea mucho mayor que él.

Los casos 6 y 8 presentan bastante timidez para hablar de su vida sexual. Refieren con más libertad su situación actual, en términos bastante generales, evitando entrar en detalles. El número 7 recuerda relaciones infantiles que no parecen muy significativas (una novia, a los tres años con la que se daba "besitos" debajo de la mesa) y una actividad genital bastante activa al llegar a la Preparatoria. El informante número 9 no tiene memoria de sus intereses infantiles; reconoce haber sido tímido y no tener muchos contactos femeninos. Rememora un interés sentimental en la adolescencia. Una novia, algo posterior, que le interesó únicamente por que lo "enseñó a besar". Sus primeras relaciones sexuales fueron con prostitutas después de los 20 años; pocas, con escaso interés por su parte y más bien por exigencias "sociales" que por su propio gusto. El número 10 recuerda excitaciones sexuales muy primitivas con sirvientas de su casa. Tuvo después ciertas relaciones

con una prima, la cual lo dejó sorprendido al mostrarle sus órganos sexuales y evidenciar que carecía de pene ("¡si no tiene nada!") En la adolescencia llegó a contactos genitales externos con muchachas amigas suyas; "el faje". La masturbación fue muy activa y le produjo violentos sentimientos de culpa y miedo de perder la lucidez mental.

De los diez informantes, tres están actualmente casados. Uno vive en unión libre. Cuatro son solteros, uno de ellos (26 años) próximo a casarse en unos meses. Dos están divorciados. El sujeto número uno, casado, está en su quinto matrimonio. Casó a los 20 años la primera vez, y su enlace duró menos de un año. De él - procreó un hijo. Tiene dos hijos más del segundo matrimonio y otro del tercero. Piensa que el actual es el definitivo. El entrevistado número dos está en trámites de divorcio, en contra de su voluntad. Considera que son justas las reclamaciones de su esposa y estaría dispuesto a volver a empezar, si ella accediese. Reconoce que su comportamiento como marido fue altamente reprobable. Tiene una hija de seis años a la que ama muchísimo. El informante número cinco está en su segundo matrimonio, del que tiene una hija recién nacida. El primero, llevado a cabo a los veinte años, fue forzado a causa del embarazo de la muchacha. De él tiene otra hija, a la que apenas ve. El informante número ocho estuvo casado durante veinte años y procreó dos hijos. Su matrimonio fue profundamente infeliz y el divorcio, con varios años de trámites, violento, col-

mado de amenazas e incomprensiones. Actualmente está en relaciones con una muchacha mucho menor que él. Vive con sus padres, los cuales no desean un nuevo matrimonio para su hijo, debido a los sufrimientos y problemas que ocasionó el primero. El sujeto reconoce que no es su ideal un nuevo enlace y que, de ser posible, preferiría permanecer en "su" casa y que la muchacha se quedara en la de ella. Pero sus principios morales le comprometen con la mujer que ha sido su novia oficial varios años. Si llega a un nuevo matrimonio, lo hará con la conciencia de que puede ser un segundo fracaso. Para él, una de las condiciones que entrañaría la felicidad, sería una buena relación entre su esposa y su madre, lo cual considera imposible.

El informante número 10 tiene un matrimonio satisfactorio desde hace diez años. Para él no hay distinción entre lo sexual y lo sentimental. Considera el matrimonio como comunicación, gozo sexual y ayuda mutua. No le parece un problema infranqueable algún "desliz" de uno u otro. Piensa que una comunicación profunda podría explicar cualquier desviación de los propósitos iniciales. Es padre de tres hijos.

El informante número 6, soltero, viviendo actualmente con su mamá, tiene hijos con dos mujeres diferentes, a los que no ve. Afirma, durante las entrevistas, que prefiere relaciones largas en las que se sienta involucrado. (Pero informaciones obtenidas externamente indican lo contrario: sus relaciones son únicas, lo más

breves posible y padece de eyaculaciones precoces). Lo que prefiere de las mujeres es que no le ocasionen problemas. No es moralista, pero no le interesan las libertinas. Para él la mujer es parte del adorno social. "Es vacío, pero cómodo".

La situación del informante número 7 se encuentra actualmente en un compás de espera no exento de dudas. Se siente enamorado de la muchacha con la que vivió algún tiempo y cortó relaciones después de dos abortos y situaciones de extrema tensión. Ella también lo ama pero hay muchos impedimentos entre ellos. Él no desea dejar a su familia, con la cual vive. Tampoco quiere renunciar a varias muchachas con las cuales tiene relaciones amistosas y más o menos íntimas con algunas.

Uno de los casos declara haber tenido relaciones homosexuales. Llegó a ellas por curiosidad y nunca fueron duraderas. Reincidía cuando estaba pasando por etapas de depresión. Prefiere, en general, las relaciones heterosexuales. Otro de los informantes ha perteneído varios años a una orden religiosa. El deseo de su madre de tener un hijo sacerdote no fue ajeno a su decisión; de la misma manera, su idea de abandonar ese estado estuvo muy cuestionada, entre otras cosas, por la desilusión que ello sería para la madre. Lo hizo, sin embargo, siguiendo sus propias iniciativas.

Tres individuos mostraron en las entrevistas una actitud donjuanesca; uno de ellos, burda y violenta, dos, discreta e insinuante. Otro sufrió un verdadero choque en algunos momentos; fue ne-

cesario, de cuando en cuando, interrumpir la grabación, porque el llanto le impedía continuar. Para cinco fue sin duda una experiencia placentera. Un sujeto inició las sesiones con cierta desconfianza, aunque fue perdiéndola poco a poco, pero sin abandonarse en ningún momento. Una persona fue amable y cortés pero bastante hermética. Otra fue exageradamente tímida y sólo en ciertos momentos pareció aliviarse de la tensión que la entrevista le producía y expresarse de manera más confortable. En la última sesión pidió suprimir la grabación y su actitud fue entonces más amistosa y desenvuelta, aunque ello no produjo cambios en su insight.

VII

Un intento de clasificación

- A.- Casos preedípicos
- B.- Casos propiamente edípicos
- C.- Casos fálicos

A través del estudio realizado aquí con diez sujetos ha sido posible, a partir de sus características, llegar a una clasificación en tres grupos, que se relacionan con los niveles predominantes en su desarrollo. Estos niveles corresponden a los estados básicos de fijación, que han tenido lugar en etapas más o menos arcaicas, según los casos. Los resultados han evidenciado tres variedades de desarrollo: la preedípica, la edípica propiamente dicha y la fálica.

Variedad preedípica.- Los individuos correspondientes a esta variedad tuvieron padres ausentes o agresivos y madres dominantes, que los obligaron a retroceder hacia posiciones orales-dependientes. En general presentan problemas para establecer diferenciaciones de objeto y difícilmente encuentran el objeto original. Sus relaciones con las mujeres se mantienen en un nivel pasivo-agresivo mientras ellas satisfacen sus deseos regresivos, pero tan pronto surge la protesta femenina, el sujeto busca inmediatamente la separación. El nacimiento del hijo provoca resentimientos porque va a privarlo del pecho materno, lo cual origina una gran hos-

tilidad, también, hacia la mujer. Su ansiedad los lleva a buscar constantemente figuras femeninas, a las que incorporan por un tiempo en forma oral.

La conducta de estos sujetos se caracteriza por un predominio de elementos pregenitales con rasgos abundantes orales y anales. (A este grupo pertenecerían los casos 1, 2 y 8).

Variedad propiamente edípica.- Los sujetos que corresponden a este grupo vivieron la situación triangular típica: en la etapa edípica sufrieron el natural enamoramiento hacia la madre y la consecuente ambivalencia hacia el padre. Pero la figura paterna existe siempre para el infante, ya sea en la realidad, ya en la fantasía, lo cual permite una cierta idealización y, posteriormente, tal vez una identificación con ella. Todo lo cual favorece una futura aceptación de la imagen femenina, aunque ello no signifique que la neurosis se haya evitado; la angustia de castración puede estar siempre presente.

Algunos de los casos aquí estudiados han logrado niveles estables en su desarrollo así como en las relaciones heterosexuales, aunque otros han evidenciado conflictos. En ellos se pudo observar cierta dependencia hacia los padres, que, superada en algunas ocasiones, produjo un enfrentamiento entre los impulsos sexuales y los agresivos.

Las relaciones objetales fueron duraderas. No se observaron al

teraciones en el pensamiento, y los niveles de relación con la realidad fueron adecuados. (caracterizarían este grupo los informantes 4, 9 y 10).

Variedad fálica.-- He agrupado en esta clase los individuos que muestran un predominio de agresividad. Su característica más evidente sería la admiración ilimitada hacia la madre y la imposibilidad de encontrar una mujer que pueda compararse con ella, y, menos, sustituirla. La figura paterna puede ser fuerte y dominante, pero puede ser también distante y fantaseada en este sentido (Es decir, si no existe el padre impositivo, un ideal masculino de dominación y poderío lo sustituirá).

Los sujetos de este grupo son intrusivos e irrumpen en la vida de los demás, ya sea con la palabra, ya sea con la acción; les cuesta trabajo aceptar la libertad de otros seres. Esto se hace más evidente en su relación con las mujeres: necesitan poseerlas a todas sin tener en cuenta sus sentimientos.

Se pueden observar en estos sujetos algunos signos regresivos de carácter oral, y más aún anal, como la pedantería y la parsimonia, y son violentamente competitivos. Sobrevalúan el pene, al que consideran como elemento separado del resto de su cuerpo. Todo ello los lleva a la satisfacción, interna y externa, de lograr numerosas conquistas femeninas, para lo cual mantienen una posición "don juanesca" que puede llegar a convertirse en un cliché. En general

actúan egoístamente y son vanidosos y exhibicionistas (Los sujetos 3, 6 5 y 7 se agrupan bajo estas características).

A continuación incluyo un resumen del desarrollo vital de seis individuos (dos correspondientes a cada una de las variedades) para ejemplificar las características arriba señaladas. De entre los diez informantes con que he trabajado he elegido los seis que más claramente tipifican lo anterior con objeto de no hacer reiterativas las evidencias caracterológicas. Los datos que aquí incluyo son un resumen mínimo de todas las entrevistas, omitiendo, por razones obvias, circunstancias muy personales o rasgos definitorios que se han tenido en cuenta para el estudio, pero que no tendría caso publicar.

Variedad preedípica

caso número 1

Primeros recuerdos.-

"Pertenezco en lo que hemos dado en llamar la casa chica". Una constelación familiar constituida por la madre, Luis ⁽¹⁾ y una hermana tres años menor que él. El padre "pretendía estar casado" con otra señora de la cual no tenía hijos pero con la cual vivía. El ambiente, un cuarto sin servicios en una vecindad de un barrio mar

(1) Por supuesto que los nombres y algunos datos descriptivos son ficticios.

ginado, habitado por vendedores ambulantes, prostitutas, braceros, subempleados, etc. La familia subsistía de trabajo manual de la madre y esporádicas y escasas contribuciones del padre. El núcleo familiar, católico y con reglas morales: prohibidas visitas, amistades, juegos en la calle. Prohibido reconocer la pobreza extrema en que se desenvolvían. El nacimiento de Luis llena de orgullo a su padre aunque tiempo después comienza a cuestionar su paternidad y a investigar, en el pasado de la madre, sus posibles competidores: "Por tratar de defender la honra de la señora salía cada vez más basura". Luis, aunque no duda de la fidelidad de su madre, le recuerda algunos de sus admiradores por los celos que le provocaban.

Entre los recuerdos más primitivos está la presencia de las relaciones sexuales de sus padres, con "sensaciones preciosísimas" y un tipo de orgasmo que no podía explicarse ni repetir hasta varios años después. Una vivencia amarga: la soledad, en la espera del regreso de la madre, después de que le había ganado el sueño. Los golpes del padre, desde muy niño, con la sensación de volar.

La figura materna.-

"Una mujer muy guapa, muy atractiva. Una mujer de buenos bigotes". Huérfana desde muy pequeño; católica, "con escasa formación científica". Supersticiosa, afecta a limpias y brujerías. Cuidadosa con el lenguaje casi siempre. Enérgica con los hijos: "Presumía de que nos manejaba con la vista". Los pegaba y les prometía

seguirlo haciendo toda la vida. Todavía hoy sigue amenazando con ello.

Luis cree que no era feliz sexualmente. "Supongo que era fría, que no tenía orgasmos". También duda del afecto hacia su padre; cuando la golpeaba, le reclamaba y lloraba, en una actitud pasiva, pero después lo insultaba con verdadera saña. Detrás de él trataba de devaluarlo siempre.

"Yo fui la pareja de mi madre; yo era su hombre, fui su apoyo económico, su confidente". Luis, como varón de la familia estaba encargado por la madre de cuidar a su hermana. El trato de ella hacia los dos niños era completamente diferente: El hombre participaba en el gobierno de la casa, salía de los problemas económicos. Por las noches, cuando la niña se quedaba dormida y la situación económica lo permitía, madre e hijo se iban al cine, pero sólo si el dinero alcanzaba para asistir a luneta; nunca fueron a otra localidad.

La figura paterna.-

"Un hombre prohibitivo, machote mexicano, una bestia, con admiración por la cultura y con mala letra y mala ortografía". Borracho en muchas ocasiones. "Celoso de la honra y desentendido del gasto".

Tres características cree Luis haber heredado de él: el gusto por escribir, el carácter, lo mujeriego, Físicamente era muy bien

parecido para Luis, el perfil griego, el pelo rizado. El carácter, violento, arbitrario. Irresponsable en los problemas familiares. Procedía de un matrimonio de padres divorciados y había vivido con un padrastro rechazante que nunca lo quiso y lo llenó de rencor.

A pesar de todo esto, el padre se preocupaba siempre de la moral de la familia, impidiendo visitas y relaciones inconvenientes. Cuidadoso siempre de la virginidad de la mujer, como correspondía al consenso general, que incluso exigía ese estado a las amantes. (Luis recuerda una felicitación después de una pelea por defender a su hermana, cuando las peleas eran normalmente castigadas). Para Luis este es el lado positivo de su padre: "Un hombre en eso extraordinariamente vertical, porque eso lo conservó hasta siempre".

Golpeador consuetudinario de la mujer y los hijos: les rompía encima los juguetes que les regalaba, varas de membrillo hervidas, correas y toda clase de instrumentos. Cuando comenzó a dudar de la paternidad de Luis, lo expulsaba fuera de la casa y les hacía pasar momentos terribles, sin saber qué hacer ni dónde ir. Algunas veces el padre se arrepentía de su desconfianza y lloraba.

La infancia.-

Las primeras inquietudes sexuales, la escuela, aprende a leer, las fantasías, un intento de suicidio, una visita a la casa cuna, a ver un primito internado allí, que lo hizo sentirse casi un ni-

no afortunado.

Luis recuerda los periódicos infantiles donde aprendió a leer y donde comenzó a extraer elementos para sus fantasías eróticas, a través de los dibujos de personajes femeninos: "siempre me acuerdo mucho por sus traseros".

La escuela le gustó, lo hizo feliz en muchos momentos, le hizo olvidar la realidad cotidiana angustiosa. En esa época nace la fantasía, que duró muchos años, de abandonar el barrio en circunstancias persecutorias y regresar tiempo después soberbio, extraordinario, convertido en un gran personaje o en un general.

Fantasías sexuales con una maestra, uno de sus primeros amores: "bella, grandota, con una nariz prominente, una mujer preciosa". Luis le depositaba, le introducía en la nariz, —lo que más recuerda de ella— dos o tres nuececitas secas de las cuales nacían hijos de los dos. "Luisa se llamaba, por cierto. Igualito, igualito que mi madre".

Las primeras inquietudes eróticas reales fueron en realidad homosexuales, con un niño del que se decía que era maricón. A los siete años tenía juegos sexuales con las niñas de la vecindad, con las que tenía relaciones rectales (creía, como los demás niños, que esa era la forma natural). Tuvo, a veces, repugnancia de la suciedad (Para Luis eso le preservó, posteriormente, de relaciones homosexuales). Había una especie de promiscuidad sexual entre los niños, sin llegar a mayores, provocada por un ambiente visiblemente

te erotizado. En esa época, Luis sufre una especie de circuncisión natural que le produjo fuertes molestias, solo aliviadas con los cuidados maternos (cremas, fricciones).

La actitud del padre, siempre la misma: ante una amenaza de castigo, tras una travesura, considera Luis seriamente el suicidio: arrojarle al paso de un tren. En último momento desiste, y la imagen angustiada de todo ello queda diluída entre nieblas.

Termina la primaria en una situación crítica: el padre deja de dar dinero y no desea más estudios: Quiere a su hijo de bolero o de aprendiz de mecánico. Hay golpes, hambre. Al fin, sus maestros se interesan por Luis y le consiguen una beca para que continúe los estudios en un internado.

La pubertad.-

A los 11 ó 12 años entra Luis en una vida sexual más activa, "extraordinaria y angustiada". Ahí experimenta su primer orgasmo consciente, que de inmediato le evoca las sensaciones primarias in fantiles. Allí, ante su primera relación más o menos completa, siente el terror de tener que llevarla más allá con el matrimonio. La actividad masturbatoria entra en fase de enorme actividad sin sin que nadie se percate de ello.

Tres años de su adolescencia transcurren en un internado. La primera sensación es de abandono inmenso, ruptura, desamparo. El ambiente de la escuela es "masculino" y brutal. Es necesario defen

derse, golpear, hablar con palabras fuertes. El proceso para asimilarse es duro, pero se logra. "Me hice hombre. Aprendí a defenderme". No sólo eso, sino que encuentra placer en golpear. Se convierte en un alumno brillante, se alimenta bien, hace deportes, dirige un periódico de la escuela. El último año se las arregla para estar fuera del internado unas horas y realizar un trabajo, cuyo producto, casi íntegro, lo entrega a su madre. La angustia de la separación materna ha cedido. Sin embargo Luis recuerda un día amargo, su cumpleaños; sin explicación, su madre y su hermana no lo visitan (después supo que fue a causa de una puñalada que "el hideputa de mi padre la había dado a su mujer en una nalga").

La vida sexual en esa época fue diferente. Una de las actividades predilectas era "gatear", tratar de conquistar a las sirvientas de los alrededores. Nunca llegó a tener éxito. Solo recuerda una pelea erótica con una de ellas, cuya defensa le produjo un intenso placer (actitud que continúa mucho tiempo: la entrega fácil de una mujer enfriaba su entusiasmo; la lucha lo provocaba).

Un recuerdo especial, que tuvo proyección años después, es el de una amiga de su madre: la revive en cuclillas, jugando cartas, mostrando el interior de sus piernas, deseándola a lo largo de varios años. Su muerte accidental le produjo un profundo dolor.

A los 13 o 14 años experimenta Luis el primer amor aunado a urgencia sexual, mezcla de romanticismo y de intentos eróticos.

Fin de la adolescencia. El regreso a la madre.-

Al salir del internado comienza para Luis una época de muy malas relaciones con su padre. Por entonces, éste había dejado de dar dinero a la familia; iba sólo de cuando en cuando a gritar, a imponer órdenes, a golpear. Un día que la madre había cambiado unos muebles de lugar llegó y mandó colocar todo como estaba. Como la madre protestase, la golpeó. Luis no pudo soportarlo y le metió las manos. Su furia era tal, que sintió que podía matarlo. La madre se puso en medio y le pidió al padre que se fuera (Luis reconoce que tenía furia acumulada contra él: la puñalada a su madre, y un intento de explicarle cuestiones sexuales a su hermana, "con intenciones claramente... depredatorias"). En otra ocasión el padre impidió la entrada en la casa a unos amigos de Luis. Al llegar éste y encontrarlos afuera, se indignó. Imprecó a su padre, lo obligó a pedir perdón, a humillarse. Hasta que la madre se impuso: pidió al hijo que se fuera unos momentos y zanjó la cuestión; cuando regresó, ya no estaba el padre y desapareció por mucho tiempo. Después, una vez, encontró a sus padres juntos, solos por la calle, y tuvo la terrible sensación de ser él el rechazado.

Muy joven aún, iniciando los estudios universitarios, se enamora Luis de una vecina. Su dolor no tiene límites cuando descubre que no es virgen. Pero pasa por encima de ello (o cree pasar) y el noviazgo continúa. Los domingos van a un hotel y tienen relaciones sexuales, hasta que ella queda embarazada. Deciden un aborto

to y Luis consigue los medicamentos adecuados. Aparentemente no dan resultado y el embarazo continúa. Él no quiere repetir la foma de actuar de su padre y decide casarse. Consigue dinero para que la novia compre lo necesario: "una cama, una mesa, unas sillas, exactamente igual como había vivido mi madre". Pero unos días después la muchacha había invertido todo en una tetera de porcelana. La indignación de Luis es tan violenta que la boda se cancela.

Por ese tiempo el joven llevaba a cabo sus estudios y tenía un trabajo modesto. Pero se presenta a un concurso y logra una plaza importante con un buen sueldo; en ese momento decide casarse. Actualmente, después de más de veinte años, recuerda conmovido los matrimonios civil y religioso, humildes, pero llenos de ternura. Un mes después nace el hijo.

Las relaciones maritales no son buenas en ningún aspecto. Un día, después de un pleito, encuentra escondidas en un closet las medicinas para abortar. Se siente engañado, frustrado. Abandona para siempre a la esposa y regresa con su madre, "la vieja fijación del mexicano". Muchos meses vive con ella, dedicado únicamente a trabajar y a estudiar. No tiene aventuras y se siente triste.

La vida adulta.-

Luis sale de su indiferencia sentimental cuando se enamora de una compañera de estudios, neurótica y atormentada, con largos

años de tratamientos mentales. A través de ella entra al mundo de las terapias. Las relaciones entre ambos se vuelven tormentosas; la muchacha sufre celos violentos, que la madre de Luis se cuida de propiciar. Un día se queda embarazada. Luis no quiere el hijo, y ella misma busca un médico para abortar. Él se siente muy mal, pero al mismo tiempo cree ser manipulado y no puede tolerarlo. La relación estaba terminada.

Sus ideas han cambiado en algunos aspectos; ya no opina lo mismo sobre el valor de la virginidad, ya busca otras características en las mujeres, ya se reconoce a sí mismo como un neurótico. Todavía lastimado por su última decepción, conoce a una mujer diferente, excepcional; europea, con cultura distinta, independiente, inteligente, culta; varios años mayor que él y tal vez, también, saliendo de algún trauma reciente (reconoce en este caso, como en otros, unos celos retrospectivos que no puede evitar). "Y como buen neurótico, hago una de las peores cosas en mi vida: me caso".

Poco tiempo después, su madre va a vivir con ellos. "Su cariño era avasallador; trataba de tenerme para ella sola. Pero fue im posible romper la relación".

Comienza una temporada de éxitos profesionales. Se recibe con brillantez. Tiene triunfos políticos, económicos, atractivo personal. "Me convertí en botín para las muchachas" (Llego a tener re-

laciones con cuatro o cinco al día). Pero reconoce que no le interesaban personalmente. "Más que nada yo creo en el ejercicio del sexo como un ejercicio de éxito o de poderío". Una época existosa y alocada que recuerda con sentimientos mezclados.

La situación, sin embargo, dentro del hogar, es conflictiva. Han nacido hijos y la esposa está descontenta. "Por disgustos, que yo veía pequeños, había conflictos". Un intento de suicidio de ella impone una solución interna. Cuando la encuentra, un día, desangrándose, se indigna. "Lo que me dolió muy fuertemente fue la angustia de los niños". A ella, "le di un golpe con el puño cerrado como si hubiese sido hombre. Le rompí la nariz y le abrí un labio".

Un tiempo después termina el matrimonio. La esposa tramita los asuntos legalmente. Recibe parte de su salario, se queda con los hijos y deja las cosas de él en la calle. "Para destruir la relación de manera que jamás pudiese repararse".

Posteriormente reanuda su relación con una mujer "muy bella, muy enterá, muy dulce, el tipo que a mí me gusta", Para Luis ha sido la pareja más valiosa, la de mayor respeto. "Fue la primera vez que me sentí casado con alguien". Ella lo ayudó económicamente. Después de un aborto "involuntario" (aparentemente más deseado por ella que por él), tienen un hijo, y es entonces cuando la situación comienza a deteriorarse.

Por entonces Luis había conocido a otra mujer, de tipo tropi-

cal, "flexible, delgada y al mismo tiempo protuberante". "Verla y decir, con ella me acuesto". La buscaba y ella escapaba. Para Luis era un misterio esta atracción irreprimible. Hasta que un día la vió en cuclillas, jugando a las cartas, y se dio cuenta de que era igual a la amiga de su madre amada en la adolescencia.

"Hasta que lo logré, lo logré". Comienza ahí una relación tórrida. Entran juntos a un gran negocio, ganan muchísimo dinero, hacen viajes. Ella quiere que deje a su esposa actual y se casen. Pero Luis no lo desea. Se siente violentamente atraído por ella, pero la desprecia culturalmente. Un día, esta muchacha va a ver a la esposa y le cuenta todo. Luis considera esto una traición y rompe con ella. Pero la esposa ya no quiso continuar con él, y se fue con su hijo.

Luis regresa con la muchacha, y "ya, sin el problema de estar perseguidos" viven con cierta tranquilidad, pero sin que él le perdone su acción pasada. Además ella se ha convertido en el tipo de mujer que tiene siempre que salirse con la suya, y él no lo tolera. Después de un tiempo dejan de vivir juntos, aunque continúan viéndose. Luis ha conocido otra mujer con la cual pretende casarse y se lo anuncia a su mujer. Pero ella se ha quedado embarazada. Eso crea una crisis violenta y una ruptura. Poco después ella aborta (versiones de otra fuente indican que Luis la hizo abortar a patadas). Un tiempo después ella lo invita, lo seduce, y al fin tiene

un hijo que registra a su nombre, ignorando la paternidad de Luis.

El regreso a la situación edípica.-

En la época de su segundo matrimonio, Luis había conocido a una muchacha, hija de una familia rica de provincia, que le había impresionado por su belleza y sus modales y que estaba próxima a casarse, con la cual había tenido varios encuentros llenos de romanticismo. Muchos años después volvieron a encontrarse. A Luis le fascinó su forma de vida, su comportamiento social, tan diferente del de las demás mujeres que había conocido: "el tipo de mujer que espera a que le abras la puerta, porque si no, no se baja del coche".

En un intento de romper con su pasado, Luis decide casarse con ella, en "una boda rumbosa", irse a trabajar a la provincia, y, por supuesto, habitar la casa familiar de ella. Pero lo que había parecido un mundo color de rosa, no lo era tanto. Surgen problemas económicos, familiares, sociales. La "refinada" suegra se le insinúa torpemente; el hermano amistoso es "incestuoso y frustrado". La familia rica abusa de su dinero. El ex marido de la egposa, con excusa de ver a los hijos, reestablece relaciones con ella. Los sirvientes se vuelven intrigantes. Un montón de hijos, primos, sobrinos, originan pleitos familiares. Y todo ello rodeado de un cierto desprecio hacia Luis ("la Sociedad me había estado haciendo chunga, me veían como maricón; y como todo me lo de-

positaban a mí:”)

Dada la situación decide regresar a la capital y convence a su esposa, con ciertas dificultades, de que lo acompañe, para lo cual acude a provocar sus celos, a amenazarla de divorcio (“acuérdate que pocas mujeres tienen la oportunidad de acceder a un segundo matrimonio, justamente después de un primero en esas condiciones”).

Pero antes, con gente alquilada, busca al ex esposo, lo amenaza con pistola, le da una golpiza y le destruye el coche.

(Es interesante una fantasía de Luis sobre los hechos: imagina que el ex marido se casa con su propia madre y que después muere a pedradas en manos de unos pandilleros).

El matrimonio subsiste: “creo haber encontrado la compañera de mi vida”. Una mujer muy dulce, muy entregada, con la que, por primera vez, comparto todos los días el lecho. Luis ha cambiado las actitudes de ella hacia la vida: le ha quitado la voracidad de poseer, el gusto por las supersticiones, ha disminuído su tendencia a manipular.

En una ojeada de retrospectiva, Luis ve ciertas características comunes en las mujeres que han compartido su vida (y en las mujeres, en general); su actitud de “devaluadoras” del hombre y el hombre vengándose de ello, ya sea con golpes, ya sea de otras

formas (actitud, que iniciada por su madre, ha sido una "ley" en sus relaciones posteriores); todas sus mujeres, o han carecido de padre, o han tenido una imagen deteriorada de él. Reconoce que inconscientemente, considera a la mujer como un ser inferior. Tal vez se deba a ello la falta de relaciones con mujeres profesionistas. Además las considera "bastante mulas en general". Por todo ello, su relación constante con mujeres no ha sido resultado de su entusiasmo por ellas, sino una especie de exigencia social, la necesidad de mantener cierta imagen: "Actué un poco forzado para hacerle frente a unas circunstancias de hombría estúpida [...] por que esa es la actitud clásica del macho". La actitud incestuosa del varón con sus hermanas, que ha visto en la familia de su actual esposa, y que reconoce haber sufrido en su adolescencia, la considera normal y característicamente mexicana.

Caso número 2

La figura paterna.-

Juan afirma que actualmente admira a su padre (un hombre muy viejo, pero muy fuerte hoy en día), pero que esto no ha sido una labor fácil, sino un esfuerzo de toda su vida, y cree que ese sentimiento es bastante posterior a su mayoría de edad. El padre tuvo su primer hijo después de los 30 años. Algo después se casó, y la esposa adoptó al niño. Tuvo dos hijos de su matrimonio y casi si-

multáneamente nació Juan, de otra mujer. Juan ha convivido poco con su padre; considera que el más afortunado fue el hijo mayor, porque es el que más tiempo pasó con él. Durante la infancia Juan y su padre apenas se vieron. En la adolescencia éste fue muy duro con él, e incluso reclamaba a la madre de excesiva blandura (lo cual no era cierto). Las relaciones de ambos han sido siempre muy lejanas, pero la figura paterna ha sido enorme para el hijo, sintiéndola de diferentes maneras: como poderío, como amenaza, como culpa, como esperanza.

Los primeros años.-

Cuando la abuela materna de Juan tenía cuarenta y tantos años, tuvo una última hija, extraordinariamente bella, fuera del matrimonio, con un joven que no llegaba a la mitad de su edad. Cuando esta muchacha tenía 13 o 14 años, el que sería el padre de Juan, frisando entonces los 50, la vio y se enamoró de ella. Tras una breve luna de miel nació Juan, y su padre regresó a sus quehaceres. La madre se queda triste, colosa, sin dinero, con el niño delicado y sola. Situación propicia para aceptar las proposiciones de otro hombre, joven, fuerte, enamorado, que se los lleva a los dos primero y más tarde se casa con la muchacha.

Los primeros recuerdos de Juan, muy remotos, (alrededor del año y medio) son de un lugar campestre donde los tres vivían y donde el niño tenía al marido de su madre por su verdadero padre y le

quería como a tal. La vida era muy modesta y un tanto contradictoria: para Juan su "papá" era amable, cariñoso y alegre; sin embargo su mamá siempre lo temía y se refería a él como un ser violento y agresivo. Juan cree que la vida de su madre era difícil: el padrastro, por su trabajo, estaba mucho tiempo ausente, y tal vez involucrado en asuntos oscuros y complicados; la situación económica era precaria, y todo ello en medio de una gran soledad. Tal vez por eso su relación con el hijo era muy tensa y lo golpeaba por cualquier causa. Cuando el niño comenzó a crecer, prometía acusarla con su papá. Y fue entonces cuando ella le dijo que no era su papá.

La joven madre, cansada de su situación, comienza a amenazar al marido con abandonarlo, y después principia a cometer infidelidades. El niño intuye todo esto y siente un profundo dolor, e incluso reacciona a veces contra la mamá.

Juan recuerda con placer las primeras lecturas hechas por su madre de periódicos infantiles. A los cuatro años aprendió a leer, pero prefería que ella le leyera. La adoración que por la figura materna sentía llenaba de magia y de ternura las historias.

La situación entre el matrimonio se fue haciendo más tensa, y un día la esposa regresó con su madre. Allí vivieron madre e hijo, pero la primera enviaba a Juan a ver a su padre. Se encontraban de cuando en cuando como dos desconocidos. El padrastro, mientras, los busca. Pero la esposa ya no lo quiere y le pide el divorcio,

que él niega e insiste en la reconciliación. Todo esto es una época muy dolorosa para Juan.

La separación.-

A los siete años envía su padre a Juan a un internado famoso para que haga la Primaria. Esto deja a la madre desolada, y suplica que no los separen. Pero Juan quiere castigarla, por su comportamiento, aunque el más castigado es él por los años de sufrimiento que transcurrierán allí. Su soledad es inmensa. Llega a sufrir visiones terroríficas, lo maltratan otros niños. Su madre planea un intento de rapto que no llega a llevarse a cabo. Los sentimientos de Juan hacia ella son ambivalentes: aunque la adora, teme vivir con ella por la dureza de su trato y sus desequilibrios de carácter. El niño recuerda con nostalgia a su padrastro, del que tiene noticias muy de cuando en cuando, pero que al fin le da el divorcio a su esposa y desaparece.

Juan, para sobrevivir en el ambiente hostil del internado se va haciendo rebelde y comienza a cometer las faltas por las que lo acusaban injustamente. Ejercita una masturbación activa, iniciado por sus compañeros, con profundos dolores al principio y su único placer es la creación de fantasías, donde es hijo de un padre mujeriego y hermoso al que todas las mujeres quieren, un artista que le guía por sus propios caminos.

La conducta de Juan se hace tan mala que lo cambian a otro internado, militarizado ahora, donde, por lo menos, podía salir todos los fines de semana y pasarlos con su mamá. A su padre no lo veía casi nunca. No sentía nada por él, aunque creía que tenía el deber de quererlo; al mismo tiempo le parecía percibir una profunda hostilidad de su padre por él. (En una ocasión su madre le había dicho que su padre no lo quería, que si se preocupaba por él, era solamente por atraerla a ella).

La adolescencia.-

Juan reprobó todo el curso y le dijo a su padre que no quería seguir estudiando y que prefería ser un ranchero. Así fue, y se quedó un año completo con su madre en el campo. No hizo nada; montaba a caballo, enamoraba muchachas. El padre los visitaba cada quince días, la madre tenía amantes. (Esto parecía no advertirlo Juan entonces; recuerda como le llevaba serenatas con estos hombres. "Yo me cegaba y no sabía por qué lo hacía").

Juan había compartido muchos años la cama con su madre. En una ocasión —lo ha recordado sólo muchos años después— se le acercó con intentos sexuales. La madre se lo refirió al padre, el cual le prohibió seguir en la cama de ella; prohibición que lo llenó de furia; "y eso fue una de las cosas que me alejaron más de mi papá en la adolescencia".

Después de un año Juan se había aburrido del campo y regresó

a la escuela. Esta vez le gustó más; tenía 15 años y fue de los primeros de la clase; se enamoró; escribió poesía que ocultaba cuidadosamente, porque para el ambiente de la escuela eso era cosa de maricones. Se empezó a sentir admirado, a hacerse agresivo. Todo fue mejor durante dos años. Pero pronto comenzaron nuevos problemas; inicia una relación con una empleada de la escuela, viuda, de más de cuarenta años, con la que mucho tiempo sostuvo un "romance apasionado". Para Juan fue solamente una cuestión sexual; al mismo tiempo se sentía enamorado de una sobrina de la señora, de 16 años, para salir con la cual le prestaba dinero la tía y se quedaba llorando. "La tía era mi amante y la sobrina mi novia". Juan se sentía avergonzado de esa relación, así como de la manera en que la señora, que tuvo tres abortos, lo manejaba. El asunto empezó a trascender en la escuela y se creó un ambiente de tensión que culminó un día en que el joven sufrió un ataque que él califica de histérico. Perdió el control de sí mismo, aunque no la consciencia, y comenzó a hablar febrilmente y sin freno delante de sus compañeros que lo rodeaban estupefactos. Todo ello le ocasionó después sentimientos de vergüenza y no quiso continuar en el internado.

El fin de la adolescencia. Se refuerza el conflicto edípico.-

Vivió en una casa de huéspedes, con más libertad, dependiendo de sí mismo, haciendo sus decisiones, escogiendo sus amigos y con menos presiones. Pero carecía de vida familiar. Los fines de sema-

na veía a su padre y rehuía a su madre, enfrascada en sus amantes. Estudiaba el Bachillerato y tenía muchas novias, con las que era muy exigente. Debían ser "dulcecitas, hechas a la medida, quererme mucho y que todo fuera de mi gusto". Casi todas eran bastante mayores que él y tenía prestigio como conquistador.

Comienza por entonces un problema serio de la madre, enamorada de un hombre casado y dispuesta a dejar todo por él. Juan lo presiente y se llena de angustia, que le produce insomnios infinitos. (Él los atribuye a una comunicación telepática entre su madre y él). El padre lo manda llamar y ambos hablan de hombre a hombre: Los dos deben solucionar el problema de la señora. Si se salía con la suya, destrozaría su propia vida y la del hijo. La solución estaría en que madre e hijo se juntaran de nuevo y vivieran juntos, lo cual, en ciertos terrenos, supondría un sacrificio para Juan. Los tres miembros de la familia se reunieron para llegar a un acuerdo: los padres durmiendo en un cuarto, discutiendo largamente por las noches; el hijo en el cuarto de al lado, siempre sin dormir, debatiéndose en una angustia infinita, reviviendo escenas de su primera infancia, entre su madre y su padrastro. Los padres nunca llegaron a nada, pero en el momento en que Juan le propuso a ella vivir juntos, la señora accedió ("nunca me pudo negar nada; mi papá no tuvo el menor éxito").

Madre e hijo pasaron unas semanas en el campo; él, leyendo libros religiosos y tratando de "elear" sus pensamientos; si era

bueno, sería como Dios, o por lo menos como sus discípulos.

Posteriormente regresaron a la ciudad para que Juan continuara sus estudios. Pero su estado mental había sufrido muchísimo. Las relaciones con su madre eran violentas; renunció a sus amigos. Se sentía todo el tiempo a punto de morir; si asistía a algún lugar público (la iglesia, el cine), se tenía que salir por vómitos repentinos. Se indignaba ante la humanidad allí reunida, perversa e hipócrita. No podía comer, sufría constantemente. Con una muchacha que lo perseguía hasta la cama "tenía coitus interruptus, por miedo a todo".

Juan teme seriamente estar loco, y por miedo a ello, se niega a ver a un psicólogo. Sus padres lo llevan con una bruja que comienza a hacerle limpias. Él siente a veces necesidad de verla, de contarle todos sus "pecados", y ella le va extrayendo una confesión completa de su vida, que no tarda en referirle a sus padres. Juan le pregunta a la bruja si será posible hacerse un santo, con el arrepentimiento, la buena conducta y muchos rezos (la bruja advierte a sus padres que se está volviendo loco).

Mientras, Juan termina sus estudios e ingresa en la Universidad. Comienza a cuestionar "las curaciones". Vive en un departamento agradable con su madre. El ambiente de la Universidad le va bien. Conoce a otras gentes y empieza a hacerse un muchacho popular, con fuertes inclinaciones artísticas.

Las relaciones con la madre van siendo muy buenas: "Nos empe-

zamos a conocer más y querer más. Nos emborrachábamos entre los dos y nació una dependencia enorme, de mi madre hacia mi y de mi hacia ella". Al cabo de dos años su estado mental se había estabilizado.

Una nueva relación difícil.-

En la vida de Juan aparece una muchacha extranjera que muestra mucho interés por él, pero que él no comparte. Le parece demasiado espontánea, demasiado abierta; su forma de hablar, grosera. Le molesta que lo persiga, y la corta en muchas ocasiones. Ella se las arregla, en cierto momento, para acostar con él, y "era la mujer más bella que yo había conocido nunca; me volvió loco enseguida". Ahí comienzan unas largas relaciones salpicadas de infidelidades, rupturas, reconciliaciones, pero se van adaptando sexualmente, lo cual no fue fácil, porque Juan se reconoce "agresivo, demasiado libidinoso, sátiro". Después de un tiempo ella regresa a su país y se separan llorando. Meses después ella le pide que haga algo, porque empieza a interesarse por otro hombre. Juan le ordena tomar sus ahorros y regresar con él, y comienzan a vivir juntos. "Fue una cosa terrible, porque tuve que dejar a mi mamá y mi mamá se puso muy mal".

La muchacha queda embarazada y de mutuo acuerdo deciden conservar el vástago. Entre los padres de ella y el de él costean la boda. La muchacha se va a su país y Juan se queda seis meses con

su mamá, "suavizando la partida". Finalmente la señora se va con su mamá y Juan se va a vivir con su esposa. Ha nacido su hija. Su vida en el extranjero es desordenada. La esposa trabaja, él no hace gran cosa. Se emborracha con frecuencia. Los primeros años fueron felices, pero poco a poco la relación se va deteriorando. Juan juega a las apuestas; se acuesta con amigas de la familia y además, ante cualquier queja, amenaza con irse de casa. En cierto momento la esposa se declara harta y le dice que se vaya. Juan se arrepiente, pero la situación ha cambiado y él empieza a sentir una gran soledad. Regresa a México a terminar sus estudios, aunque "era una excusa para ver a mi mamá" y se queda mucho tiempo. La esposa le reclama que vuelva, porque se ha interesado en otro hombre. Juan vuelve, pero las cosas son ya diferentes: las relaciones sexuales son malas, la esposa se ha vuelto fría y cruel en muchos momentos. Él se cansa y lo único que desea es quedarse con su hija. Se separan y comienzan los trámites de divorcio.

Tras varios meses de trámites Juan se declara completamente arrepentido de su comportamiento anterior, y lo que desea es reconstruir su matrimonio.

Su esposa es una mujer sencilla, sin complicaciones; de inteligencia normal, práctica. En los tiempos felices nunca se oponía a nada. "Ella ha repetido a mi madre en muchos aspectos". Juan revive a su padrastro; su relación con su hija es muy semejante a la que aquél tenía con él. Sus problemas con su mujer le llevan

siempre a pensar en los sufrimientos de su hija, similares a los que él experimentó en su infancia. La figura de su madre se proyecta también en la niña: confunde "mi mamá" con "mi hija" frecuentemente. La relación con la niña es bastante edípica, incluso recuerda dos o tres momentos sexuales. Tiene fuertes sentimientos de culpa y compara frecuentemente sus relaciones con su esposa a las de su madre con su padrastro. Contempla su situación actual como un castigo por culpas pasadas, lo cual le produce una sensación de alivio.

Variedad propiamente edípica

Caso número 4.

Los recuerdos de la infancia.-

Hay un marcado interés en José en mostrar el lado positivo de su vida. Todo es "normal", "feliz", "bonito". Sin embargo, después de las primeras entrevistas se puede observar fácilmente una tendencia muy fuerte a la depresión.

La madre fue sin duda el eje de la familia; huérfana desde muy niña, se casó joven con un muchacho desobligado y sin oficio. José la describe como "una señora padrísima": inteligente, ambiciosa, alegre, llorona, extraordinariamente vital, fuerte. "Todo lo que pasaba con mi mamá era apasionante".

El padre era indiferente, alejado; "no dio golpe, bebía; no

fue entusiasta de la familia; nos hizo pasar muchas vergüenzas". Antes de casarse tuvo una amante con la cual terminó, cosa que la madre lamentaba: "así no hubiera tenido tantos escuincles". La amante lo amenazó con brujerías: "Tal vez se cumplieron, porque mi padre no dio golpe desde entonces".

José fue el tercero de cinco hermanos, pero el predilecto de su mamá, a quien se parecía mucho físicamente: "Yo soy mi mamá". La predilección siempre fue muy obvia; José era el modelo a seguir para sus hermanos, el que ocupó "un poquito el papel de papá." Cuidaba a sus hermanos menores, con los cuales se llevaba muy bien.

Se recuerda a sí mismo muy niño, como berrinchudo, "muy hijo de mamita; el niño que llora en el kinder porque su mamá lo deja".

Sus recuerdos más antiguos son dos, uno doloroso, otro agradable. El primero es una fase, para él hiriente, de una tía paterna, que, ante una travesura, lo compara con su madre. El segundo es una aparición de su abuelita, pocos días después de su muerte. José no recuerda si la vio en realidad y si se inventó el relato, pero el hecho es que se convirtió durante un tiempo en el niño ily minado de la familia.

Un hijo modelo:-

José no conoce a nadie que haya sido tan buen hijo como lo fue él con sus padres. Tras hacer la Primaria brillantemente y la Secundaria con tropiezos, estudió una carrera corta y comenzó a

a trabajar bastante joven. Hizo una casa para sus papás, gastaba su dinero en ellos. Cuando sus hermanos se recibieron les regaló un coche a cada uno; ha pagado a todos viajes al extranjero. Y se siente feliz de hacerlo. Cuidó a su mamá personalmente en sus últimos momentos y siente remordimientos por las situaciones en que no fue buen hijo (aunque realmente no las hubo).

Los padres de José vivieron siempre juntos. Sus peleas fueron constantes, sobre todo en los últimos tiempos, pero el hijo piensa que el matrimonio guardaba cierto equilibrio, que un hombre muy autoritario hubiera empañado la figura de la madre. Cuando la señora se quejaba con José, éste le respondía: "Pues dale un tiro y te quitas de líos. Después declaramos que te daba mala vida". Pero si José defendía a su padre, ella se ofendía profundamente. José piensa que en la vida de su madre hubo algo incompleto; su padre era demasiado tranquilo. Le hubiera gustado que su mamá se hubiera enamorado de alguien, que hubiera tonido algún episodio romántico.

La vida adulta.-

Después de trabajar unos años, José continuó con los estudios. Fueron unos años de mucho sacrificio pero que él afirma haber gozado realmente. Trabajaba y estudiaba al mismo tiempo y los estudios universitarios eran duros. Ahora trabaja en una gran empresa, se siente hombre de éxito y goza de mucho tiempo libre.

José afirma no creer en el amor "Me da mucha risa el amor. To dos los que me conocen dicen que yo nunca quise a nadie. El amor existe solo literariamente". Sin embargo tuvo desde bastante joven una vida sexual activa y se siente satisfecho de su capacidad. Al salir de la adolescencia tuvo su primera relación erótica, relación que duró varios años, con una señora que le doblaba la edad. Nunca sintió amor por ella, e incluso, después, tuvo otras amantes al mismo tiempo. En la juventud fueron frecuentes sus amantes, pero nunca las buscó, sino que siempre se le ofrecieron. Le gustaba practicar el sexo, pero sobre todo le hacía sentirse muy bien, que ellas lo disfrutaran. Para él, el coito es una sensación de tibieza, de cobijo.

Su actual compañera, con la que vive desde hace veinte años, fue amiga suya y confidente durante mucho tiempo. Tuvo excelentes relaciones con la madre de José, y ambas se quisieron mucho. "De alguna manera eran como muy igualitas". En una ocasión que la muchacha relataba a la señora un rumor sobre un posible matrimonio de José, ésta dijo: "José sólo se cada con usted". Sin embargo el padre nunca quiso mucho a la muchacha y las relaciones entre ambos fueron extremadamente frías.

José nunca se había dado cuenta de que sentía otra cosa que amistad por la muchacha. Fue ella la que le hizo notar que entre ellos había algo más. Ella tenía un hijo que vive actualmente con los dos, y que José considera casi como suyo, aunque le molesta

profundamente la idea de la paternidad. Cree que entre padre e hijo no debe haber nunca una relación estrecha. Prefiere un padre borrachín y desobligado a uno que se inmiscuya excesivamente en la vida del hijo. Ni el padre ni la madre deben ser "amigos" de sus hijos. Deben darles las armas para que se defiendan en la vida y soltarlos al mundo para que ellos se las arreglen.

José considera que ser mujer debe ser algo terrible. Mucho trabajo, mucha carga social, para un éxito efímero. Aunque la mujer trabaje, tiene todo el quehacer de la casa.

Él ha cambiado: de niño fue arrojado, precoz, seguro. Se creía muy adulto y le gustaba estar con los adultos. Ahora se ha vuelto más indiferente en muchas cosas; sin embargo siguen gustándole los retos, aunque ya no le interesa tanto ser el líder del grupo. De todas formas se siente el jefe de la casa; su mujer no hace nada sin consultarle, tiene "como una obediencia ciega". No le ha sido infiel nunca, y él pocas veces, y sin importancia, "porque yo no lo propicié". Están muy compenetrados sexualmente, "es la perfecta realización conyugal". José se muestra plenamente satisfecho de su pareja.

Caso número 9

La preferencia por la madre.-

El padre de Mario pertenece a una familia de la clase media alta, orgullosa de su posición. Recién terminada su carrera, el hi-

jo regresa de un viaje de estudios casado con una muchacha del campo, muy bonita, pero procedente de un ambiente rústico. La desilusión de la familia no tiene límites; acepta "oficialmente" a la esposa, pero la rechaza totalmente en otros niveles. Este es uno de los primeros recuerdos de Mario: Toma partido, desde que tiene memoria, en forma definitiva, por su madre, lo cual entraña serias dificultades. La familia paterna es muy cohesionada; abuelos y tíos viven muy próximos y, además, son "los fuertes". Ellos tratan de atraer hacia ellos a los niños con toda clase de regalos, desde económicos hasta "de protección". La mayor parte de los hermanos (son siete), sucumbe ante los atractivos, pero no Mario que llega hasta actos de heroísmo con tal de permanecer fiel a su madre. Todo ello produce sentimientos de hostilidad hacia la rama paterna y, en ocasiones, hacia sus hermanos. Mario es el segundo, e indudablemente el hijo preferido de la madre. La predilección del padre no es tan clara: ha prestado más interés y más ayuda a su primogénito, pero se apoya más y tiene mayor confianza en Mario. La personalidad de éste parece un tanto dividida: Físicamente es igual que la familia paterna, pero afectivamente es de la materna.

El ambiente familiar.-

Es una familia tradicional, "más que conservadora". La madre es una mujer "clásica". Es sencilla, franca, a veces manipuladora en favor de los hijos, a los cuales adora. Es equilibrada, compren-

siva, razonable. "Una excelente madre". Apoya a sus hijos en todo, con tal de que sean "hombres de bien".

Mario sintió, durante toda su infancia, una gran cercanía con su madre, pero no con su padre. Culpa, en parte, a ésta de ello, ya que usaba a la figura paterna como la imagen del temor: era el ogro, el ser terrible, el que castigaba. Mario considera que la madre podría haber creado mejor una figura de respeto. Recuerda, que en una ocasión, acusó a su padre (con su madre, naturalmente) de ejercer mal sus funciones como tal, por su alejamiento. La respuesta de la madre fue que él debería ser quien se acercase. Esto Mario lo consideró injusto, pues para él es el fuerte, el poderoso, quien debe acercarse al débil, al necesitado de ayuda. La comprensión, el deseo de contacto, debe partir del grande hacia el pequeño.

Mario profesa un gran respeto hacia sus padres aunque tiene sentimientos ambivalentes hacia ellos, especialmente hacia su progenitor: reconoce en él las virtudes evidentes, honradez, trabajo, responsabilidad ("eso me ha creado una fobia a la responsabilidad"), rectitud (cualidad que puede ser muy relativa, según cómo o a quien se aplique), honestidad. El ideal paterno de organización familiar, es, para Mario característico del "macho": el hombre es lo primero (toma las decisiones, da las órdenes); la mujer en casa, encargada del cuidado de los hijos; éstos, obedientes y respetuosos. Dicho patrón ha sido, en grandes rasgos, la forma en que el padre ha

conducido la familia: ("un hombre de agallas, en resumen").

Infancia y adolescencia.-

Fuera del ámbito familiar, Mario tiene pocos recuerdos de su infancia. Rememora, con desagrado, una escuela particular donde estuvo un año. Fue, posteriormente, el consentido de varias maestras, pero siempre odió la disciplina y fue mal estudiante. De la adolescencia recuerda algún maestro terrible, practicante de una disciplina rígida y agresiva. Constantes problemas y constantes intervenciones de la madre para solventarlos. Epocas muy malas relaciones con su hermano mayor. Dos peleas violentas con compañeros de clase.

Del Bachillerato tiene Mario "amarguísimos recuerdos". No le interesaba la escuela y prefería quedarse en casa o escondido con sus abuelos. Reprobaba materias y se aburría.

En el ambiente familiar se iba haciendo el hermano más fuerte. Se ejercitaba en dominar a los demás. De esta época no recuerda muchas relaciones con niñas. "Mi vida sentimental en relación con las mujeres está muy ligada con mi mamá y con las maestras también". (El padre hacía ciertas insinuaciones, a él y a su hermano, sobre relacionarse de manera particular con muchachas, lo cual le producía bastante incomodidad).

Al fin de la adolescencia hay un noviazgo con una muchacha algo mayor que Mario. Lo único que recuerda con placer de ello son

los besos, en que ella lo inició. Después se aburríó y le dio pe-
reza continuar la relación.

El desarrollo de la masculinidad.-

Mario comienza una carrera universitaria subestimada por su padre. Le gusta y va bien en ella, pero discute constantemente con aquél sobre el futuro de sus estudios y las posibilidades a largo plazo. Al fin, decide abandonarla, aunque actualmente no desecha la posibilidad de terminarla algún día.

Después de unos meses busca un trabajo; comienza, voluntaria-
mente, desde los niveles más bajos. Soporta seis meses de práctica
dura, rodeado de gente desagradable. Pero lo considera positivo pa-
ra su maduración y para lograr la explicación de muchas cosas que
venía cuestionando. A partir de esa temporada, inicia una carrera
ascendente en el mundo de la industria, con éxitos constantes y
puestos destacados. Le gusta su trabajo y se siente bien en él.
Preferiría, desde luego, dedicarse a leer, a viajar, a ver, a ob-
servar, a pensar. Pero puesto que es necesario vivir de un traba-
jo, piensa que el suyo es uno de los mejores a que podría dedicar-
se.

Se considera a sí mismo muy sentimental, y producto de ello -
es uno de los enamoramientos más fuertes que ha experimentado. Fue
breve, pero muy apasionado. Ella era mucho menor que él, casi una
niña. La relación de Mario con ella fue casi paternal, de una gran

posesividad. No puede discernir exactamente lo que le atraía de ella: algo fresco, gracioso, la risa fácil, la coquetería (que, al mismo tiempo, le indignaba), su cuerpo de niña. La relación fue tan intensa y tan avasalladora que no pudo durar, aunque siguió amándola tras la ruptura. Un año después, estando en la cama con una mujer "que no era pública, pero que no era su primera experiencia", tiene la fantasía de que está con ella solo por hastío, y que lo que hace es un pecado de infidelidad. Cree que el amor por su novia terminó definitivamente cuando ella lo buscó para decirle que aún lo amaba.

Las primeras relaciones sexuales completas de Mario fueron con prostitutas, al iniciarse en su trabajo. Él se había sentido muy bien antes, pero no podía comunicárselo a sus compañeros: "En México, un hombre todavía virgen a los 20 años...". Y fue necesario asistir con ellos a prostíbulos, aunque nunca por su gusto, por lo cual lo hizo la menor cantidad posible de veces y no tiene intención de repetirlo.

Ha tenido después una amante muy satisfactoria; de más edad que él, profesionista, inteligente, llena de comprensión. Muy capaz y decidida y al mismo tiempo dependiente y frágil.

Mario está proyectando casarse próximamente. Su futura esposa es bastante menor que él, inteligente, capaz, muy dependiente de él. Afirma desear un matrimonio diferente, donde la mujer lleve una vida activa y tenga sus propios intereses. Desea una mujer

de carne y hueso que sea capaz de ser buena y mala, que sea independiente y dependiente al mismo tiempo; una verdadera compañera que llene su soledad. Intelectualmente detesta la actitud del macho, aunque reconoce que "hay desplantes en mí de macho que no los puedo evitar, por la educación, por el ambiente". El ideal de matrimonio, de una pareja bien avenida, rodeada de varios hijos, es el ideal de Mario. Cuando tenga niños quiere que su esposa se que de con ellos, mientras crezcan, porque opina que es imprescindible junto a ellos la figura de la madre. El padre es necesario como - sustento y como abrigo, pero la madre es la educación, que si falla, anula todo lo demás. La maternidad le parece a Mario la experiencia más hermosa; a él le hubiera gustado mucho poder gozarla físicamente.

Observando a todas las mujeres que han entrado en su vida, Mario reconoce que, aunque físicamente son muy diferentes, esencialmente son bastante semejantes.

Le atraen muchísimo la belleza de las mujeres, "Me gusta voltear cuando pasan, como me gusta un caballo precioso, que volteas y dices, "qué bárbaro, que animalazo, que cuello, que patas, que ancas".

Variedad fálica

Caso número 3.

"Yo no tengo complejo de Edipo ni de Electra".-

Con esta frase inicia Blas las entrevistas. Su casa es un santuario a su mamá. Llama primero la atención un busto de la señora, con una dedicatoria, a la "madre ejemplar". Muchas cosas permanecen en la forma en que quedaron cuando falleció, hace ocho años. Hay retratos de ella por doquier; otro busto, de oro estofado, ha perdido alrededor de la boca el oro: Blas lo besa cada vez que pasa junto a él.

Las entrevistas se inician con un matiz peculiar: es el medio día y Blas se presenta en pijama y batín. Se informa si la entrevistadora está casada y ante la respuesta afirmativa muestra el temor de una aparición del marido provisto de una pistola.

Blas tiene cincuenta y nueve años, pero su aspecto es joven y se ve fuerte: "tengo 30 de aquí para arriba y 30 de aquí para abajo". Es soltero y actualmente vive solo, con unos sirvientes. Es el hijo primogénito de cuatro hermanos. Vivió su primera infancia con sus padres y su abuela paterna, la cual permaneció con ellos hasta su muerte, cuando Blas era adolescente. El niño fue criado "en el calor de la abuelita que usurpó el puesto de mi madre". Aquella fue una dama rígida, muy religiosa, despectiva para su nuera, que trató de hacer fervoroso al niño, lo cual ocasionó ciertos

enfrentamientos con el padre.

El progenitor había sido hijo único y nunca se separó de su madre. Blas lo describe como dominador, jefe de familia con todos sus atributos. "Blanco, recio, fuerte, maduro, rígido y duro". Muy progresista, masón, siempre ocupado en cosas múltiples, entusiasta del deporte. Tuvo otra familia, cuyos hijos llegó Blas a conocer, y todo ello lo mantuvo siempre muy alejado de su hogar. Sin embargo, para su madre y su esposa "era el dios, el eje".

La madre, como la abuela, respondían a "las características de la mujer mexicana de hace cuarenta años: la mujer era un objeto, una cosa, una madre para tener hijos. Ese fue el criterio del ambiente en que crecí".

Blas apenas "conoció" a su madre hasta la adolescencia, hasta la muerte de la abuela: "Digo, conocer en forma íntima, en forma intelectual, moral, social, amorosa". Mientras la abuela vivió, la madre fue su víctima. Después Blas, descubrió el gran amor de su vida: su madre: "para mí, insisto, la transparencia, la flor más fragante, el elíxir [sic] más puro, el perfume más sutil y estrujante, hasta ahora, ha sido mi madre". Como el padre estuvo tan ausente, Blas trató de sustituirlo "en todas sus deficiencias".

Ante el comentario sobre posibles características de su madre, repetidas en las mujeres que ha amado, responde rápidamente: "Yo no tengo complejo de Edipo. Distingo perfectamente entre el sexo y el amor verdadero".

Infancia y adolescencia.-

"La niñez para mí es lo más hermoso de la vida. Mi mamá y mi abuela me hicieron un niño feliz: comer, vestir, leer". Blas piensa, como su madre, que "la única felicidad que tiene uno es la de niño, porque es una felicidad ausente de sexo, de motivaciones".

Hizo sus estudios de Primaria, Secundaria y Preparatoria en colegios famosos, donde siempre fue un alumno brillante. Deportista, tímido con las mujeres, "a quien siempre dejó la iniciativa"; dedicó los fines de semana a recreaciones socio-culturales organizadas por su mamá: excursiones, con gentes preparadas, por los lugares interesantes del país. También recibía frecuentemente en su casa a sus compañeros más brillantes de la escuela, y con ellos discutía temas científicos y culturales.

La vida sexual de Blas comenzó muy temprano: "con las sirvientas, como casi todas las vidas de los chiquitines, y alguna que otra me violó". Recuerda muy bien su primera experiencia, alrededor de los cuatro años, con su nana: la excitación que le produjo el mal olor de su cama, y sus transportes con ella.

Hay otra experiencia, muy posterior, del fin de la adolescencia, que estuvo relacionada con un pleito de Blas con unos pandilleros; gentes de baja clase social trataron de provocarlo, porque era "catrín". Cansado de que lo molestaran, Blas peleó con ellos, y, con su entrenamiento deportivo, los venció fácilmente. Sus contrincantes, por haber sido tan macho, lo invitaron a una

copa y a ir con una prostituta, cosa que hizo, delante de todos, luciendo su capacidad física: la poseyó sin tocarla, "apoyando los brazos en la cama y con movimientos calisténicos".

Realizó, brillantemente, estudios superiores: trabajó, desde joven, con profesionistas notables. Ha ocupado cargos importantes académicos y políticos.

La vida erótica.-

Aunque Blas ha tenido infinitas novias, afirma haberse enamorado sólo seis o siete veces. Pocas de ellas pensó en casarse, por que su idea del matrimonio es bastante negativa. Es, para él, en primer lugar, un contrato, por lo cual lo que cuenta es el dinero, y el amor acaba por terminarse. Le parece difícil encontrar comunidad en la educación, y también adecuarse a los cambios de costumbres (el tránsito de la mujer, desde el seno del hogar a la vida pública). Además, Blas no se ha casado, "porque he sido muy afortunado en el amor y pude aguantar sus embats". Y una causa más: "la felicidad la tenía yo: mi madre, un hogar, y yo tranquilo y sin problemas".

Blas se muestra muy satisfecho de su gran potencia sexual, a pesar de que a veces llegó a asustar con ella a sus novias. Recuerda a su primer amor como el más importante, una muchacha aristócrata muy bonita, con la que estuvo próximo a casarse. Otra novia fue reina de belleza. Una más, "me enseñó a vivir". Otra era "su-

misa, fiel, callada. Tal vez con ella me hubiera casado". A una muchacha, que después de amarlo, se casó con otro hombre, siguió viendola durante un tiempo (Por cierto, que el marido de ella se enamoró de Blas, el cual lo dejó avanzar para ver hasta dónde llegaban las cosas).

Blas conserva fotografías de muchas de sus novias. Son, en general, mujeres notablemente hermosas.

Simultáneamente a estos amores, Blas tenía "tres o cuatro personas más, para mis desfogues sexuales". Sin embargo, no le gustan las prostitutas, que se conquistan inmediatamente por dinero. "Prefiero gastar el doble de dinero y el doble de tiempo con una que sea aparentemente no prostituta".

Blas considera que la vida de su mamá fue de gran sufrimiento. Ambos se querían demasiado y exigían más de lo posible el uno del otro. "Ella me quería tener en una nube rosa y yo la quería tener en el arco iris". La salud de la señora era delicada: padecía gastritis crónica, muy dolorosa, que Blas atribuye a los medicamentos caseros que su abuela le hizo tomar para que pudiera criar bien a los hijos. Viajaron mucho juntos, a pesar de ello, y fueron a Europa varias veces.

Cuando la señora murió, Blas casi enloqueció. Durante mucho tiempo paseó por los lugares más peligrosos provocando a la gente, emborrachándose, buscando la muerte. Un médico y una novia "lo sacaron de la barranca".

Algunas teorías sobre las relaciones humanas.-

Blas establece comparaciones entre el mundo en que vivió su padre y el suyo; el primero era más simple: el hombre en el trabajo, la mujer en casa. En todas las épocas ha habido pecados capitales y grandes virtudes, aunque actualmente aumentan los pecados y disminuyen las virtudes. Los hombres deben caracterizarse por su reciedumbre física, las mujeres por su inteligencia. Las necesidades de ambos son fisiológicas fundamentalmente. El hombre es cínico; la mujer, reservada. Para Blas, la primera motivación que le acerca a la mujer es la atracción sexual. Es un hombre con grandes preocupaciones por la higiene, la salud, la belleza corporal, lo blanco lo moreno; el azteca, limpio, frente al español, sucio. Reconoce vivir en una sociedad guadalupana y matriarcal.

Es una figura bastante susceptible; ante alguna interpretación, reacciona molesto: "Sus saetas no me hieren. Ojalá que fueran saetas de Cupido, o de Venus Afrodita".

El hombre debe de ser agresivo; la mujer es la que abre la puerta, pero hay que darle las oportunidades para que lo haga. Esta agresividad es para Blas un arma de conquista primordial. Cita a un amigo suyo, "que si yo he tenido cien, él ha tenido quinientas". Y lo logra haciéndolas sufrir, "les hace horrores" "A la mujer hay que fajarle y ella te lo agradece". Dicho amigo, con su Cadillac último modelo, es terrible, nadie se le resiste. "Estamos cerca del ocaso y hay que aprovechar la vida". Blas ha cambiado un

tanto sus ideas: antes, cuando había marido, no se metía, "pero ya voy abandonando esos prejuicios".

En la última entrevista lleva consigo una revista totalmente pornográfica y se comporta de una manera infantil: es necesario verla, y detenidamente; no concibe que pueda no resultar interesante.

El fin de la entrevista es algo violento: trata de ejercitar sus teorías de la conquista, lo cual hace necesario terminarla abruptamente.

Caso número 5

Una infancia feliz.-

Raúl nació en el seno de una familia de muy modesta posición económica, que ascendió en la escala monetaria y social a gran velocidad; ya en la adolescencia del muchacho las condiciones de vida eran muy altas, aunque otros acontecimientos vinieron entonces a estorbar la felicidad común.

Los primeros recuerdos de Raúl, alrededor de los dos años, evocan una familia dichosa, constituida por los padres y él, ya que - dos hermanos más nacieron después de que el niño cumplió siete años. El ambiente, una colonia humilde, y una numerosa familia materna - (abuelos, tíos y tías) viviendo en casa contiguas.

Raúl fue amamantado por su madre casi dos años, y a esto atribu

buye su gran amor por ella.

Amos progenitores estuvieron siempre muy preocupados por la educación del niño, tanto física como intelectual. Por ello tuvieron siempre especial cuidado en una excelente alimentación complementada con ejercicio y deportes, más la asistencia a las mejores escuelas. Desde muy pequeño Raúl fue al Kinder; pasó dos años en una escuela extranjera de la que guarda los mejores recuerdos, aun que tuvo que salir de ella por cuestiones de disciplina. Tres años estuvo en la nueva escuela, en la que gozó muchísimo, hizo deporte y aprendió cosas interesantes.

Pero los mejores ratos los pasaba Raúl en su casa y con los amigos que vivían alrededor, jugando, practicando deportes, en los que comenzó a ser muy hábil, y haciendo travesuras. Desde entonces le gustaron las peleas, en las que solía ganar; en una ocasión en que no había sido afortunado y regresó a su casa llorando, su padre lo obligó a salir y a volver a pelear con el niño triunfador. Se acostumbró a vencer el miedo por sí mismo: suponía que el diablo, al que temía mucho, estaba en un armario, hasta que un día armándose de valor y de fe en Dios, abrió violentamente las puertas y le ordenó salir. Al ver que no había nadie, terminaron sus temores para siempre.

Su mejor amigo era un niño retrasado mental, con el que hacía travesuras por los alrededores.

Los padres.-

El padre de Raúl fue una persona de carácter muy fuerte. Había comenzado como artesano y llegó a ser un gran industrial. Durante varios años fue quien llevó la voz cantante en la familia y siempre se hacía lo que él quería. Con su hijo se llevaba muy bien y hacían deporte juntos. Sin embargo era duro con él. En una ocasión que Raúl se quejó de una maestra que lo había golpeado, el señor fue a reclamarle; delante de la maestra, que lo presionaba para que negara el hecho, Raúl tuvo miedo y lo negó. Cuando llegaron a la casa, el padre azotó al hijo; le dijo que sabía que tenía razón, pero que lo castigaba por el temor que tuvo de enfrentarse a la maestra: "Los hombres no se hacen así". Durante las vacaciones y los fines de semana, el padre enviaba a Raúl a trabajar, barrriendo la tienda de su abuelo. Raúl considera actualmente que su padre lo educó muy bien: le dejaba cierta libertad, "pero estaba atrás de mí".

El padre había sido siempre un hombre muy mujeriego. Tiene hijos con otras dos mujeres. Cuando Raúl era adolescente se divorció de su madre para casarse con su secretaria, muchos años menor que él. Esto fue un golpe terrible para el hijo, que estaba muy unido a él, y que, en un principio, no admitió la separación. Fue varias veces a reclamar a la señora, la insultó violentamente, pero todo fue en vano. Actualmente tiene bastante contacto con su padre, sobre todo por los negocios, pero alberga un gran resentimiento ha-

cia él.

La madre es una persona profundamente religiosa, protestante, como toda su familia, religión que se le impuso a los hijos. "Es la mujer que sabe dar". Es sacrificada. Fue la mayor de varios hermanos. Durante la adolescencia se dedicó a pintar, pero tuvo un problema en una mano y ya no siguió. Actualmente reprocha a su madre de no haberla animado a que continuara y de no prodigarle suficientes cuidados. Su gran amor, en el presente, es Raúl, y también el modelo a seguir. Es una persona simple, sin gran cultura. Muestra un profundo desprecio por los estudios universitarios y critica a la gente joven, que lo que busca es "un papelito", en lugar de ponerse a trabajar. Hace varios años estableció una pequeña boutique donde pasa la mayor parte de su tiempo y donde la visitan sus amistades. Todas las noches van a buscarla sus hijos para llevarla a la casa. Con su exmarido ha conservado contacto. Habla de él con afecto, y le consulta si tiene que tomar alguna decisión.

Otro adulto mujeriego.-

Raúl fue mal alumno en los estudios secundarios. Lo expulsaron de algunas escuelas; en cierta ocasión, por una violenta pelea, en la que rompió los dientes a su contrincante. Los estudios no le interesaban mucho; prefería dedicarse a los deportes, y, ya, a las mujeres. Pensó en casarse con su primera novia y, como apenas esta

ba saliendo de la adolescencia, la familia determinó mandarlo al extranjero. Pasó dos años fuera de México; se divirtió; aprendió; conoció gentes de todo tipo; tuvo una amante varios años mayor que él, mujer de profunda cultura, de la cual obtuvo un sin fin de conocimientos, y, finalmente, sintiéndose más maduro, regresó.

Pocos meses después se casó: había embarazado a una muchacha muy jovencita, y el matrimonio se impuso. Por supuesto, fue un fra caso. Raúl quería terminar sus estudios de Bachillerato y entró a la Universidad. Tenía novias todo el tiempo, se llevaba mal con su esposa, llegó a golpearla en público. Nació un niño que no parecía importarle mucho. Conoció a una muchacha con la que planeaba casarse, y se divorció al poco tiempo.

Al terminar la carrera universitaria tuvo la opción de ejercerla o trabajar en los negocios de su padre; hizo un poco de todo, aunque finalmente se dedicó a las finanzas.

Conoció a una muchacha varios años menor que él, de familia intelectual y educación refinada, y estableció con ella un largo noviazgo formal. Casi con engaños logró tener relaciones sexuales con ella. Sin embargo siempre tuvo otras mujeres, lo cual nunca lo ocultaba, más bien se ufanaba de ello. En una ocasión en que su no via le reclamó una larga espera, le respondió que había sido a causa de una mujer "que le demostró que ella no tenía sangre". El noviazgo fue complicado; cada vez que peleaban, él se iba con

otras mujeres, aunque sin embargo exigía absoluta fidelidad de su novia. Finalmente la relación terminó, y poco tiempo después Raúl se casó con otra mujer. De ella dice que "poco a poco se va ganando mi cariño"; es un matrimonio sin pasión.

Raúl está satisfecho de su físico. Le gusta vestir bien, llevar una vida holgada, en todos sentidos. Se siente contento de sí mismo, pero en especial de sus capacidades sexuales. Cree que es capaz de quitarle la frigidez a cualquier mujer. Su aspecto es calmado y amable, pero en realidad es bastante agresivo, posesivo y dominante, y puede llegar a perder el control de sí mismo con bastante facilidad. En general desconfía de la gente, por lo que trata de obtener siempre ganancias de los demás. Nunca se siente en deuda con nadie, aunque sin embargo considera que los que lo rodean están en perpetua deuda con él.

Discusión

En los individuos clasificados como fálicos y preedípicos (1, 2, 3, 5, 6, 7 y 8) se ha podido observar cómo la situación triangular presentaba matices defectuosos. Por motivos diferentes, la figura del padre estaba ausente o era motivo de profunda hostilidad. En todos ellos se han advertido características machistas. Los sujetos propiamente edípicos (4, 9 y 10), donde la figura del padre ha tenido más estabilidad, parecen más capacitados para sostener una relación de pareja, y los aspectos machistas están muy aminorados.

Como Freud había señalado (Cfr. p. 18), para que el Complejo de Edipo se resuelva es necesario que el niño abandone la carga de objeto hacia la madre y que intensifique su identificación con el padre, lo cual sería el resultado normal. Es decir, el hombre normal es el que ha aprendido a dominar su Complejo de Edipo; el que permanece envuelto en él, es el neurótico (Cfr. p. 15). La desaparición del Complejo es lo que permitiría una identificación con el padre y también con la madre. De los diez casos estudiados, sólo uno ha llegado a una identificación paterna bastante completa, pero parcial con la madre. Los otros dos casos edípicos (4 y 9) han tenido en cuenta la figura paterna, pero ha sido más importante la materna, es decir, hay un desequilibrio en las identificaciones.

El padre, como elemento represivo, origina el superyo, el cual conserva el carácter del padre y es una conciencia moral que producirá sentimientos más o menos inconscientes de culpabilidad (cfr. p. 20). Un ejemplo evidente de ello es el caso número 2; su identificación paterna, en la etapa edípica, se ha llevado a cabo con un hombre del que descubre, después, que no es su padre real. El conocimiento de la existencia de éste tiene lugar en la fase del nacimiento del superyo, por lo cual es con él con el que se identifica dicha instancia. Nace con ello su conciencia moral que le obliga a aceptar al padre verdadero, aunque sus afectos estén dirigidos hacia el primero. Todo ello, causa de conflictos posteriores y de sentimientos de culpa hacia ambos padres.

Cuando las madres perciben la excesiva atracción del hijo por ellas, su reacción es alejarlos (cfr. pp. 24-25) o amenazarlos con quitarle aquello que le produce placer, lo mismo que cuando descubren la masturbación. Pero no son ellas las que llevarán a cabo ese cometido, sino el padre temido. Los resultados de ello son una actitud pasiva u hostil hacia el padre, excesiva dependencia hacia la madre (que después se trasladará hacia la esposa), represión de las vivencias (lo que producirá una vida sexual inhibida y desintegración en impulsos mutuo-antagónicos) y una amenaza cultural: la pérdida de la inteligencia. El miedo a la castración tiene efectos posteriores decisivos en el caso número 10, el cual busca caminos superiores para salvarse de las consecuencias de "su peca-

do" y del miedo a perder la inteligencia (entrar en religión), con lo cual, al mismo tiempo, se somete a los deseos de su madre. El temor-hostilidad hacia el padre, manifestado por la mayor parte de los informantes, procede, probablemente, de la etapa masturbatoria, y coincide con la aceptación de las exigencias maternas.

Todos los casos, en la pubertad, han evidenciado disociación de los impulsos (en tiernos o sentimentales y sexuales, cfr. p. 26). Todos han buscado objetos para desahogar sus instintos sexuales mientras que han conservado un lugar idealizado, para el objeto que debe permanecer "inmaculado". Así, el valor de la virginidad, para algunos; el desprecio por las mujeres "fáciles", de otros, o el amor a la madre, como el único "ideal", para algunos más. También se puede observar, en la misma época, la elección incestuosa de objeto, (cfr. p. 31) en la mayor parte de ellos. Elección, que, en muchos de los casos, no ha quedado como privativa de la pubertad, sino que se ha llevado a cabo en la época adulta también (véan se casos 1, 2, 4, 5). Los rasgos infantiles consecuencia de esta actitud, (es decir de la no liberación de conductas psico-sexuales infantiles), que determinan la neurosis, han podido encontrarse en los diez individuos entrevistados. Nueve de ellos no se han desligado de los deseos libidinosos hacia la madre, no han olvidado la hostilidad hacia el padre ni se han emancipado de su tiranía. Han quedado, pues, atrapados en la neurosis edípica.

La vida erótica, en la mayoría de los sujetos, esta disociada

también; si aman a una mujer no la desean y si la desean no pueden amarla (cfr. p. 34). Es necesario, pues, que el objeto sexual sea degradado para que produzca un intenso placer (el caso número 1 ejemplifica claramente esta situación; también el caso número 3, para el cual, incluso la suciedad que desprecia, puede ser un atractivo sexual). De esta manera, el impulso primitivo, que ha sucumbido a la represión, es reemplazado por una serie de objetos sustitutos, ninguno de los cuales satisface por completo. De ahí la inconstancia en la elección de objeto, el "hambre de estímulos". (cfr. pp. 35-36). En ocho de los casos aquí observados, se puede advertir la frecuencia en los divorcios o la inestabilidad en los noviazgos, que se repiten sin permanencia. Para Abraham, el donjuanismo no tiene las mismas características, y el cambio constante de objeto se debe a la decepción que ocasionó en el niño la primera mujer que conoció, su madre (cfr. p. 88). Las actitudes donjuanescas que este autor señala (incapacidad de amar, búsqueda de la mujer únicamente por su atractivo sexual, placer por la conquista agresiva), se han presentado en siete de los informantes.

La situación maníaca, en la que el sujeto celebra su triunfo sobre el objeto que amó y después abandonó, se ha producido también en casi todos los casos. El superyo se ha retirado y ello crea una sensación placentera. Al volver la libido hacia el mundo exterior se produce un incremento de deseos orales que se traducen en fuertes deseos exóticos, pero este placer está acompaña-

do del deseo de expelerlos tan pronto como los recibe (cfr. p. 44).

El deseo de dominio del objeto, característico de los pacientes obsesivos (como no pueden amar completamente, porque su libido está aún ligada al objeto primitivo, truecan el amor en posesión. (cfr., p. 45) se ha advertido más o menos fuertemente en todos los sujetos.

La "fase femenina" de Klein: el deseo de tener hijos y los celos de futuros hermanos (cfr. p. 47), se ha podido detectar sólo en un informante, pero casi todos ellos han mostrado una gran agresividad y conductas antisociales en la infancia, que proceden de la misma fuente.

Ciertas características de la "adolescencia prolongada" (Blos, pp. 66-67), intentos violentos de tener éxito, falta de afirmación, de autocrítica, optimismo inflado, fantasías gratificadoras e, incluso, pensamiento mágico (neutralizadores de las frustraciones), han aparecido con frecuencia en determinados períodos de la vida de los informantes. Como ya se ha visto, varios de ellos han sido primogénitos y otros, predilectos de la madre, y son los deseos maternos los que originaron los sentimientos de omnipotencia. Sin embargo los celos, característicos del individuo que necesita seguir conservando su posición única y que no tolera compartir su objeto, no se han presentado de manera excesiva. El caso número 1 ha sentido celos retrospectivos y los casos 2 y 5 los han experimentado de manera aparentemente no patológica.

En dos sujetos se ha podido evidenciar una cierta tendencia al alcoholismo (1 y 2, no en los restantes). En ambos se ha iniciado en la edad adulta, y no parece relacionado con problemas de masculinidad (cfr. p. 71) sino más bien como escape en épocas de dificultades, de lo que no han podido liberarse completamente después.

En cuanto a la relación de los casos aquí estudiados con las descripciones de la familia mexicana realizadas anteriormente, (cfr. cap. V) se pueden observar coincidencias, que se dan en ciertos ca sos, aunque no como constantes. La caracterización de S. Ramírez de la familia, como "exceso de madre y ausencia de padre" (cfr. p. 94) se ha dado en siete de los diez casos. En los tres restantes el padre está claramente presente, aunque en dos de ellos como la figura autoritaria e impositiva, vista, por ello, como hostil. Sólo en un caso, el padre, no muy visible en la infancia, reaparece en la pubertad como personaje de apoyo y comprensión. Pero en los diez elementos estudiados la madre ha sido la que ha permanecido ligada a los hijos estrechamente, frente a un padre más o menos ausente y más o menos desconocido.

En seis de los casos ha sido evidente la admiración por lo mas culino y el desprecio por lo femenino. En uno de los cuatro restantes no se ha concretado, pero tal vez está implícita en una ag titud protectora hacia la mujer o en la admiración por sus cualidades físicas. En los demás no se advierte consciencia de que sien tan lo masculino como superior. Sin embargo, en la educación -

social (escuelas primarias y secundarias) a que han asistido todos los informantes, sí se puede observar una tendencia a la exaltación de los valores considerados como masculinos, temeridad, valor, agresividad y, sobre todo, competencia. En relación con ello se han producido, también en casi todos los casos problemas en el área de la autoridad y de la disciplina.

De los seis informantes que tienen hijos, sólo uno permanece con ellos. En el caso de cuatro, divorciados, los hijos viven con la madre y, en distinta medida, tienen poco contacto con ellos. Uno ha tenido hijos con dos mujeres solteras, a las cuales no ve. Como puede advertirse, el problema de la ausencia del padre se hará también presente en parte de la nueva generación. Varios sujetos han manifestado que tanto la necesidad de exhibirse con mujeres como el mostrar que se han tenido hijos, es una exigencia social, una manera de defender una postura en un medio que lo impone.

La posición de la madre como sumisión negociada (cfr. p. 98) ha sido evidente en siete de los casos. Pero en tres, se ha mostrado como una figura fuerte que incluso ha opacado a la figura paterna. En dos de estos tres casos el padre ha permanecido dentro del hogar, aunque como una figura evidentemente devaluada, lo cual ha impedido la identificación del hijo con él. La imagen materna, como hembra castradora, ha sido evidente: los dos hijos de estas familias ofrecen un carácter indefinido (uno de ellos con

atracción por las relaciones homosexuales), con tendencia a una posición pasiva y sumisa. En el tercer caso, la imposición materna ha sido temporal y la reaparición del padre (por lo menos en el mundo del sujeto) ha equilibrado las fuerzas.

Los cuatro puntos señalados por Rogelio Díaz-Guerrero con indicios de un Complejo de Edipo no resuelto, y consecuencia, por tanto, de neurosis (cfr. pp. 91-94) se produjeron de una manera desigual en nuestros informantes. La ansiedad por la potencia sexual fue clara en siete casos (en tres no se reflejó, lo cual no significa que no exista): el conflicto entre el rol matriarcal y el sexual —con matices muy diferentes—, se presentó en ocho casos; la dependencia femenina (no materna) ha sido difícil de aquilatar; tal vez la más fuerte se ha reflejado en el más joven de los informantes, el que ha tenido, al mismo tiempo, relaciones homosexuales. En cuanto al punto cuarto, los problemas en el matrimonio ocasionados principalmente por la interferencia materna, no parecen evidentes en los cuatro individuos que viven actualmente en situación de pareja. (Coincido con Díaz Guerrero en la validez de los cuatro puntos mencionados, pero los considero, también excesivamente tajantes. En el caso, por ejemplo de los diez individuos estudiados aquí, por tratarse de personalidades muy elaboradas, la situación es muy sutil y no es posible responder con un "sí" o un "no" al cuestionamiento suscitado por dichos puntos. Es por todo ello por lo que no se pudo trabajar a base de tests, los cuales hubieran

proporcionado siempre respuestas ambiguas que dejarían muchos matices en la oscuridad).

Conclusiones

El carácter definitivo de cada individuo depende de la historia de su Complejo de Edipo. Si fracasa en su disolución, tendrá una marcada perturbación de carácter.

Se puede considerar hombre normal el que ha aprendido a dominar su Complejo de Edipo; el que permanece envuelto en él será víctima de la neurosis.

En los diez individuos aquí estudiados existen características, más o menos marcadas, de que el Complejo de Edipo no ha sido plenamente disuelto.

La clasificación realizada en este trabajo revela que los individuos fálicos y pre-edípicos son los que resolvieron la situación triangular de manera más defectuosa.

Los individuos clasificados como propiamente edípicos, en los que ha estado más presente la figura paterna, parecen más capacitados para sostener una relación de pareja y su estado general es más estable.

Los diez casos estudiados aquí han evidenciado, en la pubertad, disociación entre los impulsos sentimentales o tiernos y los sexuales.

De esta manera, han reservado el lugar idealizado para el objeto primario, la madre, lo cual se ha demostrado en su valoración de la virginidad, el desprecio por las mujeres que los atraen sexualmente, o el rechazo al matrimonio.

Como consecuencia de conductas psicosexuales infantiles no resueltas (especialmente la elección incestuosa de objeto), pueden rastrearse en la edad adulta rasgos infantiles determinantes de neurosis.

Nueve de los sujetos estudiados no han podido desligarse de los deseos libidinosos hacia la madre ni han podido vencer, más o menos completamente, la hostilidad hacia el padre; permanecen, pues, atrapados en el núcleo edípico.

Lo anterior se ha traducido en una disociación de la vida erótica, que en algunas ocasiones ha tenido como resultado una fuerte atracción por objetos sexuales degradados.

Como el impulso primitivo de estos individuos ha sido reprimido, una serie de objetos sustitutos se ha establecido en el lugar del primero, ninguno de los cuales es plenamente satisfactorio. De ahí la inconstancia en la elección de objetos, la necesidad de estímulos constantes.

En la condición maníaca, el sujeto se sacude el yugo del supero yo, y celebra su triunfo sobre el objeto que en otro tiempo amó y que después abandonó. Ello le produce sensación de libertad a la que se entrega con frenesí; vuelve su libido al mundo exterior e incrementa sus deseos orales. Se caracteriza por sus fuertes deseos eróticos, pero tan pronto devora nuevas impresiones como las expelle.

Cuando la libido se queda ligada al objeto primitivo, surge el deseo del dominio de dicho objeto, y el amor se trueca en posesión.

Los celos son característicos del individuo que necesita conservar su posición única y que no tolera compartir su objeto.

La definición de la familia mexicana dada por S. Ramírez ("exceso de madre y ausencia de padre") se ha dado en la mayoría de los casos aquí estudiados.

La paternidad y el ser hombre de muchas mujeres, no son valores deseados profundamente, sino exigencias sociales para lograr la fachada admirada por los demás.

El equilibrio de las figuras paterna y materna es muy escaso; por lo general es la primera la que se impone, pero en ciertas ocasiones la segunda se convierte en el elemento fuerte. En ambos

casos los resultados son negativos.

El "macho" ha sido definido como un hombre ni fuerte ni valiente que oculta sus sentimientos de minusvalía tras una fachada de omnipotencia y superioridad; un ser que desprecia a la mujer pero que vive obsesionado por las mujeres. Todas sus actitudes son un intento por ocultar su realidad interna, que sólo él cree conocer.

El machismo es, por lo tanto, el resultado de un Complejo de Edipo no resuelto y una forma de neurosis. ("La petulante coquetería de masculinidad del neurótico": Abraham).

El Don Juan tiene prácticamente las mismas características que el "macho"; la diferencia radica en la clase social a que ambos perteneczan.

El machismo no es una característica privativa de la sociedad mexicana; con distintos matices pero con los mismos rasgos fundamentales puede encontrarse en otras muchas sociedades.

BIBLIOGRAFÍA.

- Abadi, Mauricio, El renacimiento de Edipo, Editorial Nova. Buenos Aires, 1960.
- - "Meditación sobre el Edipo", en Revista de Psicoanálisis, 34, 1977. pp. 211-289.
- Abraham, Karl, Contribuciones a la teoría de la libido. Editorial Paidós. Hormé. Buenos Aires, 1973.
- - Psicopatología y sexualidad. Hormé. Paidós. Buenos Aires, 1973.
- Adler, Alfred, El carácter neurótico. Paidós. Buenos Aires, 1965.
- - Psicología del individuo. Paidós. Buenos Aires, 1967.
- Alatorre, Antonio, "El idioma de los mexicanos", en la Revista de la Universidad de México, X, (1955-56), núms. 1 y 2.
- Alexander, Franz, Psiquiatría dinámica. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1978.
- Aramoni, Aniceto, Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo (México, tierra de hombres). B. Costa-Amic, Editor. México, 1965.
- Artaud, Antonio, México. UNAM, México, 1950.
- Arreola, Juan José, Confabulario y varia invención, F.C.E., México, 1950.
- Bachofen, J. J., Myth, Religion and Mother Right. Princeton University Press, 1967.
- Barzini, Luigi, The Italians. Penguin Books, Middlesex, England, 1968.

- Bejar Navarro, Raúl, El mito del mexicano. Editorial Orientación, México, 1971.
- Bender, L., "Schizophrenia in Childhood - Its Recognition, Description and Treatment", en American Journal of Orthopsychiatry, 26 (1956), 499-506.
- Bender, L., A. H. Maslow y otros, Trastornos mentales y emocionales. Paidós. Buenos Aires, 1965.
- Benedek, Th. y M. W. Gerard, Psicoanálisis del desarrollo y de las perturbaciones de la personalidad del niño. Paidós. Buenos Aires, 1967.
- Bermúdez, María Elvira, La vida familiar del mexicano. Colección México y lo mexicano, n° 24. Antigua Librería Robredo, México, 1955.
- Blos, Peter, "Prolonged adolescence: The formulation of a Syndrome and its Therapeutic Implications", en American Journal of Orthopsychiatry. Vol. XXIV.
- - Psicoanálisis de la adolescencia. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1971.
- Bowlby, John, "The Nature of the Child's tie to his Mother", en The International Journal of Psychoanalysis, 34, 1958, pp. 350-373.
- Braunstein, Nestor A., "Acerca del Complejo de Edipo". Ponencia leída en el Congreso del Centro Psicoanalítico de Psicoterapia y Orientación. México, D. F., 15 de octubre de 1983.

- Braunstein, Nestor A., Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis, Siglo XXI. México, 1980.
- Breese, Gerald, La ciudad en los países en vías de desarrollo. Editorial Tecnos, Madrid, 1974.
- Breuer, Josef, Contribución a los "estudios sobre la histeria". Siglo XXI. México, 1976.
- Campo Urbano, Salustiano del, La familia española en transición. Ediciones del Congreso de la familia española. Madrid, 1960.
- Caruso, Igor A., La separación de los amantes. Siglo XXI, México, 1982.
- - Psicoanálisis dialéctico. Paidós. Buenos Aires, 1965.
- Cronbach, L. J. y P. E. Meehl, "Construct validity in Psychological tests", en Psychological Bulletin 1955, 52, pp. 281-302.
- Crow, L. D. y otros, Conducta adaptada. Paidós, Buenos Aires, 1965.
- Delhumeau González, A., Los mexicanos frente al poder. IMEP, México, 1958.
- Díaz-Guerrero, Rogelio, "Neurosis and the mexican family structure", en American Journal of Psychiatry, 112: 411-17, 1955.
- Erikson, Erik H., Infancia y sociedad. Horme. Paidós. Buenos Aires, 1970.
- Feder, Luis, "Adoption trauma: Oedipus myth/clinical reality" en The International Journal of Psycho-Analysis. Vol. 55, Part. 4, 1974. pp. 491-493.

- Fenichel, O.. The Psychoanalytic Study of Child. International University Press, N. York, 1945.
- Ferenczi, S. Sex in psychoanalysis. Richard G. Badger, Boston, 1916.
- - Further contributions to the theory and technique of Psychoanalysis. The Hogarth Press, Ltd. Londres, 1926.
- Frankl, V. E., Psicoanálisis y existencialismo, F.C.E., México, 1950.
- Freud, Sigmund, El tema de la elección de un cofrecillo, en Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, T. II.
- - El tabú de la virginidad en Obras Completas, T. VII.
- - El "yo" y el "ello", en Obras Completas, T. III.
- - Esquema de psicoanálisis, en Obras Completas, T. III.
- - La disolución del Complejo de Edipo en Obras Completas, T. III.
- - La interpretación de los sueños, en Obras Completas, T. I.
- - Lecciones introductorias al psicoanálisis, en Obras Completas, T. II.
- - Los orígenes del psicoanálisis, en Obras Completas, T. III.
- - Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis, en Obras Completas, T. III.
- - Psicoanálisis del arte. Alianza Editorial, Madrid, 1973.

- Freud, Sigmund, Psicoanálisis y teoría de la libido, en Obras completas, T. III.
- - Psicología de las masas y análisis del yo, en Obras Completas, T. III.
- - Sobre una degradación general de la vida erótica, en Obras Completas, T. II.
- - Teoría general de las neurosis, en Obras Completas, T. II.
- - Totem y tabú, en Obras Completas, T. II.
- - Tres ensayos para una teoría sexual, en Obras Completas, T. II.
- - Un recuerdo infantil de Goethe en poesía y verdad, en Obras Completas, T. III.
- - Una experiencia religiosa, en Obras Completas, T. III.
- Fromm, Erich, Anatomía de la destructividad humana. Siglo XXI, México, 1975.
- - La crisis del psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 1970.
- - The sane society. Rinehart & Company Inc., N. York-Toronto, 1955.
- Fromm, Erich, Max Horkheimer, Talcott Parsons y otros, La familia. Editoriales Península. Barcelona, 1972.
- Fromm, Erich, y Michael Maccoby, Social character in a mexican village. Prentice Hall, inc. Englewood Cliffs, N. Jersey, 1970.

Goertzel, Victor & Mildred George Goertzel, Cradles of Eminence.

Constable, London, 1965.

Gómez Robleda, José, Imagen del mexicano. Secretaría de Educación México, 1948.

- - Psicología del mexicano. UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales. México, 1972.

González Pineda, Francisco, El mexicano; su dinámica psicosocial. Editorial Pax, México, 1959.

- - El mexicano, psicología de su destructividad. Editorial Pax, México, 1961.

González Pineda, Francisco y Antonio Delhumeau, A., Participación y cultura política de los mexicanos. Un ensayo de interpretación. Instituto Mexicano de Estudios Políticos, A. C. (Edición preliminar de circulación restringida al Consejo Directivo y su comisión científica interdisciplinaria y a los investigadores del Instituto), México, 1970-1976.

Guarner, Enrique, "Comentarios a El renacimiento de Edipo". Ponencia leída en el Congreso del Centro Psicoanalítico de Psicoterapia y Orientación. México, D. F., 15 de octubre de 1983.

- - "Lack of Timing and Ejaculatio Praecox", en International Journal of Psychoanalytic Psychotherapy. Vol. 6, 1977, pp. 315-322.

- - Psicopatología clínica y tratamiento analítico. Editorial Porrúa. México, 1978.

- Guarner, Enrique, "Some thoughts on the Symbolism of Bullfights", en The Psychoanalytic Review, Vol. 57, n° 1, 1970, pp. 18-28.
- Gurvitch, Georges, Los marcos sociales de conocimiento. Monte Avila, Caracas, 1969.
- Hinojosa, Armando, Análisis psicológico del estudiante mexicano. La Prensa médica mexicana, México, 1967.
- Holstiwith, Ole R. and Joanne K. Loomba and Robert C. North, "Content Analysis", en Handbook of Social Psychology, Vol. II.
- Holtzman, Díaz-Guerrero, Swartz, Desarrollo de la personalidad en dos culturas: México y E. U. Trillas, México, 1975.
- Horkheimer, Max, "La familia y el autoritarismo", en Fromm et al., La familia.
- Horney, Karen, La personalidad neurótica de nuestro tiempo. Paidós, Buenos Aires, 1974.
- - Neurosis y madurez. Editorial Psique, Buenos Aires, 1973.
- Illingworth, R. S. and C. M. Illingworth, Lessons from childhood. E. & S. Livingstone Ltd., Edinburgh and London, 1966.
- Inkels, Alex, and Daniel J. Levinson, "National character: The study of modal Personality and Sociocultural Systems", en Handbook of Social Psychology. Vol. IV.
- Iturriaga, José E. La estructura social y cultural de México. F. C.E., México, 1951.

- Jung, Carl, Two Essays on Analytical Psychology. Mead and Co., N. York, 1928.
- Klein, Melanie, El psicoanálisis de los niños. Hormé, Buenos Aires, 1964.
- - Psicoanálisis del desarrollo temprano. Hormé. Paidós. Buenos Aires, 1974.
 - - Relato del psicoanálisis de un niño, Paidós, Buenos Aires, 1961.
- Kohut, Heinz, Análisis del self. Amorrortu, Buenos Aires, 1971.
- Lacan, Jacques, Las formaciones del inconsciente. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.
- Laing, R. D. El cuestionamiento de la familia, Paidós, Buenos Aires, 1971.
- Lebovici, S.. "Une observation de psychose chez l'enfant. Étude des mecanismes de défense psychotique". Conferencia del 20-12-55. En Evolution psychiatrique, 1958 (N. 204).
- Levy, David M., Maternal overprotection. Columbia University Press, N. York, 1945.
- Lewis, Oscar, Antropología de la pobreza. Cinco familias. F.C.E., México-Buenos Aires, 1961.
- - Los hijos de Sánchez. F.C.E., México, 1965.
- Masotta, Oscar, "Edipo, castración, perversión" (Tres lecciones). Tres clases dictadas en la Cátedra de Psicopatología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

- (del 2° cuatrimestre de 1972 al 1° de 1973).
- Marañón, Gregorio, Don Juan. Espasa-Calpe, Madrid, 1967.
- Meade, Margaret, Male and Female. Penguin Books, Great Britain, 1958.
- Millon, Theodore, Psicopatología y personalidad Interamericana, México, 1974.
- Mitchell, J., La condición de la mujer. Extemporáneos, México, 1974.
- Moreleón, Angelina, "Algunas formas del valor y de la cobardía en el mexicano". en Filosofía y Letras, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, T. XXIII, núms. 45-46, enero-junio 1952, pp. 165-174.
- Myrdal, Gunnar, La objetividad en la investigación social, F.C.E., México, 1970.
- Nacht, S., La psychanalyse d'aujourd'hui. P.U.F., Paris, 1956.
- Nicolet, Claude, et al., Niveles de cultura y grupos sociales. Siglo XXI, México, 1977.
- Parsons, Talcott, "La estructura social de la familia" en Fromm et al., La Familia.
- Paz, Octavio, El laberinto de la soledad. Cuadernos americanos, México, 1950.
- Ramírez, Santiago, El mexicano. Editorial Grijalvo, México, 1977.
- - Infancia es destino. Siglo XXI, México, 1975.
- Ramos, Samuel, El perfil del hombre y de la cultura en México. Coordinación de Humanidades. UNAM, México, 1963.

- Rank, Otto, Will Therapy and Truth and Reality. Alfred A. Knopff, N. York, 1947.
- Reich, Wilhelm, Análisis del carácter. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1978.
- Reiche, R., La sexualidad y la lucha de clases. Seix y Barral, Barcelona, 1969.
- Ricoeur, Paul, Freud: Una interpretación de la cultura. Siglo XXI, México, 1978.
- Rincón Gallardo, Carlos, El libro del charro mexicano, México, 1960
- Rollman-Branch, Hilda S., "The first born child male. Vicssitudes of preoedipical problems", en The International Journal of Psycho-Analysis, Vol. 47, Part. I, 1966, pp. 405-415.
- Rosaldo, Renato, "El léxico como reflejo de la psicología del mexicano", en Hispania, 1, 1953, pp. 67-70.
- Schecter, D. E., "The Oedipus Complex : Considerations of Ego development and parental Interaction", en Cont. Psychoanalytic, 4 (2): 117.
- Segura Millán, Jorge, Diorama de los mexicanos. B. Costa-Amic Editor, México, 1964.
- Simmons, Merle E., The Mexican Corrido. Indiana University Press, Bloomington, 1957.
- Sullivan, Harry Stack, La entrevista psiquiátrica. Editorial Psyque, Buenos Aires, 1974.

- Tietze, Trude, "A Study of Mothers of Schizophrenic Patients", en Psychiatry 12:55-65, 1949, pp. 159-179.
- Turner, Frederick, La dinámica del nacionalismo mexicano. Grijalvo, México, 1971.
- Vázquez, Jesús María, Así viven y mueren... Problemas religiosos de un sector de Madrid, Editorial O.P.E., Madrid, s. f.
- Wagner, M. L., "Mexikanisches Rotwelsch", en Zeitschrift für Romanische Philologie, XXXIX (1919), 513-550.
- Zac, Joel, Psicopatía. Ediciones Kargieman, Buenos Aires, 1973.